
Joi Copeland
En Defensa
del
Corazón
SERIE SILVER SPRINGS
LIBRO 1

En Defensa del Corazón

Joi Copeland

UnCorazónqueProteger©2024 JOI COPELAND

Todos los derechos reservados.

Sin limitar los derechos bajo el copyright reservado anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en un sistema de recuperación, o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otro) sin el permiso previo por escrito del propietario del copyright de este libro.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas, organizaciones y/o eventos reales es puramente coincidental.

Jordan Skye Jewell, magnífico enigma, no habría escrito esta historia como lo hice si no fuera por ti. ¡Empujándome, desafiándome, animándome y haciendo todo el trabajo entre bastidores que hiciste! ¡Eres un regalo, querida, y estoy agradecida por ti! ¡Eres profundamente amada!

Agradecimientos

Jesús, gracias por permitirme escribir. ¡Que recibas toda la gloria!

Chris, mi amor, mi mejor amigo, ¿qué haría yo sin tu apoyo y aliento? ¡Te amaré siempre!

Garrison, Gage y Gavin, los mejores hijos del mundo. Gracias por animarme, desafiarme y creer que puedo alcanzar mis metas más ambiciosas. ¡Os quiero muchísimo, chicos!

Mi fantástica editora, Barbara Hand, ¡gracias por tu paciencia conmigo mientras escribo estas historias. ¡Eres increíble y no podría hacer esto sin ti!

A mi increíble equipo de calle, ¡gracias!

Ganador del premio por Diarios de Covid

Suscríbete a mi boletín semanal

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
Epílogo
Una Nota de la Autora
Sobre la Autora
Más Libros de Joi

Descargo de responsabilidad

Cuando comencé a escribir la serie Harden en mi ficticia ciudad de Silver Springs, no tenía idea de que la familia sería tan bien recibida y amada. Con eso en mente, decidí llevar las historias treinta años atrás, hasta el verdadero comienzo del clan Harden y Silver Springs.

Sin embargo, agreguen aquí una cara sonrojada, no me di cuenta de lo poco poblado que estaba Colorado en la década de 1840. Así que, con mis más sinceras disculpas, he combinado las décadas de 1840 y 1850 para que esto se ajuste a mi línea argumental. La historia realmente ocurrió, solo un poquito más tarde de lo que he representado en esta serie.

De nuevo, pido tu perdón pero espero que disfrutes las historias!

CAPÍTULO 1



Independence, Misuri, marzo de 1840

—No me voy contigo.

Jane O'Malley contuvo la respiración ante las palabras de Jacob Manchester. Daban vueltas en su mente como un tornado, sin cobrar sentido hasta que aterrizaron en su corazón.

Levantando una mano temblorosa hacia su cabello castaño rojizo, Jane se colocó un mechón rebelde que se había escapado del moño suelto en lo alto de su cabeza.

—¿Qué quieres decir con que no vas?

Los ojos marrones de Jacob reflejaban compasión con un matiz de lástima.

—Es como he dicho. No voy a ir.

El sol brillaba con fuerza en el cielo, calentando el suelo bajo sus pies. El invierno había sido especialmente frío aquel año. O quizás se debía a que Mam había fallecido, lo que hizo que las fiestas navideñas fueran más solitarias que nunca.

Claro, Da había estado con ella, pero no mentalmente. Echaba de menos a la única mujer que había amado. Nunca compartió su dolor con Jane, pero el brillo que una vez iluminó sus ojos verdes se extinguió el mismo día que su madre.

—¿Me oyes, Jane? —Jacob la tomó del codo, apartándola de las miradas indiscretas de los feligreses.

Jane permitió que la guiara hacia un lado del edificio blanco de madera. La ventana abierta cerca de la cual se había sentado durante el servicio religioso le había proporcionado un poco de aire fresco en el edificio sofocante.

Normalmente, la congregación no era tan numerosa como aquel día. Siendo el último domingo antes de que partiera la caravana de carretas, más personas ocupaban los bancos que nunca. Probablemente pidiendo al Señor que los protegiera durante los próximos cinco meses de viaje hacia un nuevo comienzo.

Tal como ella y Jacob debían hacer. Después de su boda en unos minutos.

—¿Qué has dicho? —Jane parpadeó mirando al hombre frente a ella.

Un mechón de cabello color caramelo le caía sobre un ojo. Los largos dedos de Jacob pasaron por su melena, apartándose el pelo de la frente.

—He dicho que no voy a ir, y tampoco puedo casarme contigo.

Un nudo se formó en la garganta de Jane.

—No lo entiendo. Tenemos planes para partir mañana por la mañana. Con mi padre.

Jacob asintió lentamente, sus finos labios curvándose hacia abajo. Tiró de la manga de su chaqueta, algo que siempre hacía cuando tenía malas noticias que compartir.

—No puedo dejar Misuri, Jane. No es el momento adecuado para mí.

—Pero teníamos planes —balbuceó Jane—. Dijiste que nos casaríamos y luego cuidaríamos de mi padre en el territorio de Oregón. Compramos los suministros.

—Lo sé —suspiró Jacob—. Las cosas han cambiado.

—¿Desde ayer? —Jane notó un ligero chillido en su tono, pero no tenía deseos de contenerlo —. Anoche me dijiste que me amabas, prometiste que comenzaríamos nuestra vida juntos en el camino. —Se llevó los puños a las caderas—. ¿Qué ha cambiado?

—Nada. —Los ojos de Jacob se desviaron hacia un lado—. Todo.

Jane siguió su mirada, y su corazón se detuvo en su pecho.

—Louise.

Los ojos de Jacob volvieron a los suyos, abriéndose con sorpresa.

—¿Qué?

—Louise. Te has enamorado de ella, ¿verdad? —Jane se apoyó contra el edificio, permitiendo que su solidez fuera la suya propia.

—Ah, Janey —comenzó Jacob.

—No me llames así —gruñó entre dientes apretados.

Sus hombros se hundieron con un suspiro.

—Lo siento. No pretendía que ocurriera. No pretendíamos que ocurriera. Ella me ha estado ayudando tanto con los planes de nuestra boda, y simplemente sucedió... —Su voz se apagó—. Bueno, si me hubieras ayudado más —soltó de repente—, en lugar de preocuparte por el viaje al Oeste, nada de esto habría pasado.

Jane contuvo la respiración bruscamente.

—¡Cómo te atreves a culparme de esto! Mi madre murió, Jacob. Murió. Esto es lo único que ha hecho que Da vuelva a tener vida. Lo sabes.

—Lo siento —murmuró—. Tienes razón. No es tu culpa. Sabía desde el principio que no íbamos a lograrlo.

—¿Qué? —susurró ella, con el corazón derrumbándose en su interior—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Somos diferentes, Jane. Tú y yo. Demasiado diferentes. Quiero seguir los pasos de mi padre con nuestro negocio familiar.

—Lo sé. Ibas a comenzar de nuevo en Oregón. —Jane mantuvo su mirada—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo, Jacob?

—Nunca quise ir a Oregón. Solo dije que sí para hacerte feliz. Luego, al planear la boda, me di cuenta de que no quería empezar de nuevo. Quiero hacerme cargo de la farmacia de mi padre.

—¿Cuándo decidiste esto? —Jane intentó mantener firme su voz, pero tembló de todos modos. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando su prometido estaba terminando su relación?

—Anoche, Louise y yo estuvimos hablando, y decidimos que sería mejor decirte la verdad antes de la boda. No quería humillarte delante de todos.

Jane resopló y se apartó de la iglesia.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees? —El ardor detrás de sus ojos nubló su visión—. No voy a entrar ahí y decírselo a todos. Por favor, dile a mi padre que puede encontrarme en el hotel.

—¿El hotel?

—Sí. Mi padre y yo nos quedaremos en la habitación que tú y yo íbamos a tener. Es lo menos que puedes hacer, ¿no crees? —Jane entrecerró los ojos mirando a Jacob—. ¿O planeabas quedarte allí esta noche con Louise?

El rosa tiñó las puntas de las orejas de Jacob.

—Nosotros, eh, pensamos que celebraríamos la boda para nosotros dos, y luego sí, estábamos pensando quedarnos allí.

—No. —Jane dio una patada en el suelo—. Pueden tener su boda. Pero no me vas a quitar la última noche cómoda que voy a tener en cinco meses.

—Buscaré otra solución con Louise. —Jacob dio un paso hacia ella—. Lo siento, Jane. De verdad lo siento. Debí habértelo dicho antes. Cuando mis sentimientos comenzaron a cambiar, pensé que tal vez solo estaba confundido. Pero cuando te vi ayer, supe en mi interior que no podía casarme contigo.

—Gracias por decírmelo. —Jane se alejó de él, torciendo su tobillo al resbalar su pie sobre una piedra. Cayó al suelo, un grito escapando de sus labios cuando sus rodillas golpearon la tierra.

—¡Jane! —Jacob corrió a su lado, ofreciéndole su ayuda—. ¿Estás herida?

Ella apartó su mano y se puso de pie con piernas temblorosas.

—Estoy bien. —Las lágrimas nublaron su visión una vez más. Por el dolor en su tobillo o en su corazón, no lo sabía—. Buena suerte a ti y a Louise. Por favor, envía a mi padre a mi encuentro de inmediato.

Jane cojeó pasando junto a Louise, manteniendo la cabeza bien alta. No le daría a su antigua amiga la satisfacción de ver su devastación. Ya la había visto caer al suelo. Louise ciertamente no iba a verla derramar una lágrima por su fallida relación. La que la traidora le había robado.

El hotel se alzaba frente a Jane. Solo unos pasos más y estaría en el refugio del fresco

vestíbulo. Con el tobillo palpitando y las rodillas magulladas, empujó la puerta. Una lágrima rebelde se deslizó por su rostro.

Los labios del señor Carter se curvaron a un lado en una sonrisa de bienvenida.

—Señorita O'Malley. ¿O debería decir señora Manchester?

Jane sorbió y se limpió la lágrima.

—O'Malley, si es tan amable. —Tragó el sollozo que amenazaba con apoderarse de ella—. Quisiera la llave de mi habitación, por favor. Mi padre vendrá en breve. Envíelo arriba.

—¿Está herida, señorita? —Los ojos grises del señor Carter recorrieron a Jane—. ¿Qué ha pasado? —Salió apresuradamente de detrás del mostrador, su alta figura alzándose sobre ella. Si no conociera mejor al hombre, habría pensado que era un leñador. No alguien que trabajaba en un hotel en Independence, Misuri.

—Solo me caí. Apenas unos rasguños menores y un tobillo dolorido. Estaré bien.

—¿Está segura? —El hombre extendió una mano robusta—. Tiene un largo viaje por delante. ¿Cómo va a caminar con un tobillo malo?

—Creo que solo necesito descansar.

—Entonces apóyese en mí. La llevaré directamente a su habitación. —El señor Carter le ofreció su brazo, con su bigote blanco caído por los lados—. Me aseguraré de que su padre se dirija directamente a usted en cuanto llegue. Venga conmigo.

Jane aceptó su brazo y puso su peso sobre él.

—Agradezco su ayuda, señor Carter. Es usted un regalo del cielo.

—No es más que lo que usted ha hecho por mí y mi familia en nuestros momentos más difíciles. —El señor Carter mantuvo la mirada al frente mientras la guiaba por las escaleras hasta la primera habitación—. Aquí tiene. —Abrió la puerta y le entregó la llave—. La ayudaría a instalarse, pero no sería apropiado.

—Lo sé. —Jane le ofreció una sonrisa temblorosa y le apretó la mano—. Gracias por su amabilidad.

El rosa moteó sus mejillas.

—Es un placer, señorita.

Jane cerró la puerta y cojeó hasta la cama. La que ella y Jacob iban a compartir antes de su largo viaje. Se dejó caer sobre la manta y dejó que las lágrimas fluyeran.

Enoch Harden observaba a la mujer que cojeaba hacia el hotel, con la mirada fija al frente y los hombros tensos con determinación. Casi abrió la boca para ofrecerle su ayuda, pero la expresión en su rostro le indicó que se mantuviera alejado de aquella pelirroja de temperamento ardiente.

Apoyado contra el poste de madera, sus ojos recorrieron el patio de la iglesia. Acababa de

salir del servicio. El predicador sabía cómo dar un buen sermón, atrayendo a la gente con sus historias. Y creencias.

Enoch no sabía qué creía. No desde que dejó su hogar en Nueva York. Su hogar y su familia. La familia que ya no quería tener nada que ver con él.

Abandonó el tren de pensamientos que lo llevaba por mal camino. La belleza pelirroja con pecas bailando sobre su nariz y fuego en sus ojos verdes continuaba caminando hacia el hotel. ¿No era ella la mujer a la que vio sonreír al predicador cuando informó a la congregación de una boda que tendría lugar más tarde ese día?

Enoch entrecerró los ojos mirando su forma alejándose. Seguramente, era la que estaba sentada junto al petimetre con traje marrón y cabello a juego. No sabía qué veía ella en ese hombre. Especialmente porque su pretendiente parecía tener ojos para otra mujer. Incluso Enoch lo vio desde su posición en la parte trasera de la iglesia.

Quizás ella había cancelado la boda. No lo sabía, ni debería importarle. Algo en su pecho se conmovió por la mujer cuando desapareció en el vestíbulo del hotel. Cualquier cosa que hubiera causado la cojera, o el dolor grabado entre el fuego de sus ojos, la había transformado de la dama feliz que había sido una hora antes.

Tal vez debería seguirla y asegurarse de que estuviera bien. Enoch se sacudió mentalmente. No tenía tiempo ni inclinación para preocuparse por una mujer. No iba con la caravana de carretas en busca de esposa. No, señor.

Se apartó del poste de madera y se concentró en la tarea que tenía entre manos. A la mañana siguiente, al amanecer, tenía la intención de viajar al Oeste con otras veinte familias. Parecía la mejor solución a su dilema sobre qué hacer a continuación.

Después de comprar dos vacas, surgió un nuevo deseo en Enoch. Iba a ser dueño de uno de los ranchos más grandes del Oeste. No llevaría sus propias vacas, excepto las dos que usaría para leche durante el camino. Pero sería un comienzo para su recién descubierto sueño.

A decir verdad, no sabía hasta dónde iría con el maestro de la ruta. Pagó lo suficiente para llevarlo hasta Oregón, pero tal vez acabaría en algún otro lugar donde pudiera trabajar lo suficiente para ahorrar y comprar su propio rebaño.

Con tres amigos viajando con él, la confianza de Enoch creció. Todos se establecerían juntos, trabajando codo a codo para construir sus sueños. Solo necesitaba llegar al Oeste para comenzar de nuevo. Un viaje arduo, sin duda.

—Enoch —una voz lo llamó desde su izquierda.

Enoch se giró hacia su amigo y compañero de viaje.

—Doc, ¿qué haces aquí? Pensé que estabas con Zechariah y Dawson.

El Doctor Bennet Martin inclinó la barbilla.

—Lo estaba. Pensé en venir al pueblo y conseguir algo de comida antes de que tengamos que comer cerdo salado y frijoles durante los próximos cinco meses.

Enoch se rió de su amigo. El hombre era una pulgada más alto que Enoch, lo que decía mucho ya que el mismo Enoch se alzaba sobre la mayoría de las personas con sus seis pies y tres

pulgadas. Con el pelo más largo del hombre, nadie sospecharía que Bennet era médico. Parecía más un forajido. Excepto por sus elegantes galas.

—¿Quieres acompañarme? —Doc señaló con la cabeza hacia un pequeño restaurante—. Tener una última comida decente.

—Claro que sí. —Enoch igualó los pasos de su amigo—. ¿No trajiste a Dawson y Zechariah?

Zechariah Matthews y Dawson Ackerman eran los otros dos hombres en su pequeño grupo de cuatro. Aunque podrían haber comprado una carreta y viajado así, pensaron que sería mejor usar dos caballos cada uno. Doc hizo su magia y ofreció el uso de las vacas lecheras a cualquier familia que permitiera atar una a su carreta durante el viaje.

—No quisieron acompañarme. Dijeron que les llevara algo de comida. —Doc se quitó el sombrero y pasó la mano por su cabello color castaño—. La iglesia fue interesante. ¿Te quedaste para la boda?

Enoch miró a su amigo por el rabillo del ojo.

—No. No me pareció correcto ya que no conozco a la pareja. Además, no estoy seguro de que se haya celebrado una boda.

Doc arqueó una ceja.

—¿Qué te hace decir eso? —Abrió la puerta del restaurante e indicó a Enoch que pasara primero.

Aromas tentadores de pan y carne llegaron hasta Enoch. Su estómago gruñó mientras una risa se deslizaba de sus labios.

—Parece que tengo más hambre de lo que pensaba.

Doc se unió a su risa, palmeando su plano estómago.

—Yo también. No veo cómo Zechariah y Dawson pueden esperar.

Una vez que se sentaron y pidieron su comida, Enoch permitió que sus ojos vagaran por el pequeño establecimiento. Ocho mesas redondas de diferentes tamaños llenaban el comedor. Cada mesa tenía un mantel con un jarrón y flores en el centro. La luz entraba por las ventanas que daban a la calle. El ruido de la cocina se entretejía en la habitación cuando la puerta batiente se abría y cerraba.

—Entonces, dime por qué piensas que la boda no tuvo lugar.

Enoch volvió su atención a su amigo.

—Vi a la pelirroja cojeando hacia el hotel. No parecía nada feliz.

—¿Necesito verla? ¿Estaba herida?

Enoch levantó los hombros y los dejó caer.

—No lo sé. No parecía tan feliz como cuando el predicador anunció sus nupcias. Eso es seguro.

Líneas de preocupación bailaron en la frente de Doc. Pasó la mano por su cara ovalada.

—Hmmm. Quizás pase por allí después de comer y vea si necesita algo. Deberías venir

conmigo, para que todo sea apropiado.

La camarera les trajo la comida y se marchó apresuradamente.

—¿No crees que mandará llamar al médico del pueblo si necesita ayuda? —Enoch levantó su tenedor a medio camino hacia su boca y luego lo dejó caer ante la ceja levantada de Doc—. Lo siento. Adelante, reza.

Cuando su amigo terminó, Enoch se llevó la comida a la boca.

—Si pensamos pasar por la habitación de la chica, deberíamos darnos prisa para llevar la comida a Dawson y Zechariah.

—No pensé en eso. —Doc frunció los labios hacia un lado de su cara—. Está bien. No iré a verla. Sería incómodo de todos modos, tratar de explicar cómo supe que estaba sufriendo. ¿Qué diría? ¿Lo siento, señorita, mi amigo la estaba mirando fijamente mientras pasaba?

Enoch gruñó con la comida presionada contra el interior de su mejilla.

—No estaba haciendo eso, y lo sabes bien.

Una carcajada brotó de los labios de Doc.

—Deberías ver la expresión de tu cara.

Enoch frunció el ceño a su amigo.

—¿Esto es a lo que tengo que mirar con ilusión durante los próximos cinco meses, eh? Dime por qué acepté que te unieras a nosotros.

Doc se rió una vez más.

—Porque todos nos necesitamos mutuamente, por eso. Y yo necesito ir a algún lugar donde pueda ser útil. No en una ciudad donde a los médicos no les importan realmente sus pacientes.

Enoch reflexionó sobre las palabras de Doc. Si solo Bennet supiera la verdad de su afirmación. Su amigo acababa de terminar la escuela de medicina cuando Enoch le habló de su idea de ir al Oeste. Con Doc siendo solo un año mayor que los veintiún años de Enoch, tenía objetivos diferentes a los de otros en su profesión. Al menos a los de su escuela.

Devoraron el resto de su comida, pidieron más para sus amigos, pagaron y luego se marcharon.

—¿Estás seguro de que no quieres ir a ver cómo está la chica? —Enoch inclinó la cabeza hacia el hotel—. ¿Solo para asegurarte de que está bien?

Los labios de Doc se crisparon.

—¿Qué te gustaría que hiciera?

—Vamos al campamento. Tenemos un día temprano mañana. —Enoch sabía que su amigo estaba bromeando con él, pero no iba a dejar que le molestara. Después de todo, él haría lo mismo si la situación fuera al revés.

Aunque a Enoch no le interesaba conocer los chismes sobre la mujer, había compartido lo suficiente con Doc para que su amigo se diera cuenta de que ella había captado su atención.

Tal vez sí. Tal vez no. No era como si Enoch planeara hacer algo sobre la atracción que pudo

haber sentido por ella cuando cojeó junto a él. Sería una distracción que no necesitaba. En el camino, tenía que mantener la cabeza fría y mantenerse cien por cien concentrado en el ganado y su seguridad.

Si se involucrara con una dama ahora mismo, solo obstaculizaría sus objetivos. Enoch tenía que abrirse camino para construir un rancho exitoso. Aunque solo fuera para poner más distancia entre él y sus padres.

CAPÍTULO 2



El jefe de la caravana no podía tener más de cinco años más que los veinte de Jane, pero irradiaba confianza y exigía obediencia. Nadie en la caravana discutía o se quejaba de sus reglas, y había bastantes.

Nada de comportamiento inapropiado antes del matrimonio, nada de embriaguez, ayudarse mutuamente cuando fuera necesario, ser respetuosos, por nombrar algunas, y sobre todo, lo que el Sr. Thomas Thatcher dijera se cumplía. Una regla que Jane anticipaba seguir, ya que él había realizado el viaje dos veces más que ella.

La caravana de veinte carretas partió temprano, con el sol apenas asomándose en el horizonte. Jane reprimió un bostezo y parpadeó, con los hombros caídos mientras se sentaba en el banco de la carreta junto a su padre. Pasar la mayor parte de la noche llorando la dejó sintiéndose desgastada y exhausta.

Jacob. Ahora casado con Louise, a quien Jane alguna vez consideró su mejor amiga.

La traición dolía más que cualquier otra cosa. Si lo pensaba bien, y Jane lo había hecho en cada momento que había estado despierta, sabía que ella y Jacob no eran el uno para el otro. Cuando mamá murió, él intentó ser reconfortante y amable, pero estaba demasiado preocupado por el negocio de su padre y no le daba la atención que ella deseaba. Jane necesitaba apoyo extra, no solo para ella, sino para su padre. Y Jacob no estaba dispuesto a darlo.

Porque mientras ella sufría, también lo hacía papá. Ver cómo la luz se escapaba de él dolía casi tanto como perder a su madre. Su padre y madre se amaban como describía la Biblia, incondicionalmente. Tenían sus problemas, sin duda, pero siempre encontraban la manera de resolverlos.

Cuando enterraron a mamá, pareció como si un pedazo de papá se fuera bajo tierra junto con ella. Solo al escuchar sobre la caravana que partiría en primavera comenzó a animarse. Había acudido a ella con la idea de dirigirse al Oeste, una oportunidad para empezar de nuevo sin los recuerdos de mamá que lo atormentaban dondequiera que fuese.

La súplica en sus ojos la conmovió. Renunciaría a cualquier cosa por verlo recuperar el hombre que era antes de que mamá partiera a la Gloria.

Y funcionó. El padre de Jane se volcó en planificar su viaje, conseguir provisiones, arrastrándola a cada reunión que Thomas organizaba. Cuando Jacob dijo que iría con ellos, Jane

pensó que era el hombre más considerado. Hasta la conversación del día anterior.

Considerado, no.

—No vale la pena, hija —le dio un codazo papá, con los ojos fijos en la carreta frente a ellos.

Jane dirigió la mirada a su padre.

—¿Qué?

Irlandés de pies a cabeza, el cabello rojo de papá brillaba en la luz de la mañana, su barba rojiza con manchas grises a juego. Sus ojos verdes se deslizaron en su dirección.

—Suspiraste hace un momento, hija. Estás pensando en Jacob, ¿verdad?

Jane llenó sus mejillas de aire y lo expulsó por los labios.

—En efecto, papá. No pude evitarlo. Está fresco en mi mente —se tocó la sien con el dedo índice—. No puedo dejar ir el dolor, aunque mi corazón sepa que es lo mejor.

Papá se acercó y le apretó la mano con la suya, grande y fuerte.

—Por supuesto que no puedes. Ha pasado solo un día, Janey.

Janey. El término cariñoso la afectó de manera diferente a como lo había hecho ayer.

Viniendo de Jacob, en el proceso de cancelar su boda, no quería que ni siquiera pronunciara el nombre. No cuando la había herido tanto.

¿Pero papá? La palabra le trajo lágrimas a los ojos. Lágrimas que no sabía que le quedaban. ¿Cómo era posible, después de llorar durante horas, y antes de eso, durante meses, cuando mamá falleció?

Jane sorbió por la nariz y se enderezó.

—Tienes razón, papá. Aun así, no puedo dejar que me afecte. Lo hecho, hecho está. Tenemos una aventura por delante —le dio unas palmaditas en el brazo—. Voy a olvidarme de Jacob. Es hora de empezar de nuevo.

La nuez de Adán de papá subió y bajó.

—Para ambos —murmuró, con la voz baja por la emoción.

Una lágrima se escapó del ojo de Jane y bajó por su mejilla. La secó rápidamente, sin permitirse derramar otra por el hombre que le rompió el corazón. No merecía sus lágrimas.

—¿Revisaste la lista de provisiones que te di?

El labio de Jane se crispó. Papá, siempre bueno para cambiar de tema. No era de los que mostraban emoción, y después de hacerlo, siempre cambiaba a otro tema de conversación. Uno que no le exigía sentir.

Su carreta cubierta de lona llevaba más de lo que creía posible. Todavía le sorprendía que los bueyes tiraran de la carreta como si no pesara nada. Jane conocía la verdad.

Café, té, azúcar, harina, galletas duras, cerdo salado, frijoles secos y utensilios de cocina. Junto con la comida, tenían utensilios, una cafetera, una sartén para cocinar sobre fuego abierto, dos colchonetas, suministros para reparar la carreta y otras cosas necesarias que el jefe de

caravana insistió en que llevaran.

—Revisé todo una vez más antes de partir. Tanto como pude —Jane reprimió el nudo en su garganta que amenazaba con cortarle el aire.

Odiaba no poder llevarse todo de su hogar. Habían vendido su casa, y la mayoría de sus pertenencias con ella, para poder pagar el viaje al Oeste. Eso incluía la ropa de su madre, un gabinete que sus abuelos trajeron de Irlanda y otros objetos que le recordaban a su madre.

Dolía despedirse del único hogar que había conocido. Sin embargo, no despertar por la mañana y ver recuerdos le daba cierta paz y consuelo.

Jane cerró la puerta al dolor que amenazaba con apoderarse de ella. No era momento de detenerse en el pasado. Ella y papá tenían un nuevo comienzo por delante. Simplemente tenían que llegar a Oregón sanos y salvos. Entonces podrían empezar de nuevo. Construir una nueva vida.

Jane se balanceó con la carreta. Más adelante, mujeres y niños deambulaban cerca de sus carretas. Un dejo de culpa la recorrió. Debería estar con ellos, pero papá insistió en que se sentara a su lado el primer día de viaje. Probablemente porque no sabía qué esperar, aunque no compartió el razonamiento detrás de su petición. Cuando preguntó, él desestimó su pregunta y cambió de tema.

—¿Has conocido a muchas de las mujeres?

Jane negó con la cabeza, segura de que papá lo vio por el rabillo del ojo.

—No he tenido mucho tiempo. Seguro que las conoceré pronto. Caminar juntas y quizás ayudar con los pequeños me dará la oportunidad.

—Sin duda —papá flexionó la mano, sus guantes moviéndose con el estiramiento de sus dedos—. Podrías encontrar un hombre temeroso de Dios en el viaje al Oeste —movió sus pobladas cejas—. Encontrar el tipo de amor que tu madre y yo tuvimos.

Jane resopló, ganándose otra elevación de cejas en su dirección.

—No voy a encontrar el amor, papá. Tú y yo sabemos eso. No después de lo que Jacob hizo. ¿Cómo puedo confiar en otro hombre con mi corazón cuando el primero lo destrozó tanto?

—Ay, hija —las palabras salieron en un suspiro—. No puedes negarte al amor solo porque te lastimaron. No es el orden natural de las cosas.

—Es demasiado pronto para hablar de encontrar un marido —los labios de Jane se fruncieron —. Ni siquiera sé por qué lo sugieres.

—Porque Jacob no era lo suficientemente bueno para ti. Creo que hay otro hombre en este vasto mundo que sí lo es. Dios te lo proporcionará. Estate abierta a ello, hija, a su debido tiempo.

—A su tiempo, quizás. Ahora no.

El silencio se instaló entre ellos. Jane se ajustó el abrigo, el aire fresco de la mañana primaveral le provocaba escalofríos. Incluso cuando el sol comenzaba a subir en el cielo, el aire no se había calentado mucho. Los pájaros se saludaban con trinos sobre ellos. Las ramas de los árboles se agitaban con sus movimientos. ¿Cuántos tipos diferentes de pájaros verían en su largo viaje durante los próximos cinco meses?

No es que a Jane le importaran mucho las criaturas, pero sin mucho para mantener su mente ocupada, tenía que concentrarse en algo que no fuera Jacob, Louise y su madre. Si se permitía pensar demasiado en cualquiera de ellos, estaría en lágrimas, sin importar cuánto se prometiera que ya había terminado de llorar.

Una aventura, dijo papá. Una nueva vida en el Oeste.

Un malestar se instaló en el estómago de Jane. Sí, ella y papá se dirigían al Oeste para empezar de nuevo. Dejando todo atrás, incluida su seguridad. Aunque Thomas juró hacer todo lo posible para llevarlos allí sin daño alguno, no podía prometer tal hazaña.

Porque en el camino hacia la aventura, peligros de todo tipo acechaban tras cada esquina. Nadie sabía exactamente a qué se enfrentarían, ni siquiera su digno guía. Y eso asustaba a Jane más que nada.

Enoch se movía al ritmo de Champion, su fiel caballo. Traerlo desde Nueva York había sido la mejor decisión. No querría hacer el viaje sin su amigo de cuatro patas. Habían pasado mucho juntos, y él imaginaba que tenían más por descubrir.

Las carretas avanzaban lentamente delante de él y Dawson. Zechariah y el Doc cabalgaban con el jefe de la caravana. Ya que ellos cuatro eran los únicos que no usaban una carreta para viajar al Oeste, Thomas les pidió a él y a Dawson que vigilaran las carretas mientras sus dos amigos exploraban adelante con el jefe. Su acuerdo de ayudar a Thomas durante el camino fue aceptado con más entusiasmo del que Enoch esperaba. Dawson guiaría con Thomas después de la comida del mediodía, mientras que los otros tres cabalgarían de un lado a otro a lo largo del tren, asegurándose de que todos estuvieran presentes y no necesitaran ayuda.

Llevaban varias horas en el camino. Según Thomas, se detendrían para comer al mediodía. Una comida rápida, pero un descanso, al fin y al cabo. Justo el tiempo suficiente para comer algo y dejar que los animales bebieran un poco de agua. Luego, volverían a intentar cumplir sus doce millas, según le habían dicho a Enoch.

Mucho para recorrer en un día. No imposible, pero difícil.

Por lo que Enoch escuchó de Thomas, muchas cosas podían salir mal. El clima, la enfermedad, las epidemias, los cruces de ríos. Todo eso y más tenía la posibilidad de retrasar su llegada a Oregón. No era un hombre de oración, pero de vez en cuando, Enoch se sorprendía mirando hacia arriba, diciendo algo parecido a una plegaria por la seguridad de sus compañeros de viaje.

—¿Qué te tiene tan alterado? —Dawson golpeó el ala de su sombrero con el dedo—. No estarás preocupado, ¿verdad?

—No estoy preocupado. Estoy alerta.

Los penetrantes ojos marrones de Dawson mostraban duda. La parte posterior de su cabello oscuro llegaba hasta el cuello, los lados y el frente escondidos bajo su sombrero.

—Hmm. ¿O es la belleza pelirroja en la carreta de adelante?

Enoch miró con el ceño fruncido a su amigo. Debería haber sabido que Doc no mantendría la boca cerrada cuando se trataba de la mujer que había captado su atención el día anterior. El hombre podía ser médico, no periodista, pero sin duda le gustaba difundir noticias. Al menos cuando se trataba de Enoch.

—No sé de qué hablas.

Dawson soltó una risita, su cuerpo moviéndose al unísono con su corcel. Si alguno de los cuatro parecía un colono, ese era Dawson Ackerman. El hombre se movía con facilidad y tenía el aspecto de alguien que sabía cómo trabajar la tierra. Con brazos musculosos por el trabajo físico, Dawson no tenía problemas para levantar objetos pesados o estar en sintonía con la naturaleza.

—Claro que lo sabes. Te vi cómo la mirabas cuando subía a la carreta con su padre. Es bonita, sin duda —la barba incipiente oscura alrededor de la boca de Dawson se crispó—. ¿Cuándo vas a hacer tu movimiento?

—¿Hacer mi movimiento? —repitió Enoch, levantando una ceja—. ¿Qué te hace pensar que voy a hacer eso?

—Estaremos en el camino durante cinco meses, mínimo. Ahora es tan buen momento como cualquier otro para encontrarte una novia, ¿no crees?

—¿Una novia?

—¿Es todo lo que puedes hacer hoy? ¿Repetir lo que digo? —Dawson se rió, sus hombros sacudiéndose—. Sí, una novia. Ya sabes, alguien con quien despertar cada mañana, que te prepare comida todos los días. Que atienda tus necesidades.

—No estoy aquí para encontrar una esposa. Como ustedes tres, estoy listo para un cambio. Un nuevo comienzo. Lejos de la familia —Enoch se encogió de hombros, aliviando la tensión entre sus omóplatos—. Una esposa es lo último que necesito ahora mismo.

Dawson soltó una risita y le lanzó a Enoch una mirada llena de significado. Significado en el que Enoch no quería detenerse.

Enoch no quería pensar en la mujer de la carreta de adelante. No quería, pero no podía evitarlo.

Cuando llegó con su padre, al menos sospechaba que era su padre, sus hombros estaban tan caídos que casi podían tocar el suelo. Como el hombre sentado a su lado en la iglesia el día anterior no estaba con ella, había acertado al suponer que no se habían casado.

Entonces sus ojos se desviaron hacia los suyos, chocando con su mirada y enviando su corazón a galopar como un caballo desbocado. Enoch no pudo apartar sus ojos de ella mientras subía al asiento junto a su padre.

Su pelo rojo brillaba en la luz de la mañana temprana. Sin molestarse en recogerlo en el moño que llevaba ayer, colgaba en ondas por su espalda. Los dedos de Enoch ansiaban entrelazarse en su cabello, sentir por sí mismo si era tan suave como parecía.

Enoch ni siquiera le había dirigido una palabra todavía. Encontrarse pensando en ella no tenía sentido. Al menos no para él. Por la sonrisa burlona que Dawson le lanzó, él pensaba diferente.

Zechariah se acercó a él, con el sombrero bajo sobre su frente, protegiendo sus ojos e

impidiendo que Enoch supiera lo que estaba pensando. Una barbilla cincelada y una barba rubia corta le daban el aspecto de un vaquero rudo.

—Antes de que digas una palabra —comenzó Enoch, levantando la mano—, no quiero hablar de la mujer pelirroja. ¿Me oyes?

Zechariah se quitó el sombrero y lo golpeó contra su pierna, con humor iluminando sus ojos. Su amigo sueco, corpulento, rara vez bromeaba con nadie, pero la mirada en sus ojos le dijo a Enoch que se preparara.

—No he venido a hablar de la muchacha, ya. Sino a decirte que nos detendremos para la comida del mediodía.

Enoch se frotó la cara con la mano, sintiendo calor en sus mejillas.

—Ah. Está bien entonces.

—Has estado escuchando comentarios, ¿verdad, de los hombres?

Enoch no quería tener esta conversación. De ninguna manera deseaba abrir otra discusión sobre la mujer con Zechariah ni con nadie más.

—Sí, lo he estado. Y me gustaría dejarlo ahí, si no te importa.

Una risa profunda retumbó en el pecho de Zechariah.

—No me importa, no. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme, ¿ya?

Enoch puso los ojos en blanco.

—Ya basta, Zechariah.

Su amigo se rió abiertamente. Los labios de Enoch se crisparon en los costados mientras veía a Zechariah alejarse cabalgando.

Si Enoch supiera lo que era bueno para él, se concentraría más en la tarea de llegar al Oeste sin incidentes que en la mujer que reclamaba más sus pensamientos de lo que debería. Desafortunadamente, nunca había sido el hombre que actuaba según lo que era bueno para él. Incluso si lo fuera, no sabía si podría evitar que su mirada vagara hacia donde el padre de la mujer detenía la carreta, ayudándola a bajar.

Era una cabeza más alta que la mayoría de las mujeres de su edad, suponiendo que tuviera alrededor de veinte años. Incluso si fuera mayor, todavía destacaría sobre la mayoría de las damas.

A Enoch le gustaba eso. Le gustaba que pareciera como si pudiera valerse por sí misma en lo salvaje. Lo necesitaría si ella y su padre iban a llegar a Oregón, o donde fuera que les llevara su camino. No era una mujer frágil, sino más bien, tenía algo de carne en los huesos, aunque no era pesada.

De nuevo, otro punto a su favor. Si estuviera desnutrida, no duraría un mes en el camino. Los ojos de Enoch la siguieron mientras se movía alrededor de la carreta, sacando algo de la parte trasera.

Champion sacudió la cabeza, como para llamar la atención de Enoch. Se deslizó de la silla de montar y lo condujo al borde del río.

—Lo siento, amigo. Lo sé, lo sé. Necesito mantenerme concentrado.

Por voluntad propia, la mirada de Enoch encontró a la mujer una vez más. Ella giró la cabeza en su dirección, sus ojos encontrándose.

Enoch apartó primero la mirada, sin querer admitirle a ella ni a nadie más que lo habían pillado mirando. Se arrodilló junto al agua y se salpicó el líquido frío en la cara. Tal vez eso ayudaría a mantener su atención apartada de ella durante el breve tiempo que estarían detenidos para la comida del mediodía.

Tenía que funcionar. Porque Enoch no podía permitirse que una mujer lo distrajera. No cuando necesitaba concentrarse en la tarea de dirigirse al Oeste y comenzar de nuevo.

CAPÍTULO 3



La oscuridad pronto descendió sobre el campamento. Los carromatos formaron un círculo y retrocedieron hasta sus espacios asignados. Como Enoch y sus amigos no tenían carromato, acamparon entre dos vehículos, con sus caballos atados cerca. Mientras Dawson y Zechariah atendían a los demás viajeros de la caravana, él y Doc permanecieron en el campamento, preparando la cena.

—Todos están un poco callados esta noche, ¿no? —Doc se agachó cerca del fuego, con patatas y cerdo en la sartén frente a él.

—¿Te preocupa? —Enoch sirvió una taza de café y se la entregó a su amigo.

Doc negó con la cabeza. —Probablemente solo están cansados. Estar en el carromato o caminar la mayor parte del día agota a cualquiera. —Aceptó la taza de hojalata y dio un sorbo a la bebida—. Haré mis rondas esta noche, conoceré a algunas personas y los revisaré para asegurarme de que todos estén bien.

—Es bueno que estés aquí. —Enoch alcanzó el cuenco que Doc le ofrecía y esperó a que el hombre se acomodara—. ¿Vas a rezar?

—Ese es el plan. —Doc inclinó la cabeza y pronunció la oración, luego se lanzó a comer.

A Enoch no le importaba la religión. Se había criado en una familia que decía ser cristiana, pero la actitud sentenciosa y condescendiente de su padre, sin mencionar su mano dura, lo alejaron de Dios. No quería tener nada que ver con Él si alentaba tal comportamiento.

Su padre, tan santurrón, se paraba frente a la iglesia todos los domingos, gritando sobre fuego y azufre mientras animaba a sus feligreses a pagar su entrada al cielo. Lo único que hacía el dinero de la gente era aumentar la riqueza y el hábito de beber de su padre.

—¿Por qué fuiste a la iglesia el domingo? —Doc se metió una cucharada de comida en la boca.

Enoch masticó la comida, tomándose su tiempo para responder. —Parecía lo correcto antes de emprender un viaje peligroso. —La verdad es que quería ver si el predicador de allí se parecía en algo a Hezekiah Harden.

Por la forma en que hablaba el predicador, no parecía en nada al hombre con el que Enoch creció. Aunque eso no significaba nada. Cualquiera podía mostrar una buena fachada ante la

gente.

—Si no crees en Dios, ¿qué diferencia hace?

Enoch reprimió un suspiro. Ya había tenido una conversación similar con Zechariah y Dawson. Le daría a Doc las mismas respuestas que les dio a ellos. —Nunca dije que no creyera en Dios. Puede que exista. Si es así, elijo no seguirlo.

Aunque sus tres amigos demostraron ser diferentes a Hezekiah, Enoch seguía eligiendo creer que ellos eran la excepción, no la norma. Los miembros de la iglesia de su padre escupían las mismas palabras que les habían enseñado. Sin gracia. Sin amabilidad. Sin misericordia. Sin esperanza para quienes anhelaban aceptación. Solo juicio. ¿Quién querría ser parte de una religión así?

Doc inclinó la cabeza, dirigiendo a Enoch la misma mirada que su antiguo maestro, lo que le hizo revolverse incómodo. No habían sido amigos durante mucho tiempo, él y Bennet. Poco más de dos años para ser exactos. Zechariah y Dawson conocían a Enoch desde hacía mucho más tiempo, habían tenido muchas de las mismas conversaciones con él. Le dijeron una y otra vez que Hezekiah no tenía razón.

—¿Te importa si te hago una pregunta personal?

—¿Te detendría si dijera que sí?

Los ojos color avellana de Doc brillaron con el reflejo del fuego. —Lo dudo.

Enoch se rio y giró la muñeca. —Adelante, entonces.

Su amigo dejó su cuenco a un lado, juntó las manos entre sus piernas y se inclinó hacia adelante. —¿Quién te hizo daño?

La sorpresa le golpeó directamente en el pecho. De todas las preguntas que Enoch esperaba, esa no era una de ellas. La pregunta de Doc dio demasiado cerca del blanco.

No debería sorprenderse. De los cuatro, Doc era quien mejor entendía a las personas y sentía una profunda empatía por ellas. Probablemente eso era lo que le hacía un buen médico, aunque acabara de empezar a poner en práctica lo que la escuela le había enseñado.

Doc se aclaró la garganta, sacando a Enoch de sus pensamientos errantes.

Cierto. Quién le había hecho daño. ¿Era esta una conversación que realmente quería tener después de un largo día de viaje? No importaba. La tendría tarde o temprano. Mejor terminar con ello.

—Mi padre es ministro. ¿Lo sabías?

El rápido ensanchamiento de los ojos de Doc vino y se fue tan rápido que Enoch se preguntó si realmente lo había visto. —El hombre se para detrás del púlpito, gritando sobre el juicio y la ira de Dios. Señala con una mano y toma de la gente con la otra. Todo en nombre de la religión. —El labio de Enoch se curvó—. Citaba la Biblia y luego volvía a casa y nos golpeaba a mí y a mi hermano. No a mi madre. Ella simplemente se sentaba allí, diciendo que era la voluntad de Dios que recibiéramos corrección por nuestro comportamiento.

Doc soltó un gruñido bajo. —Eso no es el Evangelio en absoluto.

—Es con lo que crecí. Es todo lo que conozco. Y si ese es el tipo de Dios que acepta a mi padre, incluso después de la muerte de mi hermano a manos del hombre, no quiero tener nada que ver con Él.

—¿Tu hermano murió? —La nuez de Adán de Doc subió y bajó.

—Demasiados golpes, por lo que entendí. —Bilis subió por la garganta de Enoch—. ¿Mi padre fue responsabilizado? Eso es lo que quieres preguntar, ¿no es así?

Ante el ligero asentimiento de su amigo, Enoch continuó: —Ni un poco. Verás, llamaron al médico de la congregación de mi padre para que atendiera las heridas de Daniel. Creyó todas las mentiras que mi padre contó. Afirmó que fue un accidente.

Doc soltó un largo y pesado suspiro. El silencio se instaló entre ellos. Enoch odiaba estos momentos. Cuando le contó a Zechariah y Dawson sobre la muerte de Daniel, ellos lloraron con él. Habían conocido a su hermano pequeño durante la mayor parte de su vida. Y creyeron a Enoch por encima de Hezekiah. Lo cual decía mucho. Desafortunadamente, su creencia no trajo justicia.

Enoch no podía soportar vivir bajo el mismo techo que su padre. O que su madre, para el caso. Ella se convirtió en una sombra de sí misma después del asesinato de Daniel. Sabía la verdad y, sin embargo, no hizo nada. ¿Cómo podía afirmar que amaba a Daniel tanto como decía y no buscar justicia por su muerte?

No le sentaba bien a Enoch. Le tomó cuatro años ganar suficiente dinero para pagar las dos vacas y su viaje al Oeste. Hizo trabajos ocasionales hasta que finalmente consiguió un trabajo con ganado. ¿Quién hubiera pensado que tendría la suerte de descubrir un trabajo así en Nueva York? Sin embargo, lo hizo. Aprendió todo lo que pudo antes de recibir su pago final. Y entonces puso en marcha su plan.

—Ojalá hubiera sido yo quien atendiera a tu hermano. —La tristeza llenó los agudos ojos color avellana de Doc—. Habría hecho que tu padre recibiera la justicia que merecía.

—Ahora entiendes por qué no puedo seguir a su Dios.

—Lo entiendo. —Doc desenlazó las manos y cruzó los brazos—. Sin embargo, el dios de tu padre no es el Dios real. Él nunca le diría a Hezekiah que los tratara a ti o a tu hermano de esa manera. Dios es un Dios de justicia, sí. Todos los hombres serán juzgados un día. Eso es cierto. Más aún, Él es un Dios de amor.

Enoch apretó la mandíbula. Ya había escuchado todo esto antes. De Dawson y Zechariah. No importaba cuánto lo amara Dios, Él no levantó una mano para salvar a su hermano.

—Sé que tienes buenas intenciones, Doc, pero ha sido un día largo. Probablemente ahora no sea el momento de tener una conversación profunda.

La comprensión cruzó el rostro de su amigo. —Estoy de acuerdo. Ha sido un día largo. —Doc se levantó, tomó el cuenco y la taza de Enoch y los lavó en el cubo cerca del fuego—. Voy a hacer mis rondas. —Se alejó del fuego, dándole la espalda a Enoch. Doc miró por encima de su hombro—. Estaré rezando por ti y por el dolor que has sufrido a manos de un hombre que no sabía nada sobre Jesús.

Un nudo se formó en la garganta de Enoch, tan grande que tuvo dificultades para tragar.

Sufrir, de hecho. Parpadeó para contener el ardor detrás de sus ojos. Incluso después de cuatro años, los recuerdos del puño de su padre conectando con el cráneo de Daniel aún resonaban en la mente de Enoch. Los gritos de su hermano reverberaban a través de él.

Enoch hizo todo lo que pudo para desviar los golpes de su padre. Saltó sobre su espalda, lo pateó, hasta que finalmente Hezekiah se volvió contra él. Lo haría todo de nuevo si eso devolviera a Daniel a su lado.

Un movimiento cercano sacó a Enoch de sus recuerdos.

La belleza pelirroja se inclinaba sobre su fuego, diciendo algo al hombre detrás de ella.

Hasta ese momento, Enoch no se había dado cuenta de que habían acampado junto a su carromato. Por supuesto que no. No fue él quien eligió el lugar, sino sus dos amigos que estaban atendiendo al ganado. Tendría una o dos cosas que decirles cuando regresaran.

La mujer levantó la cabeza, sus ojos verdes brillando con el resplandor del fuego. Su mirada se conectó con la de ella. El aire chispeó entre ellos. Al menos por su parte. ¿Lo sintió ella también?

Por la forma en que sus mejillas se encendieron, también debió sentirlo.

El doctor Bennet Martin caminaba con determinación, su bolsa negra en la mano, llena hasta el borde con medicinas, vendajes y cualquier otra cosa que logró empacar cuando decidió unirse a sus tres amigos en el viaje al Oeste.

Dando una última mirada a Enoch mientras se sentaba en el tronco cerca del fuego, el corazón de Bennet se encogió en su pecho. Su amigo había pasado por mucho durante su crecimiento. Si Dawson y Zechariah conocían el alcance de su dolor, ¿habían sido negligentes al permitirles acampar cerca de los O'Malley?

Bennet sabía quiénes eran Sean y Jane O'Malley. Los había conocido cuando partieron esa misma mañana. Como su amigo parecía atraído por la novia plantada, Zechariah y Dawson decidieron que sería bueno tenerlos cerca, ver si podría haber una chispa entre los dos. ¿Estaban equivocados al hacerlo? Bennet no lo pensó así en el momento en que hablaron con él.

Su conversación con Enoch aún resonaba en sus oídos. ¿Qué clase de monstruo le haría eso a su hijo? No, hijos. ¿Y qué clase de mujer lo permitía? ¿No se daba cuenta la madre de Enoch de que tenía opciones? Podía luchar por sus hijos, mostrarles cuánto los amaba Dios realmente. A menos que tuviera la misma mentalidad que Hezekiah.

Bennet tenía pocos vínculos con su antigua vida en Nueva York, pero tal vez podría enviar una carta a uno de sus viejos mentores, pidiéndoles que investigaran la muerte de Daniel.

Al acercarse a un sitio de acampada, exhaló un suspiro. Bennet dudaba que pudiera hacer justicia en la situación de Enoch. Había pasado demasiado tiempo. ¿Había insistido Enoch en ver a su padre llevado ante la justicia? Tal vez lo intentó y no resultó.

—Buenas noches, gente —llamó Bennet al hombre y la mujer dos carromatos más abajo de donde acampaba.

—Buenas noches —el hombre mayor devolvió su saludo. Señaló la bolsa de Bennet—. ¿Es usted médico?

—Por supuesto. Solo estoy haciendo mis rondas, comprobando cómo está todo el mundo. ¿Cómo se sienten ustedes dos?

El hombre pasó su brazo por los hombros de la mujer y la acercó. —Como el agua, ¿no es así, amor?

La mujer se rio como si fuera una colegiala. —Nathan, no delante del buen doctor.

Nathan, supuso Bennet, soltó una carcajada. —Ah, el doc no está sorprendido, ¿verdad, doc? Cuando un hombre ama a una mujer como a mi Jenny, nada le impide mostrárselo al mundo.

La envidia ardió en el pecho de Bennet. ¿De dónde vino eso? No estaba en el mercado buscando esposa. No a lo largo del camino, y no hasta que tuviera su práctica establecida. Sin embargo, se encontró anhelando el tipo de amor que Nathan tenía con su esposa. Tal vez algún día. En un futuro lejano.

—En absoluto. Por la pinta que tienen, parecen estar perfectamente. ¿No hay dolencias de las que hablar, entonces?

Nathan negó con la cabeza. —No de nosotros dos. Tres carromatos más abajo, sin embargo, había una chica.

Su esposa dio un manotazo al brazo de Nathan. —No es una chica, Nathan. —Dirigió su atención a Bennet—. Debe tener la misma edad que usted. Dice que le duele la mano terriblemente. Su madre preguntó si teníamos algo para ayudar.

—Tengo justo lo que necesita. Gracias a ambos. Si necesitan mis servicios, estoy acampado cerca de los O'Malley. ¿Los conocen?

—¿El irlandés y su hija? —Nathan asintió con la cabeza—. Buena gente, sin duda. Le avisaremos si necesitamos sus servicios, doc. Gracias por pasarse.

Bennet habló con los otros viajeros que pasó en su camino hacia el campamento con la chica herida. Nadie se quejó de ningún problema, así que mantuvo su atención en el carromato que Nathan había señalado.

—Buenas noches, señores —llamó al acercarse.

Una mujer estaba sentada con la mano vendada, el dolor grabado en sus ojos. Bennet parpadeó y miró a la mujer de nuevo. Ojos de dos colores diferentes. Se acercó y levantó su bolsa de médico.

—Me dijeron que alguien tenía dolor. —Le ofreció a la mujer, tal vez un año menor que él, una sonrisa amable—. ¿Puedo suponer que es usted?

La barbilla de la mujer tembló. Miró al hombre gigante a su lado. —A Delilah no le gusta hablar mucho —gruñó él—. Se quemó mientras preparaba la cena.

—Soy el doctor Bennet Martin. ¿Le importa si echo un vistazo? —Bennet se arrodilló frente a ella, sosteniendo su mirada. Un ojo azul y uno marrón le devolvieron la mirada. Abiertos y llenos de miedo.

—Se lo agradecería —respondió una voz suave detrás de él.

Bennet se levantó y se enfrentó a la mujer. —¿Es usted su madre?

—Lo soy. —El orgullo acompañó sus palabras—. Este es mi hermano. Peter, ve a buscar agua del arroyo. Estoy segura de que el doctor la necesitará para ayudar a Delilah.

Peter arrancó el cubo de la mano de su hermana y se alejó pisando fuerte. —Perdone a mi hermano. Esperaba tener un viaje más fácil, aunque le advertí. —La mujer suspiró—. Soy Evette Fitzgerald, y esta es mi hija, Delilah. —Evette se movió al lado de su hija y le colocó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja. Se volvió hacia Bennet, sus ojos de los mismos colores que los de su hija—. Se quemó la mano. ¿Podría examinarla, por favor?

—Por supuesto. —Bennet extendió su mano—. Haré lo posible por no hacerte daño.

Delilah se mordió el labio inferior. —De acuerdo.

Bennet le desenvolvió la mano, revelando un enrojecimiento en su piel. —Has hecho un buen trabajo quemándote, señorita Delilah. —Le dio una pequeña sonrisa—. Señora Fitzgerald, ¿tiene un huevo por casualidad?

—¿Un huevo? —La voz suave de Delilah se entrelazó a través de él—. ¿Cómo va a ayudar eso?

—La clara de huevo ayuda a regenerar las células de la piel. —Bennet aceptó el huevo cascado de Evette. Mojó su dedo en la clara y la pasó por encima de su piel—. Esto debería ayudar. —Después de cubrir la quemadura, se puso de pie—. Haga esto unas cuantas veces más, y debería estar bien, como dicen sus vecinos.

—Ah, Nathan y su esposa. —Evette se rio—. Son una pareja maravillosa. Llenos de amor y risas.

—Lo descubrí por mí mismo. —Bennet recogió su bolsa—. Señoras, si ustedes o alguien que conozcan necesita mi ayuda, estoy junto a los O'Malley.

—Gracias, doctor. —Evette puso su mano en su brazo, deteniéndolo—. Espere un momento y déjeme pagarle.

Bennet rechazó su oferta con un gesto. —Considerémoslo gratuito. A lo largo del camino, puede que necesite ayuda con algo. Estamos aquí para ayudarnos unos a otros, ¿no es así?

—No puede ir todo el camino hasta Oregón sin recibir pago por sus servicios. —Los ojos de Evette se estrecharon, su moño rubio balanceándose con la inclinación de su cabeza—. ¿Qué le parece si le pagamos invitándolo a cenar con nosotros mañana por la noche?

Bennet echó un vistazo a Delilah. Sus ojos abiertos de par en par, su cabeza giraba entre él y su madre. —Si está segura, disfrutaría conocerlos a los tres.

Una gran sonrisa cruzó el rostro de Evette. —Bien. Le veremos mañana por la noche después de que paremos para pasar la noche. Deme una hora para preparar la cena.

—Tengo que ocuparme del ganado que mis amigos y yo trajimos. Eso me viene muy bien. Señorita Delilah, un placer conocerla.

—Y a usted —chilló ella.

Bennet salió del campamento, sus labios temblando. Había visto a las damas y al hermano de Evette en las muchas reuniones que Thomas convocó antes de salir de Independence. No los había conocido a ellos ni a muchas de las familias. No con toda la información que les estaban dando. Apenas había tenido suficiente ingenio para reunir sus propios suministros más los suministros médicos.

Sin embargo, algo inquietante le llenó al pensar en Peter, el hermano de Evette. No le gustaba su aspecto, ni la forma en que trataba a Delilah. Tendría que vigilarlo, sin duda.

Para cuando terminó de hacer sus rondas, muchas de las hogueras del campamento habían bajado a brasas. Las estrellas se elevaban alto sobre él, haciéndole detenerse camino a su jergón.

—Los cielos declaran la gloria de Dios; el firmamento anuncia la obra de Sus manos —susurró en la noche. La paz se estableció sobre Bennet.

No sabía lo que traerían los próximos cinco meses. Las pruebas que enfrentaría, las enfermedades que ayudaría a curar y, potencialmente, las muertes que podrían ocurrir, todo era un misterio. Sin embargo, conocía a Aquel cuyos elogios eran cantados por los cielos. Por los ángeles mismos. Y confiaría en Él a lo largo del camino.

Si tan solo Bennet pudiera lograr que Enoch hiciera lo mismo.

CAPÍTULO 4



Un estremecimiento involuntario recorrió a Jane mientras caminaba junto a Evette y Delilah Fitzgerald. Habían estado paseando al lado de las carretas durante horas, y aún así, el recuerdo de unos ojos castaños oscuros seguía destellando en su mente.

Cabello ondulado negro como la noche, una mandíbula afilada y bien definida con la barba de un día, hombros anchos que parecían lo suficientemente fuertes para cargar las cargas de otro, y unos ojos en los que podría derretirse la atormentaban desde que sus miradas se encontraron la noche anterior.

Otro escalofrío la recorrió.

—¿Estás bien, querida? —la mano de Evette Fitzgerald se posó en su brazo—. ¿Tienes frío? —Su mirada se elevó hacia el cielo azul despejado y el sol que brillaba con su calor—. ¿Necesito que el Doctor Martin te examine?

Jane se forzó a reír, aunque sonó más falso de lo que anticipaba. —Estoy bien. Solo dejaba vagar mi mente. —Le dio unas palmaditas a la mano de la mujer mayor. Aunque claro, no podía tener más de dieciséis años más que ella—. No hay necesidad de molestar al buen doctor. No cuando tiene las manos ocupadas ayudando a Thomas.

Evette retiró su mano y siguió la mirada de Jane. —Los hombres parecen bastante inquietos hoy, ¿verdad? —Se llevó un dedo a los labios—. ¿Por qué crees que será?

—Quizás sienten peligro —la respuesta susurrada de Delilah apenas llegó a los oídos de Jane, aunque la joven caminaba a su otro lado.

Jane todavía no había logrado descifrar a la joven. Delilah Fitzgerald era un par de pulgadas más baja que los cinco pies y nueve pulgadas de Jane. Tal vez más cerca de cinco pies y siete pulgadas, si tuviera que adivinar. Con la mitad de su cabello rubio recogido hacia atrás y cayendo sobre sus hombros, parecía angelical. Especialmente cuando el sol brillaba sobre ella, creando un resplandor a su alrededor, incluso con el sombrero puesto.

No podían ser más diferentes. Jane, con pecas salpicadas por su nariz y mejillas, cabello rojo flameante apenas contenido bajo su propio sombrero, casi tan alta como la mayoría de los hombres que encontraba, excepto por el doctor y sus tres amigos.

Jane no era de las que se guardaban su opinión, su voz fuerte y firme, mientras que Delilah hablaba con suavidad y sutileza. ¿Cómo podría hacerse amiga de alguien completamente

opuesto?

—Espero que no presientan problemas —Jane torció los labios hacia un lado—. Es solo el segundo día en el camino. No hemos recorrido suficientes millas para llamar a esto una aventura todavía.

—¿Es eso lo que buscas? —Evette mantuvo la mirada al frente—. ¿Una aventura?

—Más para mi papá que para mí —Jane soltó un suspiro, dirigiendo una mirada rápida hacia el hombre en el asiento de la carreta junto a ellas—. Necesitaba ir a un lugar donde no viera a mi mamá después de su fallecimiento.

—Me lo preguntaba —El rosa cubrió el rostro de Delilah—. Lo siento. Hablé fuera de lugar.

—No hay nada por lo que disculparse. Mi mamá partió a la Gloria, y papá ha estado sufriendo terriblemente. Cuando escuchó sobre ir al Oeste, prácticamente me suplicó que fuera con él. No pude decir que no.

—¿No dejaste atrás un pretendiente? —Evette movió sus delicadas cejas rubias—. Siendo tan hermosa como eres, imagino que dejaste un rastro de corazones rotos.

Jane se burló. —Para nada. De hecho, fue al revés.

—¿Qué quieres decir? —Delilah se desató el sombrero y lo balanceó con la mano.

—El hombre con quien iba a casarme eligió a otra el día de nuestra boda. El día antes de partir.

Delilah jadeó. —¿Tú eras de quien hablaba el pastor cuando dijo que había una boda después de los servicios de la iglesia?

El calor inundó el rostro de Jane. —Una y la misma.

—Oh, Jane —La simpatía emanaba de los ojos de Evette. Sus ojos de diferente color, al igual que los de Delilah, solo añadían a su misteriosa belleza—. Lo siento mucho.

—No lo sientas. Después de discutirlo con papá y derramar incontables lágrimas, me he dado cuenta de que él no era quien yo pensaba. No habríamos tenido un gran matrimonio. No como mi mamá y mi papá.

—Espero encontrar eso algún día —La expresión nostálgica de Delilah trajo lágrimas a los ojos de Jane.

Ella había esperado lo mismo. No con Jacob. Mirando hacia atrás, vio los defectos en su relación. Se conformó con él porque era el único que le mostraba atención. Y él con ella, también. Louise lo hacía mucho más feliz de lo que ella jamás podría.

—Sé cómo se siente —Delilah suspiró, un sonido suave y gentil, como la chica misma.

Su madre le dio una mirada comprensiva. —No fue tu culpa, querida. Mark era un sinvergüenza.

El ceño de Delilah se profundizó. —No quiero depender de un hombre, mamá. Quiero hacer mi propio camino en el mundo. Hacer algo que ayude a otros.

—Tienes mucho tiempo para contemplar eso mientras nos dirigimos al Oeste, Del. Tan pronto

como encontremos nuestro nuevo hogar, podrás hacer lo que quieras.

Por el rabillo del ojo, Jane observó cómo la postura relajada de Delilah se volvía rígida. Jane no sabía qué había causado que su nueva amiga perdiera su naturaleza tranquila. Un día, esperaba que Delilah confiara lo suficiente en ella para confiarle sus pensamientos. Hasta entonces, seguiría siendo amable y comprensiva.

Porque Jane necesitaba tener más amigos. No podía depender de su papá para satisfacer sus necesidades en ese aspecto. Aunque Sean O'Malley era un excelente cuidador y padre, no siempre sabía qué hacer cuando venían las lágrimas. Y siempre venían. Le daría palmaditas en el hombro, sin entender realmente su necesidad de un abrazo o un hombro para llorar.

Eso es lo que mamá había sido para Jane. Y papá no podía reemplazarla. Ni Jane quería que lo hiciera.

Papá tenía su propio lugar en la vida de Jane. Le mostraba cómo era el corazón paternal de Dios. Cariñoso, amable, gentil pero firme cuando era necesario. Papá dirigía a Jane hacia la Biblia y la animaba a buscar al Señor en todas las situaciones. Uno de los dichos favoritos de papá siempre había sido: "¿Ya has orado por ello?"

Durante su crecimiento, Jane detestaba esa pregunta. Ahora, ese era su recurso. La oración. Incluso cuando lloró desconsoladamente en lo que se suponía que sería su noche de bodas, Jane se imaginó llorando en el regazo de Dios. Papá le acariciaba el cabello mientras lloraba, y Dios la consolaba con las escrituras que venían a su mente.

No había sido fácil, pasar por lo que pasó apenas dos días antes. Pero no estaba tan desconsolada como pensaba que estaría. La paz la llenaba cada vez más a medida que se alejaba de Independence.

De repente, el polvo de la carreta que iba delante fluyó hacia ellas. Jane se cubrió la boca con la mano y parpadeó, esperando a que su visión se aclarara. Evette tosió a su lado, y Delilah usó su sombrero para proteger su boca y nariz.

—¿Qué está pasando allá adelante, papá? —gritó.

—Los bueyes se asustaron. Estará bien en un momento, hija —Papá le mostró una amplia sonrisa.

—¿Quieres que tome el relevo por ti?

Papá negó con la cabeza. —Pasa tiempo con tus amigas. A su debido tiempo serás necesaria.

El polvo se disipó momentos después, permitiendo a Jane inhalar profundamente. —Me pregunto cuántas veces ocurrirá eso en nuestro camino.

Evette se rió y agitó su mano. —Oh, me imagino que más a menudo que no. Es un largo camino hasta Oregón.

—¿Planeas ir todo el camino?

—No hemos decidido todavía. Peter quiere llegar a California, pero no quiero tener a Delilah en un pueblo de mineros —Evette señaló con la cabeza hacia papá—. ¿Y ustedes dos? ¿Cuáles son sus planes?

—Tampoco estamos seguros. Estamos orando sobre hasta dónde ir. Sé que Thomas dijo que

va a Oregón, y podemos separarnos de él cuando queramos. No estoy segura de lo que nos depara el futuro.

La suave risa de Evette contenía alegría. —Ninguno de nosotros lo sabe. De eso se trata la fe, ¿no es así? ¿Confiar lo invisible a Aquel que ve?

—No podría haberlo dicho mejor yo misma —Una voz rica interrumpió su conversación.

—Doc, ¿estás escuchando a escondidas? —Jane puso los puños en las caderas, sus labios curvándose hacia arriba de manera juguetona. Le agradaba el Doctor Bennet Martin. No como hombre, sino más bien como un hermano.

Dos días en el camino, y el doctor ya la tomaba el pelo. Ayudaba a su corazón magullado saber que todavía podía ser amiga de un hombre y no esperar nada más de él.

Ahora su taciturno amigo, por otro lado. De él tendría que protegerse. Porque la forma en que sus entrañas se derretían cuando sus miradas se cruzaban enviaba señales de advertencia por todo su cuerpo. Él era problemas. Simple y llanamente. Y eso es lo último que necesitaba. O quería, para el caso.

Enoch golpeó su sombrero contra su pierna y lo dejó caer al suelo. Otra rueda que necesitaba ser arreglada, y no habían viajado muy lejos. ¿Cómo podrían cruzar ríos y escalar montañas si las ruedas ya se estaban rompiendo?

Él y Zechariah habían estado trabajando en el calor para arreglar el problema. Dawson se unió a Thomas mientras que a Doc lo llamaron para atender el dedo de una niña pequeña.

Sacando un pañuelo de su bolsillo, se secó la frente.

—Ya casi terminamos aquí. Luego podremos unirnos al resto de las carretas —Zechariah dio un último giro y se puso de pie—. No hay necesidad de preocuparte, Enoch. Todo está bien como el sol.

Una risa escapó de los labios de Enoch antes de que tuviera la oportunidad de cerrar la boca. —No bien como el sol. Bien como la lluvia.

Zechariah dio un encogimiento de hombros de buen humor y saltó a su caballo. —¿Ves? Listo.

Enoch se unió a su amigo mientras la familia volvía a reunirse en la carreta y se apresuraba para alcanzar a los demás, ofreciéndoles su agradecimiento.

Un fuerte silbido perforó el aire. Enoch giró hacia el sonido mientras Dawson se dirigía hacia ellos.

—¿Todo bien por aquí?

—Sí. Zechariah demostrando ser un héroe una vez más. Arregló la carreta de los Craven. Están bien ahora —Enoch le dedicó una sonrisa a su amigo—. Es bueno que lo hayamos traído con nosotros. Por la forma en que la chica mayor miraba a Zechariah, lo tendría casado para cuando lleguemos a nuestro destino.

Zechariah gruñó y le lanzó una mirada fulminante a Enoch, pero mantuvo los labios apretados. El gran hombre sueco no hablaba muy a menudo. Cuando lo hacía, valía la pena escucharlo, a menos que fuera una broma a costa de Enoch. Entonces, ignoraría al hombre rubio por el tiempo que pudiera.

Incluso cuando Zechariah hablaba, su inglés se revolvía y llamaba a ciertas cosas con diferentes nombres. Por supuesto, Enoch, Dawson y Doc se burlaban de Zechariah, pero todo en buena diversión. El hombre lo tomaba con calma y se lo devolvía a cada uno de ellos cuando la ocasión lo ameritaba.

—Ese es nuestro Zechariah. Thomas dijo que no nos queda mucho para detenernos por la noche. No sé ustedes, pero estoy listo para estar fuera de la silla.

Enoch estiró su cabeza de lado a lado y rodó sus hombros. La tensión entre sus omóplatos se alivió una fracción. —Gracias por avisarnos. Estoy de acuerdo. Estoy listo para un descanso.

—Gracias al Señor porque nada peor ocurrió con los Craven. Tendremos que ver si la muchacha le da a Zechariah algunas miradas largas durante nuestros viajes —La sonrisa de Dawson se ensanchó, sus ojos marrones oscuros arrugándose a los lados.

Cuando Enoch conoció a Dawson hace más de una docena de años, Dawson había estado riéndose de la broma de alguien. Cuando un chico un poco mayor que su amigo hizo un comentario inapropiado sobre una chica de su clase, la sonrisa de Dawson se desvaneció, y una ferocidad que Enoch nunca había visto antes cambió el comportamiento de Dawson.

Desde ese día, Enoch supo que su amigo alegre tenía una naturaleza protectora. En el momento en que alguien amenazaba a aquellos que no podían ayudarse a sí mismos, Dawson se convertía en un guerrero. Su cabello castaño oscuro, sus penetrantes ojos marrones y la corta barba en su barbilla asustarían a la mayoría de las personas. Añade la altura de Dawson de más de seis pies y hombros gruesos, bueno, la mayoría de los hombres huían por miedo a él.

El chico de hace mucho tiempo ciertamente lo hizo. Por lo que Enoch recordaba, el muchacho nunca dijo otra palabra sobre una chica en presencia de Dawson, a pesar de que era mayor que Dawson.

—¿Has visto a Doc por alguna parte? —Dawson se retorció en su silla—. Quería comprobar cómo está la niña pequeña y su dedo.

—Está allá hablando con las mujeres junto al irlandés.

—¿Todavía no las has conocido, verdad? —Los ojos de Dawson se iluminaron con alegría—. Vamos. Puedo presentártelas.

—No puedo. Tengo que quedarme en la parte trasera, asegurarme de que todos están contabilizados —Enoch señaló con la barbilla a las vacas que paseaban ante él—. Adelántate tú.

—Cuando acampemos esta noche, las conocerás. Podrían necesitar nuestra ayuda en algún momento. Es mejor que las presentaciones queden hechas —Dawson se quitó el sombrero y pasó una mano por su cabello—. ¿Verdad, Zechariah?

El sueco inclinó su barbilla hacia su pecho. —Esto es cierto, ¿ya? Nos ayudamos unos a otros. Como agua y aceite.

Enoch se rió detrás de su mano enguantada. —El agua y el aceite no se mezclan, amigo mío. Creo que te refieres a algo como una chispa y madera. Se alimentan mutuamente para crear calor.

Zechariah negó con la cabeza. —Sí lo hacen. Pero, si se dejan desatendidos, o mueren o se descontrolan. No. No me gustan tus palabras.

Dawson echó la cabeza hacia atrás y rió, atrayendo la atención de los que caminaban delante de ellos. —Tiene razón, Enoch. Mejor que se te ocurra algo mejor si vas a demostrar que está equivocado.

Enoch puso los ojos en blanco, sus labios formando una sonrisa. —¿Para qué molestarse? Nos entendemos.

—¿De verdad? —Dawson arqueó una ceja oscura—. Me parece que hay un problema de traducción.

—¿Por qué no cabalgas hasta donde está Doc? Dale un poco de paz a un compañero.

Los labios de Zechariah se curvaron en una amplia sonrisa. Cuando el hombre se relajaba un poco, no parecía intimidante. Cuando mantenía su rostro estoico, la gente le daba un amplio margen.

Probablemente bueno para un herrero. Tenía que ser imponente si no quería que se aprovecharan de él. Con suerte, cuando todos se establecieran juntos, Zechariah podría continuar el oficio de sus antepasados. Había ayudado a Enoch y a sus amigos en más de una ocasión con herramientas y herraduras para sus caballos. También sería útil en el camino, como se vio hoy.

Dawson le lanzó una mirada burlona y se alejó trotando en su caballo.

—Por fin. Algo de paz y tranquilidad.

—¿Por qué no quieres conocer a Jane?

Enoch gimió. —Tú también no.

Zechariah se encogió de hombros, sus gruesos hombros moviéndose como rocas. —Responde la pregunta.

—No necesito conocerla. Como sea que se llame.

—Jane —respondió Zechariah, con burla en sus ojos azul claro—. Son irlandeses.

—Bien. Jane. Y es irlandesa —Se pasó la mano por la barbilla—. No quiero conocerla porque no quiero involucrarme con nadie. No estoy aquí buscando matrimonio. Quiero comenzar de nuevo, lo más lejos posible de mis padres. No seré un buen esposo de todos modos.

—Sí lo serás.

Enoch giró bruscamente la cabeza en dirección a Zechariah. —¿Qué?

—Serás un buen esposo para tu esposa. No quieres ser como tu padre. No lo serás. Él no es un buen hombre. Uva mala.

Enoch tragó una risa. —Manzana podrida.

—Eso es lo que dije.

Enoch sacudió la cabeza, su sonrisa persistente. —Gracias por decir eso, pero no quiero correr el riesgo. Además, por lo que escuché en el campamento esta mañana, los O'Malley son tan religiosos como ustedes tres. Ella no me prestará atención. Y no necesito más charlas religiosas.

Zechariah le lanzó un ceño fruncido. —No somos religiosos. La religión no es buena. Jesús es muy bueno. Él es de lo que se trata. Nada más. Nada menos.

—Sí, sí. ¿Por qué no te vas con el resto de ellos?

Zechariah negó con la cabeza. —No. Me quedaré, pero no diré nada más.

Enoch contuvo una mueca. No quería ni necesitaba compañía en este momento. No después de la charla con Zechariah. ¿Qué pasaba con sus amigos empujándolo hacia Dios? ¿Cuándo aprenderían que no quería a su Dios como parte de su vida?

Y ciertamente no a Jane O'Malley. Ella y su padre habían tenido tiempo de oración esa mañana y lectura de la Biblia. La tensión llenó a Enoch solo de pensarlo. La escuchó leer la Biblia en voz alta, y le dio una comezón que no podía rascar.

No. No iba a buscar una relación con la belleza pelirroja de piel clara. No importa cuán atraído se sintiera hacia ella. Ella no lo querría de todos modos. No con sus muchas cicatrices. Unas que no parecía poder superar.

Sería mejor si no acamparan cerca del irlandés y su hija. Desafortunadamente, sus amigos ya habían decidido que ayudarían a los dos.

Enoch contuvo un suspiro. Iban a ser cinco meses muy largos.

CAPÍTULO 5



Enoch se arrodilló junto al río, lavando los últimos platos. Había sido un largo día de viaje. Se alegró cuando Thomas finalmente dio la señal para detenerse y montar el campamento para la noche. Con más distancia recorrida hoy que ayer, iban bien encaminados hacia el Oeste.

—¿Cómo estás, muchacho? —El acento irlandés en la voz del hombre hizo que Enoch se detuviera a mitad del lavado.

Enoch hizo un breve gesto con la cabeza. —Bien, señor. —Esperaba que tomara su falta de conversación como una señal de desinterés.

—No nos han presentado, ¿verdad? —El gigante pelirrojo extendió su gruesa mano—. Sean O'Malley, para servirte. ¿Y tú quién podrías ser?

—Enoch Harden.

—Ah, nombrado como uno de mis hombres favoritos de la Biblia. —El Sr. O'Malley se deslizó sobre sus rodillas y sumergió sus manos en el agua fría.

—Estoy al tanto. Un hombre que caminó con Dios todos los días de su vida —gruñó Enoch. Odiaba el hecho de que su padre lo hubiera nombrado como alguien de la Biblia. Le dejaba un mal sabor de boca. ¿Por qué no podía ser nombrado como alguien grande? ¿Como George Washington o cualquier otro hombre que tuviera un rastro de aventura?

Pero no. Su padre eligió un nombre de los tiempos bíblicos. Probablemente para atormentarlo a él y a su hermano. Daniel. Enoch. Hombres que amaban al Señor. Aunque su hermano pequeño sí amaba a Dios sin importar lo que su padre terrenal les hiciera.

—No pareces muy contento, muchacho. —El tono suave del hombre grande flotó hacia Enoch.

Tanto para no entrar en conversación.

Enoch soltó un suspiro contenido. —No lo estoy.

El Sr. O'Malley no dijo una palabra. Continuó lavando los platos y la sartén de la cena. Enoch esperaba un sermón, una severa reprimenda o incluso un diálogo sobre por qué debería darle una oportunidad a Dios. En cambio, el hombre no habló. Simplemente se encorvó sobre el agua fría y continuó con su tarea.

—¿No vas a comentar nada?

El Sr. O'Malley deslizó su mirada hacia la de Enoch en la luz menguante. —¿Quieres que lo haga?

Enoch resopló. —No particularmente.

—Es lo que imaginé. —La mano del Sr. O'Malley encontró el hombro de Enoch y le dio un suave apretón—. No estoy aquí para juzgarte, muchacho. O para soltar versículos bíblicos que te hagan ver las cosas a mi manera. —Negó con la cabeza, su pelo rojo agitándose con el movimiento—. No, no haré ninguna de esas cosas. —Retiró su mano y continuó con su trabajo.

Aunque debería sentir alivio, algo más nadaba en las profundidades del estómago de Enoch. No podía identificarlo. Fuera lo que fuera, no le gustaba. ¿Por qué el hombre mayor no le hablaba sobre Dios o la Biblia? ¿No era lo suficientemente digno para hacerlo? ¿Sentía el Sr. O'Malley que Enoch ya estaba demasiado perdido?

No debería importar. No importaba. Enoch no dejaría que le molestara. ¿Por qué debería? Odiaba cuando sus amigos o cualquier otro cristiano bien intencionado trataban de convencerlo de que debería caminar con Dios, como su tocayo. Entonces, ¿por qué le molestaba cuando el irlandés ni siquiera lo intentaba?

Trabajaron lado a lado hasta que Enoch terminó y se puso de pie. —Un placer conocerlo, señor.

—No necesitas el "señor", muchacho. Simplemente Sean.

Los labios de Enoch se crisparon. —Sean. Que tengas buena noche.

—Igualmente, Enoch.

Enoch se abrió paso entre los demás que regresaban a sus carretas. Sean O'Malley le intrigaba y le molestaba al mismo tiempo. ¿Quién era este hombre que no le imponía sus puntos de vista espirituales? ¿Y qué importaba? La misma pregunta que se hizo mientras se arrodillaba junto al río volvió a invadirlo.

No podía importar. Porque si lo hacía, significaba algo. Para Enoch, la religión no significaba nada. Jesús, Dios, el Espíritu Santo. Nada de eso podía importar. Si lo hiciera, tendría que cambiar su mentalidad. Perdonar a su padre. Y eso es algo que Enoch nunca haría.

—Pareces a punto de despedazar a un oso con tus propias manos. —Doc lo encontró en el borde de su campamento—. ¿Qué te molesta?

Enoch pasó junto a él, ignorando la pregunta de su amigo. —¿Por qué estás de vuelta tan temprano?

—Mañana comenzamos temprano. El mismo Thomas lo dijo. Pensé en dejar que las mujeres y Peter descansen lo suficiente para otro día agotador en el camino. —Doc lo siguió hasta la bolsa donde guardaban sus platos y utensilios—. ¿Pasó algo en el río?

—No —espetó Enoch. El arrepentimiento lo llenó más rápido que la palabra que pronunció —. Lo siento. Estoy cansado. —Se movió alrededor de Doc y se sentó en el tronco cerca del fuego—. ¿Cómo fue tu cena?

Doc tomó el asiento frente a él, inclinando la cabeza de esa manera irritante a la que se había acostumbrado. —Fue agradable. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve en presencia de

mujeres. Me hizo extrañar a mi mamá.

Doc y su familia habían sido cercanos, por lo que Enoch recordaba de lo que su amigo le había contado. —Me lo imagino. Lamento que te trajera el dolor de extrañar a tu familia.

Dawson entró caminando a su círculo y tomó el lugar junto a Doc. —¿Doc te está contando lo mucho que le gusta la encantadora Delilah?

Enoch levantó una ceja al buen doctor. —¿Es cierto?

Incluso a la luz de la oscuridad bajo el manto de la noche, el rostro de Doc se tiñó de rosa. —No dije eso, ¿verdad, Enoch?

—Nop. ¿Pero es cierto?

—Claro que es cierto —respondió Dawson por él—. ¿No has visto lo grande que es su sonrisa cuando habla de ella?

—No hemos hablado de Delilah. —Enoch estiró las piernas frente a él, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza—. Aunque deberíamos.

—No, no creo que debamos. —Doc se levantó y recogió su petate—. Voy a dormir un poco antes de que la corneta nos despierte demasiado temprano.

Dawson resopló detrás de su mano. —Alguien está un poco susceptible. ¿Y tú, Enoch? ¿Quieres hablar de Jane?

Enoch negó con la cabeza, lanzando a su amigo una mirada burlona. —¿Te das cuenta de que cuando sea tu turno de encontrar una chica que te guste, vamos a venir con toda la fuerza, ¿verdad?

—No voy a buscarme una esposa. Ya lo sabes. —Dawson se puso de pie y se estiró—. Pero ustedes dos, bueno, esa es una historia completamente diferente.

Enoch resopló e imitó los movimientos de Dawson. —No te creo ni por un segundo.

—¿Creer a quién? —Zechariah se frotó la toalla sobre la cabeza, mirando entre los dos amigos—. ¿Qué es lo que no crees?

—Dawson aquí —Enoch señaló con el pulgar en la dirección de Dawson—, insiste en que no se casará.

—Hmm —gruñó Zechariah.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Enoch dirigió una mirada incrédula al sueco—. ¿Hmm?

Zechariah levantó los hombros y los dejó caer. —No conozco la mente del Señor. Lo que Él tiene planeado para Dawson puede que no incluya una esposa.

Dawson le lanzó una mirada de triunfo a Enoch. —¿Ves?

—O tal vez sí. —Zechariah añadió con una sonrisa completa.

Enoch echó la cabeza hacia atrás y se rio. —¿Ves?

Dawson se unió a la risa y extendió su petate. —Caballeros, ambos están locos. No sé qué tiene planeado Dios, pero me sorprendería que incluyera a una mujer. Ahora, buenas noches.

Enoch arrojó un trozo de madera al fuego y se acostó en su petate. Sus amigos traían risas a su vida, algo que necesitaba desesperadamente. Viviendo con su madre, padre y hermano, la alegría no era algo cotidiano. Gritos, llantos, alaridos, palizas. Sí. Todo eso lo experimentó Enoch cada día de su vida.

¿Risas? ¿Amor? ¿Diversión? No muchos recuerdos inundaban su mente.

Enoch se giró de lado, su mirada derivando hacia sus vecinos. Sean estiraba los brazos muy por encima de su cabeza y sonreía a su hija. Ella le devolvió la sonrisa, con una mirada de amor llenando su rostro.

¿Alguna vez le había dado a alguno de sus padres una mirada así? ¿Una de completa confianza y adoración?

Enoch lo dudaba.

Algo tiró del corazón de Enoch. ¿Un anhelo, quizás? ¿Celos? No lo sabía. ¿Cómo se sentiría crecer en un hogar donde el amor abundaba? ¿Donde la religión no se usara como un arma, sino como una herramienta para guiarlo y moldearlo a él y a Daniel?

Enoch todavía no sabía cómo su hermano llegó a creer y confiar en Dios. Incluso cuando Hezekiah le dio el golpe final a Daniel, hizo contacto visual con Enoch. —Todo estará bien —susurró.

No lo estuvo. Nunca volvería a estarlo. Sin embargo, su hermano pequeño murió con tal expresión de paz en su rostro. Como nada que Enoch hubiera visto jamás.

¿Cómo era eso posible? Daniel dijo que todo estaría bien. ¿A qué se refería con eso? Según la Biblia, su hermano ahora residía en el Cielo. ¿Era a eso a lo que se refería? Daniel escapó del dolor y el sufrimiento de manos de su padre terrenal para disfrutar de su Padre Celestial por toda la eternidad.

Enoch sacudió esos pensamientos de su cabeza y se obligó a cerrar los ojos. No iba a pensar en su familia. Los dejó ir el día que se alejó cabalgando de la casa de su padre.

Y no iba a volver. Nunca.

—Me cae bien.

Jane levantó la cabeza desde la parte trasera del vagón. —¿Quién te cae bien, Pa?

—Enoch Harden.

Una calidez se extendió por el interior de Jane. Se trenzó el pelo en una simple trenza, dejándola colgar sobre su hombro. —¿Qué te hace decir eso?

—Hablé con él en el río. —Pa cruzó los brazos sobre su pecho y se apoyó contra las tablas de madera de su cama improvisada.

No podría dormir en la parte trasera del vagón todas las noches, pero Pa sugirió que lo hiciera esta noche, solo para tener un mejor descanso que la noche anterior.

—¿Y? —insistió Jane. Pa no ofrecía su opinión sobre alguien sin motivo. Normalmente tenía un propósito.

—Hay una bondad en él, sí que la hay. —Los ojos de Pa se desviaron hacia los vecinos, donde cada uno de los hombres parecía estar durmiendo con un fuego bajo ardiendo en el centro de su campamento—. Está sufriendo, Janey. Algo profundo en su interior. —Pa se dio una palmadita en el estómago—. Y está luchando contra el Señor, sí que lo está.

—¿Quieres decir que no es cristiano? —susurró Jane, inclinándose hacia adelante.

—No soy quién para juzgar, hija, pero creo que no. —La tristeza llenó los ojos de Pa como siempre lo hacía cuando hablaba de aquellos que no tenían una relación con Dios—. Está sufriendo. Podía sentirlo en nuestra conversación.

—¿Qué dijo?

—No lo dijo. Ese es el punto. —El suspiro de Pa llenó el espacio entre ellos—. Alguien le causó un profundo dolor al muchacho, Janey.

—Eso es horrible —exhaló las palabras. Sus ojos se posaron en la forma durmiente del hombre. ¿Qué podría causar que un hombre tan seguro sufriera? —¿Dijo qué fue?

Pa negó con la cabeza y pasó la mano por su barba roja. —No esperaba que lo hiciera. ¿Sabes cuando sabes algo en lo más profundo de tu corazón?

Jane asintió, formándose un nudo en la garganta. Parpadeó para alejar las lágrimas que ardían detrás de sus párpados. No había visto a Pa tan apasionado en mucho tiempo. No desde antes de que Mam muriera. Este era el padre con el que había crecido, el que se preocupaba por los demás y su estado espiritual. —¿Qué quieres hacer al respecto?

—Rezar, Janey. Debemos rezar. —Sus ojos se deslizaron en la dirección de los de ella—. No sé qué quiere el Señor de nosotros, pero creo que es algo. ¿Rezarás conmigo, hija?

—Por supuesto que lo haré, Pa. No necesitas preguntar.

Pa apretó su mano y rozó sus labios contra su mejilla. —Sabía que podía contar contigo. Debemos quererlo. A los cuatro de ellos. Los otros tres, están bien.

—¿El resto son cristianos?

Pa asintió. —No sin sus cicatrices, entiende. Pero aman al Señor. Rezamos por los cuatro, los queremos y los ayudamos en todo lo que podamos.

—¿Quieres que los invite a cenar mañana?

Una sonrisa iluminó el rostro de su padre. —Eres maravillosa, hija. Eso sería magnífico. Ahora, a dormir. —Señaló las mantas extendidas—. El amanecer estará aquí antes de que te des cuenta.

Jane se recostó con una sonrisa tirando de sus labios. Extrañaba a su padre. El que conocía tan bien antes de que Mam muriera. No es que lo culpara por su duelo. Todavía estaba de luto. Pero no podía negar cómo su corazón se elevaba ante su preocupación por sus vecinos. Cómo sus ojos tenían una luz que había estado ausente. Mam estaría orgullosa de él. Seguro que sí.

La lona sobre ella impedía su vista del cielo nocturno. Anoche, se había metido bajo la manta

en su petate y había tenido dificultad para conciliar el sueño. El resplandor de las estrellas la atraía. Le vino a la mente la escritura de cómo Dios creó los cielos y la tierra y dijo que era bueno.

No podía ver Su hermosa creación en ese momento. En cambio, sus pensamientos se dirigieron al hombre cuyo dolor preocupaba a su padre.

Enoch Harden. Un nombre fuerte para un hombre fuerte. Ella y Pa hablaban a menudo sobre Enoch de la Biblia. ¿Cómo sería caminar con Dios y luego desaparecer? ¿Todo porque Dios se lo llevó?

Escalofríos recorrieron los brazos de Jane. Como solía suceder cuando pensaba en ese pasaje de la escritura. Enoch caminó con Dios. Ella también caminaba con Dios. Y, sin embargo, él lo hizo de tal manera que no vio la muerte. Dios simplemente lo tomó.

¿Sabía Enoch Harden del Enoch del Génesis? ¿Siquiera quería caminar con Dios? Pa dijo que estaba herido. ¿Veía su dolor como una debilidad? Jacob lo había hecho. Incluso consideró sus lágrimas una molestia cuando Mam falleció.

Jane evitó que su mente se dirigiera en esa dirección. Ya no importaba lo que Jacob hizo o dijo en el pasado. Estaba felizmente casado y lejos de ella. Eso es lo que el Señor quería para ella, incluso si le causó un desamor en el proceso.

¿Qué tipo de vida llevó Enoch Harden antes de unirse a la compañía y dirigirse al Oeste? Jane no sabía absolutamente nada al respecto. Él se mantenía mayormente reservado. Al menos, no conversaba con ella o con Pa. No hasta esta noche, cuando Pa se lo encontró en el río.

¿Habría tenido Jane una conversación con él si hubiera sido ella quien lavara los platos? ¿O se habría reunido con las mujeres?

Pa le advirtió que tuviera cuidado con algunos de los hombres en su grupo de viajeros. No los conocía a todos, y a decir verdad, algunos de ellos le provocaban escalofríos cuando pasaba junto a ellos con las otras mujeres.

La manera en que la miraban lascivamente a ella y a Delilah no le agradaba a Jane. En Independence, les habría dicho lo que pensaba. Aquí, en lo salvaje, no se sentía cómoda haciéndolo. No quería causar problemas.

Thomas informó a todos que si hacían algo que causara disensión entre el grupo, no pestañearía y simplemente los expulsaría de la caravana. Jane no podía hacerle eso a Pa. No después de todo lo que había pasado con la pérdida de Mam.

Un suspiro escapó de sus labios. Jane se retorció bajo la manta, tratando de ponerse cómoda. Bien podría dormir afuera a partir de ahora. Al menos tenía las estrellas para contemplar, el calor del fuego para evitar que se enfriara. Dentro del vagón, aunque la madera era más cómoda que el suelo duro, no podía evitar que su mente vagara.

Vagando hacia un hombre alto de cabello oscuro, hombros musculosos y profundos ojos color chocolate. Un hombre en quien no tenía por qué estar pensando. No era cristiano. Y solo recientemente, había quedado destrozada por el hombre con quien pensó que se casaría.

No. No podía seguir pensando en Enoch Harden. Rezaría por él y su corazón atribulado. Sería amable con él y sus amigos. Pero eso era todo. Cualquier cosa más podría traerle más angustia. Y

no estaba lista para volver a recorrer ese camino. Ni lo estaría jamás.

CAPÍTULO 6



Bennet se estiró el chaleco y se arremangó las mangas. Seis días en el camino, y el sol caía sobre ellos como si estuviera ansioso por pasar de la primavera al verano. No estaba listo para el calor sofocante. No cuando todavía tenían mucho camino por recorrer.

—Doc —gritó Peter desde su asiento en el banco del carromato—. ¿Tienes un minuto?

Bennet observó al hombre. Cuando había comido con Evette, Delilah y Peter, no le había impresionado la manera en que el tío de Delilah la trataba. La menospreciaba a cada momento. En un punto, Evette intervino y prometió quitarle el desayuno si no frenaba su lengua.

Y menos mal, porque Bennet ya había soportado casi más de lo que podía tolerar. Casi le dio un sermón al hombre. No que hubiera servido de algo. La comida parecía ser su mayor motivación. Especialmente cuando una buena comida era difícil de encontrar en el camino.

Bennet dirigió su caballo más cerca del carromato. —¿Qué puedo hacer por ti, Peter?

Señaló con el pulgar hacia atrás. —Evette está sufriendo. Dice que es su estómago. ¿Podrías echarle un vistazo?

Bennet apretó los labios. —Por supuesto. Ataré mi caballo al carromato y subiré atrás para atender sus necesidades.

La única respuesta de Peter fue un breve asentimiento.

Cuando Bennet entró al carromato cubierto, lo recibieron gemidos. —¿Evette?

La cabeza de Delilah se levantó de golpe, su frente arrugada por la preocupación. —Ha estado con dolor desde después de nuestra parada del mediodía.

Bennet se acomodó en un pequeño espacio y posó el dorso de su mano en la frente de Evette. —No parece haber fiebre, lo cual es buena señal.

Una brisa acarició su rostro. —Me alegra oír eso —susurró Delilah, volviendo la mirada hacia su madre—. Temía que fuera cólera.

—Y con razón. —Una oleada de alivio invadió a Bennet. Era demasiado pronto para lidiar con ese tipo de enfermedad. Bien podría acabar con toda su compañía. Algo que no estaba dispuesto a permitir—. ¿Qué te duele exactamente, Evette?

—Mi estómago. Calambres. —Las palabras salieron apretadas entre sus labios tensos.

—¿Has tenido evacuaciones intestinales desde que empezamos a viajar?

—Sí. —Evette se incorporó hasta sentarse—. Intenté decirles a Peter y a Delilah que estoy bien. Es mi período mensual.

Por el rabillo del ojo, Bennet vio a Delilah bajar la cabeza, con un rubor cubriendo su rostro. —Eso explica por qué tienes dolor. —Abrió su bolsa y sacó jengibre molido—. Delilah, pon esto en su té cuando paremos para pasar la noche. Le ayudará con el dolor.

—Estoy sentada justo aquí, Doctor. —Incluso en la penumbra del carromato, los ojos de Evette brillaron con picardía—. Puedes hablar conmigo.

—Lo sé, pero preferiría que descanses durante el resto de nuestro viaje hoy y esta noche. ¿Sueles tener este tipo de dolor en tus períodos?

Evette bajó la barbilla hacia su pecho. —Sí. Desde que perdí a mi último bebé.

Bennet apretó el hombro de Evette, sintiendo compasión. —Lamento oír eso.

Los ojos de Evette se agrandaron, su boca abriéndose y cerrándose. —¿No me vas a preguntar sobre mi esposo?

—¿Quieres hablarme de él?

Delilah se movió hacia el borde del carromato y levantó la solapa. —Voy a caminar un rato ya que mamá está bien.

—Adelante, Del. Es como te dije. No hay nada de qué preocuparse.

Una vez que la solapa se cerró, Bennet dirigió su atención a su paciente. —Sería una buena enfermera.

El rostro de Evette se llenó de orgullo. —Estoy de acuerdo. Es un alma gentil y calma a quienes están con dolor. Si tan solo pudiera hacer que mi hermano dejara de tratarla como lo hace.

—Si necesitas ayuda con eso, házmelo saber. Vi cómo le habló, y seré honesto. No me pareció nada bien.

Evette palmeó la mano de Bennet. —Agradezco tu preocupación. Prométeme que si algo me sucede en este viaje, te asegurarás de que Delilah esté cuidada.

—¿Cuidada? —repitió Bennet, su garganta sonando como si estuviera llena de algodón para sus propios oídos.

—Cásate con ella. Encuéntrale un esposo. Un hombre bueno, temeroso de Dios. —Evette habló con seriedad, su mano apretando el brazo de Bennet—. No quiero que se quede sola con mi hermano.

La garganta de Bennet se tensó. Nunca permitiría eso, ni aunque le costara la vida. Sin importar qué, se aseguraría de que Delilah se mantuviera alejada de su tío. —Lo prometo.

Evette se recostó contra el cajón, sus hombros bajando con alivio. —Gracias. En cuanto a mi esposo...

Bennet levantó la mano. —No tienes que contarme hasta que estés lista, y si eso nunca ocurre,

está bien también. No necesito conocer tus secretos.

—A Delilah no le gusta oírme contar la historia.

—Entonces no lo hagas. Nadie necesita saber tu pasado a menos que tú quieras que lo sepan. Si sientes que debes compartirlo conmigo, escucharé. Sin embargo, hoy no tiene que ser ese día.

—Gracias una vez más, Doctor. Eres un regalo del cielo. —Evette cerró los ojos, una lágrima deslizándose por su mejilla.

—No estoy seguro de eso, pero estoy aquí si me necesitas y cuando me necesites.

Bennet salió del carromato cubierto, parpadeando ante el resplandor que lo cegaba. Desató su caballo y montó.

—¿Y bien? —gritó Peter cuando Bennet se acercó a la parte delantera del carromato.

—Estará bien en unos días. Nada de qué preocuparse. No es contagioso.

Peter dio un breve asentimiento. —Bien. No puedo cuidar de ella y de la chica.

Bennet apretó la mandíbula. —No será necesario. Me aseguraré de que se sienta mejor en un día o dos.

Se alejó cabalgando, reprimiendo su frustración. El hombre le molestaba sin fin. Le costaba todo su esfuerzo no golpear a Peter. Jesús dijo que amara a quienes no lo amaban a él. ¿De qué servía ser amable solo con las personas que lo trataban igual?

Como médico, había jurado hacer lo mejor para sanar a todos. Como cristiano, estaba llamado a amar a aquellos que eran poco amables. En la mente de Bennet, Peter era una persona así. Poco amable. Haría lo mejor para amar al tío de Delilah simplemente porque Dios se lo ordenaba.

Si no otra cosa, Peter ayudaría a aumentar la vida de oración de Bennet.

Bennet contuvo una sonrisa y cabalgó hacia Thomas. El jefe del grupo de carretas quería reunirse con él, Dawson, Zechariah y Enoch mientras se acercaban a su punto de parada.

Momentos después, los cuatro cabalgaban cerca de Thomas. —Mañana tenemos que cruzar un río.

El corazón de Bennet se encogió en su pecho. —¿Es peligroso?

Thomas le lanzó una mirada de reojo. —Espera que cada cruce de río sea peligroso. Este, sin embargo, es el menor de ellos.

—¿Qué necesitas que hagamos? —intervino Zechariah.

Bennet apreciaba a su amigo de otro país. Aunque todavía trabajaba en su inglés, eso no impedía a Zechariah echar una mano. Con su corpulencia, podía levantar y cargar más que la mayoría de los hombres.

—Necesitaremos que todos crucen lo más seguro posible. —Los ojos de Thomas se movían de un lado a otro frente a ellos. La pradera se extendía plana y vasta, sin ofrecer alivio del calor —. Cruzaremos por la parte menos profunda del río, pero no será menos peligroso. Ataré una cuerda de una orilla a otra, y haremos que las mujeres y los niños crucen de esa manera. Si cada uno de ustedes pudiera viajar junto a los carromatos, asegurándose de que no se atasquen en

algún surco, eso sería bueno.

—Podemos encargarnos de eso. —Dawson se tocó el sombrero con el índice—. ¿Empezaremos temprano entonces?

Thomas asintió brevemente. —Acamparemos junto a la parte menos profunda esta noche. Cuanto antes crucemos todos, mejor. Luego seguiremos viajando, suponiendo que no haya daños en ninguno de los carromatos.

—Yo los arreglo si los hay. —Zechariah palmeó su montura con sus herramientas.

Llevar las herramientas en su bolsa había resultado ser sabio. Zechariah ya había reparado al menos un carromato. Si hubiera tenido que rastrear dónde estaban sus otros caballos, le habría tomado más tiempo realizar el trabajo.

—No va a ser fácil, hombres —advirtió Thomas—. Tendremos gente realmente asustada de cruzar ese río. Muchos puede que ni siquiera sepan nadar. Hay que mantener a todos calmados y relajados.

Todos asintieron en acuerdo. Bennet hizo una silenciosa oración por protección, durante el cruce y el resto del viaje. El Señor sabía que la necesitarían.

Jane esperó a que los hombres de al lado regresaran de atender a sus caballos antes de acercarse lentamente a su campamento. Los nervios revoloteaban en su estómago. Aunque no era una mujer tímida, no solía andar invitando a cenar a hombres que apenas había conocido un par de veces para que compartieran una comida con ella y su padre.

Bueno, esta noche eso cambiaría.

—Doc Martin —llamó Jane, esforzándose por mostrar lo que esperaba fuera una sonrisa sincera.

El doctor dejó de hurgar en una bolsa y levantó la mirada. Se irguió en toda su estatura. Incluso con su metro setenta y cinco, ella tenía que estirar el cuello para encontrar su mirada.

—Jane. Buenas tardes. —Le ofreció una amable sonrisa.

Con el estómago más calmado, relajó los hombros. —Igualmente. Papá me pidió que los invitara a los cuatro a compartir nuestra cena esta noche.

—Esa es mucha comida para que ustedes compartan. —Doc inclinó la cabeza, su cabello castaño cayendo hacia un lado.

Aunque el hombre vestía como un empresario acomodado, su cabello largo le daba la apariencia de un forajido. Necesitaba urgentemente un corte de pelo. Nunca le diría algo así ya que solo se habían conocido en el camino. Pero como lo consideraba como un hermano, tal vez podría sugerirlo.

Jane se mordió el interior de la mejilla para evitar que las palabras brotaran de sus labios.

—¿Por qué no contribuimos a la cena? —ofreció Doc.

Jane se tocó la barbilla con el dedo. —Supongo que podríamos hacer eso. Aunque no creo que a papá le haga mucha gracia. Cuando invita a gente, no le gusta que traigan algo con ellos.

—No quiero insultar a tu padre. —Las cejas de Doc se fruncieron—. ¿Crees que será un problema?

—Quizás. —Jane se esforzó por encontrar otra solución—. ¿Qué tal esto? Nosotros proporcionamos la comida esta noche, y la próxima vez que ustedes vayan de caza, quizás podamos compartir algo de carne? Aunque no tendré suficientes platos y cubiertos. Traigan los suyos, si no les importa.

—No nos importa —dijo Dawson mientras se unía a Doc—. ¿Qué es lo que no nos importa? ¿Y escuché algo sobre una comida?

Jane sonrió al extrovertido hombre. No había pasado tanto tiempo con él como conociendo a Doc. Por lo que sabía de Dawson, parecía bastante amigable y muy sociable. —En efecto. Papá les pidió a los cuatro que se unan a nosotros esta noche.

—Hecho. —Dawson silbó entre dientes.

Zechariah asomó la cabeza por detrás de un árbol cercano. Enoch se acercó caminando hacia donde estaban los tres y esperó a que el sueco se les uniera. —¿Por qué silbas?

—Cenaremos con los O'Malley esta noche —respondió Doc—. ¿Cuándo quieres que nos unamos a ustedes?

Jane miró a los cuatro. Tres de los hombres tenían expresiones similares. Solo el rostro de Enoch se nubló. Sus labios se volvieron hacia abajo, sus ojos se estrecharon, su frente se cubrió de líneas.

Recordando la conversación con su padre de hace un par de noches, Jane dejó de lado su preocupación. —Denme diez minutos para al menos empezar el café. Luego vengan. Papá habrá terminado con los bueyes para entonces.

—Iré a ver si necesita ayuda. —Enoch se alejó sin mirar atrás.

Qué extraño.

Jane no se lo tomaría a pecho. Enoch estaba luchando contra algo. No sabía qué. Y dudaba que él se lo confiara. Fuera lo que fuese, rezaría por él y confiaría en que el Señor lo ayudaría a superarlo.

Jane volvió la mirada a los tres que seguían de pie frente a ella.

La mirada conocedora de Doc la desconcertó. Había visto a Jane mirando a Enoch. ¿Qué pensaría de ella?

—No le hagas caso. —Dawson atrajo su atención hacia él—. Es lo que las mujeres del Este llaman taciturno.

Los labios de Zechariah se crisparon. Doc se rio abiertamente. —No se equivoca. De todos nosotros, Enoch es el que camina con el ceño fruncido más a menudo.

—Parece que necesita nuestras oraciones más que nada. —Los ojos de Jane se dirigieron hacia donde Enoch había desaparecido momentos antes.

—Ciertamente las necesita —murmuró Doc, asintiendo lentamente.

El calor calentó el rostro de Jane. Maldición. La habían pillado de nuevo. Mejor irse antes de parecer más tonta. —Diez minutos, caballeros. Es todo lo que necesito.

Jane giró sobre sus talones y marchó hacia donde había dejado el fuego ardiendo lentamente. Agarró la cafetera y recogió el agua que había hervido la noche anterior. Una vez que la cafetera estaba colocada sobre rocas cerca del costado del pozo de fuego, reunió la harina y preparó los bizcochos, añadiéndolos a la sartén que se calentaba cerca de la llama.

Al poco tiempo, con la cena lista y las risas de los hombres a su alrededor, repartió los platos de comida a cada uno de ellos.

Cuando le extendió un plato a Enoch, sus dedos rozaron los de ella, enviando hormigueos por su brazo. Los ojos de él se ensancharon durante la más breve fracción de segundo antes de que una cortina cayera sobre ellos, creando un oscuro pozo de intriga. ¿Qué acababa de pasar?

Jane no tuvo tiempo para reflexionar sobre su propia pregunta. Papá bendijo la comida, y todos se lanzaron a comer. El silencio impregnaba el espacio a su alrededor hasta que finalmente papá habló.

—Buena comida, Janey. —La sonrisa de aprecio de papá la calentó hasta el centro de su ser.

—Gracias, papá.

—Enoch, gracias por tu ayuda con los bueyes.

—De nada. —Enoch mantuvo la mirada baja hacia su plato.

—Jane, gracias por la comida. Es muy amable de tu parte incluirnos en tu cena. —Dawson metió una cucharada del guiso en su boca.

—Es bueno tener compañía. Creo que papá podría usar algo de conversación masculina de vez en cuando. —Jane sonrió con la boca llena de comida.

—Ah, déjalo ya, Janey. Eres una buena compañía, lo eres. Ninguna mejor. Excepto tu madre, por supuesto. —El rostro de papá se suavizó con la mención de su esposa.

El corazón de Jane se apretó en su pecho. —Ella siempre fue buena para iniciar conversaciones.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue? —preguntó Doc, con compasión en su mirada.

—Desde antes de Navidad. Alrededor de septiembre. —Jane empujó la comida alrededor de su plato, sin querer ver las miradas de lástima dirigidas hacia ella o su padre.

—Mi padre también falleció entonces. —Las palabras de Zechariah atrajeron sus ojos hacia los de él—. No es fácil.

—Lamento tu pérdida, Zechariah. —Jane parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse por su rostro. No lloraría frente a estos hombres. No cuando era la primera vez que los tenía a todos juntos. Lo último que quería era parecer una mujer llorosa.

—Creo que todos hemos experimentado pérdidas de una forma u otra. —Doc levantó su taza de café—. Desafortunadamente, ninguno de nosotros puede escapar de la muerte.

Dawson se aclaró la garganta. —Bueno, Doc, ¿no es ese un pensamiento triste? Deberíamos cambiar de tema. No sea que no nos inviten más.

Jane soltó una risita a pesar de la tristeza que se aferraba a ella. —Siempre son bienvenidos. ¿No es así, papá?

—Así es, hija. Es como le dije a Enoch mientras me ayudaba. Lo que tenemos es vuestro. Cuando necesitéis algo, solo tenéis que pedirlo.

—Ofrecí lo mismo —respondió Enoch, encontrando la mirada de Jane por encima del fuego.

El mismo hormigueo de antes atravesó a Jane una vez más. ¿Qué poder tenía Enoch Harden sobre ella? ¿Y estaba bien que se sintiera físicamente atraída por un hombre que no quería saber nada del Señor?

Tal vez no fuera terrible. Solo si actuaba en consecuencia. Jane tendría que hacer todo lo posible por mantener sus pensamientos para sí misma. Intentar no pensar en Enoch también ayudaría. Si lo hacía, pasaría tiempo en oración por él.

—Cruzaremos el río mañana. —Doc cambió de conversación—. ¿Ustedes dos saben nadar?

—¿Tenemos que nadar para cruzar? —Papá se sacudió las migas de bizcocho de la barba.

La profunda risa de Enoch reverberó a su alrededor y aterrizó en el corazón de Jane. —Espero que no.

Jane contuvo un suspiro nostálgico. Podría escucharlo reír todo el día. Transformaba su rostro, eliminando las líneas de preocupación y reemplazándolas con una expresión despreocupada.

¿Qué estaba haciendo?

Jane se dio una sacudida mental. Acababa de jurar mantener sus pensamientos centrados en rezar por Enoch Harden, y ahora se encontraba suspirando por él nuevamente.

Todavía no hacía mucho tiempo desde que Jacob terminó su relación. Incluso si Enoch amara al Señor, no tenía por qué enamorarse de otra persona.

Concéntrate, Janey, concéntrate. En su mente, podía oír a papá diciéndole esas palabras, animándola a mostrar el amor de Cristo. No involucrándose románticamente con Enoch. Sino rezando por él, siendo amable con él y ayudándole a ver cuánto lo ama Dios.

Sí. Eso es lo que se obligaría a hacer. Cada vez que sintiera un atisbo de atracción, dirigiría su mente hacia la oración. Porque esa era la única manera en que podría dejar ir sus sentimientos por el hombre. De lo contrario, estaría en un problema más profundo que el río que iban a cruzar por la mañana.

CAPÍTULO 7



Enoch cabalgaba a Champion junto al señor Maverick. La carreta se tambaleaba en el fondo del lecho del río. Las manos enguantadas del hombre aferraban las riendas, su bigote gris flotaba sobre unos labios tensos.

Enoch comprendía la preocupación del señor Maverick. Ya habían tenido dos carretas que casi volcaron. Los conductores estaban ansiosos por cruzar el río de corriente lenta. Si se hubieran tomado el tiempo para ir despacio, no habría habido problemas. Como estaba la situación, uno perdió un mueble, y el otro, casi una caja entera.

Los ojos del señor Maverick se desviaron hacia Enoch. Le dio al conductor un gesto alentador. Siendo la última carreta, Maverick quería terminar el cruce de una vez. Él y Enoch estaban listos para continuar con el resto del viaje del día. La mayoría de la gente ya estaba comiendo al mediodía, ya que llevó bastante tiempo conseguir que todos cruzaran.

—Ya casi, Maverick —gritó Doc desde el lado opuesto del lecho del río.

—Ya casi —repitió Maverick en voz baja—. Ya casi.

Enoch debería haber sido quien ofreciera palabras de aliento. Solo logró dar un simple asentimiento. Quizás debería tomar lecciones de la forma en que Doc trataba con la gente.

No. Enoch podía oír las palabras de Doc resonando en sus oídos: "Dios te creó para ser quien estás destinado a ser".

Si ese fuera el caso, entonces ¿por qué Enoch anhelaba ser Doc o Dawson y tener una camaradería fácil con Jane O'Malley? Hubo momentos en la vida de Enoch en los que había sentido celos de otros. Ese día, deseaba haber sido uno de sus amigos. Aunque solo fuera para hacer sonreír a aquella belleza pelirroja. Como Doc lo estaba haciendo en ese momento.

La carreta continuaba avanzando lentamente hacia la orilla. Finalmente, estalló un vitoreo cuando las ruedas delanteras rodaron sobre la arena húmeda. Ni una sola lesión durante este cruce.

Enoch encogió los hombros y siguió la carreta hasta la orilla. Se quitó el sombrero y pasó el brazo por su frente. Habían sido unas horas agotadoras. Estaba listo para tumbarse en la hierba en algún lugar y simplemente dejar que el sol brillara en su rostro.

Desafortunadamente, un silbido perforó el aire. —¡En marcha, gente! —gritó Dawson.

Como era de esperar. Justo cuando Enoch estaba a punto de descansar un minuto, tenía que irse. Bueno, al menos podría comer con los O'Malley otra vez.

Cuando sus amigos aceptaron la invitación a cenar la noche anterior, Enoch se sintió frustrado. Le molestaba que insistieran en empujarlo hacia la mujer. No quería que lo forzaran a una relación. Especialmente con alguien que compartía la misma fe que su padre.

Aunque Sean O'Malley no se parecía en nada a su padre. Cuando Enoch estaba ayudando al hombre mayor a cuidar de los bueyes, Sean lo bombardeó con preguntas sobre su familia. Enoch no había sido muy comunicativo con sus respuestas. En lugar de mostrar su frustración, que seguramente debió sentir (Enoch la habría sentido si la situación fuera al revés), Sean cambió de tema e hizo que Enoch hablara sobre el rancho que esperaba poseer algún día.

El irlandés tenía un don especial. Era tranquilo y amable, con un brillo en sus ojos. Si San Nicolás hubiera sido un hombre pelirrojo y no un personaje ficticio, Enoch podría haberse sentido tentado a creer que Sean tenía una identidad secreta.

Sean tampoco le preguntó sobre el Señor. Apenas lo mencionó. Dijo que había rezado por un viaje seguro esa mañana, pero ese fue el alcance de su charla espiritual. De nuevo, la pregunta atormentaba a Enoch. ¿No era lo suficientemente digno para hablarle sobre el Señor?

Enoch presionó sus piernas contra el caballo y trotó por la colina cubierta de hierba detrás de las últimas carretas. No importaba si Sean discutía con él sobre el Señor o no. Tenía que seguir diciéndose eso, o se volvería loco.

—¡Enoch!

Entrecerró los ojos hacia la mujer que se dirigía hacia él. El sol que brillaba en su cabello rojo reveló la identidad de Jane antes de que tuviera la oportunidad de enfocar su rostro, que tenía unas pecas salpicadas por el puente de la nariz y las mejillas. Sus ojos verdes brillaban bajo la luz del sol.

Jane se acercó, ofreciéndole una sonrisa tentativa. Interesante. Nunca había sido así con nadie más con quien la vio conversar. —Da quería que te diera esto —extendió su mano—. No es mucho, pero nosotros, quiero decir, él pensó que probablemente no habrías tenido tiempo de comer.

Como en respuesta, el estómago de Enoch gruñó. Sus orejas se calentaron. —Tú, quiero decir, él adivinó correctamente —no debería burlarse de ella, pero se sentía bien tener a alguien que se preocupara por él. Nunca había experimentado tal amabilidad de otros, excepto de sus amigos.

El rostro de Jane se puso rojo, pero levantó la barbilla. —No hay nada malo en ser amable con la gente.

Enoch se bajó de su montura, manteniendo las riendas en una mano y permitiendo que el paño se abriera por sí solo. La boca se le hizo agua al ver el bizcocho de la noche anterior más cerdo seco en medio del pan. —Tienes razón. Me disculpo por burlarme.

El remordimiento llenó los ojos de Jane. Soltó un suspiro. —No. Lo siento. Sé que estabas bromeando —empezó a caminar a su lado y señaló las riendas—. Lo sostendré mientras comes. Será más fácil de esa manera.

Enoch dio un mordisco y entregó a Champion a la atractiva mujer que estaba a su lado. —Su

nombre es Champion.

Jane acarició al caballo por el costado. —Es precioso. ¿Lo has tenido durante mucho tiempo?

—Sí —Enoch tragó la comida—. Hemos estado juntos un tiempo. Es un buen compañero.

—He notado cómo lo cuidas. Debes valorarlo mucho.

—Así es —Enoch se metió la comida en la boca, dándose tiempo para pensar en algo que decir—. Lamento lo de tu madre.

—Gracias —susurró Jane—. No es fácil perder a alguien que amas.

—Perdí a mi hermano hace un tiempo. Entiendo el dolor —¿por qué confesó eso? Nadie más que sus amigos sabía sobre Daniel. Tenía la intención de mantenerlo así. Algo en Jane y su padre le soltaba la lengua.

Una mano gentil apretó el brazo de Enoch. Llamas atravesaron sus dedos, entraron en su camisa y aterrizaron directamente en su corazón. —Lo siento muchísimo.

La emoción obstruyó la garganta de Enoch. Bajó la barbilla. —Gracias.

—¿Puedo preguntar cómo?

Enoch quería gritarle que no era asunto suyo. Que no tenía derecho a hacer una pregunta tan personal. En cambio, se encontró revelando su historia. Cuando terminó, las lágrimas corrían libremente por las mejillas de ella, cayendo en la parte delantera de su vestido.

—Oh, Enoch —dijo entre sollozos—. No puedo imaginar el dolor que sufriste.

—Estas cosas pasan —se encogió de hombros ante sus palabras, no queriendo que ella viera cómo le afectaban. Ni una sola vez retiró ella la mano de su brazo. Durante su relato, la presión aumentó, ofreciéndole su apoyo.

—Mi mamá solía decir que las personas heridas hieren a otras personas —Jane retiró su mano de su brazo, haciéndole consciente de cuánto consuelo le brindaba con un simple toque. Se limpió la cara con el dorso de la mano—. Tu padre debe haber estado muy herido para causarles a ti y a tu hermano tanto dolor.

—¿Herido? —se burló Enoch—. Cruel sería más apropiado.

—Estoy de acuerdo. Fue muy cruel —Jane negó con la cabeza, su trenza balanceándose de un lado a otro por su espalda. Miró a su alrededor y luego volvió sus brillantes ojos verdes hacia él —. No debería decir esto en voz alta, y perdóname por las palabras que estoy a punto de pronunciar. Pero espero que Dios castigue a tu padre más severamente de lo que jamás ha castigado a nadie.

—¿De verdad?

—Sí —Jane levantó la barbilla de manera desafiante—. Dios es un Dios de amor y justicia. Son lados opuestos de quién es Él. Tanto como ama a las personas, también es un Dios que imparte justicia a quienes la merecen. Tu padre —su nariz se arrugó con disgusto—, merece la ira de Dios. Tratar a los hijos de Dios como lo ha hecho y luego no recibir el castigo... Bueno, digamos que tu padre tiene suerte de que yo no sea Dios.

Enoch nunca había oído a nadie decir tales cosas sobre su padre. Doc había pronunciado

palabras de consuelo y deseaba haber sido él quien tratara a Daniel y asegurarse de que su padre fuera procesado por asesinato. Pero escuchar a Jane decir tales cosas le calentaba el corazón.

Una risa brotó de Enoch. Jane se volvió hacia él, con confusión llenando sus ojos. —¿Qué es tan gracioso?

—Tú lo eres, Jane O'Malley —el costado de Enoch dolía de tanto reír—. Gracias —se secó los ojos después de calmarse—. Gracias por decir eso. Creo que necesitaba escucharlo.

Una hermosa y amplia sonrisa cubrió el rostro de Jane. —Si puedo hacerte reír así, entonces de nada —sus ojos se entrecerraron juguetonamente—. Aunque hablo en serio. Tu padre debería estar agradeciendo al Señor que yo no sea Él.

Enoch negó con la cabeza, con una risa retumbando en su interior. No sabía qué le deparaba el futuro, pero sabía que quería que Jane O'Malley fuera parte de él. Simplemente no sabía qué implicaba eso.



Jane se sentó junto a Da, la oscuridad cubría la tierra como una manta gigante. El cruce del río más temprano ese día había asustado a mucha gente. Para cuando establecieron el campamento para la noche, la cena ya había sido comida, y el silencio descendió antes de lo normal. Incluso Enoch y sus amigos se retiraron después de ayudar con los platos.

Lo que los dejó a ella y a Da solos. Ninguno de los dos parecía inclinado a llamarlo noche. Ella había compartido lo que Enoch le había contado, permitiendo que su padre vislumbrara el interior del hombre herido.

Tal vez no debería haberle contado a Da, pero algo dentro le decía que a Enoch no le importaría. Si se lo contara a alguna de las mujeres, seguro tendría un problema con ello. Y no chismorrearía sobre él de esa manera a otros.

Da, sin embargo, sabía que había un profundo dolor dentro de él. Quizás Jane estaba tratando de aliviar su propia conciencia por hablar de Enoch. No lo sabía. Da no se sorprendió, sin embargo, cuando se lo contó. Como si ya lo supiera.

—Puede que haya unido algunas piezas —confesó Da—. Enoch habló sobre su hermano anoche. No lo presioné para obtener detalles, pero por la forma en que se le quebró la voz, supe que algo malo había ocurrido.

—Siento si he chismorreado.

Da le dio una palmadita en la mano. —Habla con el Señor sobre eso, hija. Él te dirá si estabas equivocada —entrelazó sus manos frente a él—. La cuestión es, ¿qué vamos a hacer con el muchacho?

—¿Hacer? ¿Qué quieres decir? No hay nada que podamos hacer excepto rezar.

Los ojos de Da se volvieron hacia los suyos. —Creo que has iniciado el proceso de sanación para el chico.

¿Ella? ¿Ayudándole a sanar? —No lo creo, Da. Creo que solo necesitaba a alguien que lo

defendiera. No sé por qué nadie lo ha hecho.

Los ojos de Da se suavizaron. —Ah, hija. Eres igual que tu mamá. Ella también luchaba por los débiles.

—¿Crees que Enoch es débil? —¿cómo podía su padre decir tal cosa? ¿No había visto al hombre? Músculos ondulantes, figura esbelta, piernas fuertes. El calor se extendió por su vientre. Ahí iba otra vez. Realmente necesitaba dejar de mirar descaradamente a Enoch Harden.

—No débil en el sentido físico —Da negó con la cabeza y pasó la mano por su larga barba—. Tu mamá luchaba por aquellos que no tenían otras personas que lucharan por ellos. Tú también tienes eso en ti. Sigue luchando por Enoch, Janey. Lo veo ablandándose.

Jane resopló. —Solo han pasado un par de días desde que empezamos a cenar con los muchachos. ¿Ya lo ves ablandándose?

—Dios está haciendo algo bueno en el corazón de Enoch. Lo creo aquí —Da se dio golpecitos en el pecho cerca de su corazón—. Lo veo aquí —se dio golpecitos con el dedo cerca de sus ojos —. Y lo sé aquí —se dio golpecitos en la frente—. El muchacho tiene que pasar por más cosas, lidiar con ellas y dejarlas ir antes de que pueda aceptar cuánto lo ama su Padre Celestial.

—Desearía que tuviera a alguien como tú para guiarlo a lo largo de su vida —Jane apoyó la cabeza contra el hombro de su padre, como solía hacer de niña—. Siempre me has tratado con justicia y amabilidad.

—No siempre, Janey —Da sorbió, un escalofrío pasando por él—. Necesito disculparme contigo. Cuando tu mamá murió, yo también morí. No te di lo que necesitabas. Estabas sufriendo tanto como yo. Sin embargo, retuve el amor que necesitabas. Lo siento, Janey.

—Oh, Da —susurró Jane—. No necesitas decir eso. Mamá era tu esposa. La amabas más que a tu propia vida. Lo veía todos los días. Cuando mamá murió, sabía que ibas a pasar por un momento difícil. No esperaba que me cuidaras. Era mi turno de cuidar de ti.

—Nunca deberías haber tenido que hacerlo, hija —Jane sintió a su padre sacudir la cabeza—. Nunca debería haberte pedido que hicieras este viaje conmigo. Renunciaste a tanto. Si no hubieras estado preparándote para nuestro viaje, ya estarías casada ahora.

—Con alguien a quien no amaba realmente —Jane levantó la cabeza—. Da, escúchame. No me importa empezar de nuevo. Tenías razón. Había demasiados recuerdos atormentándonos. Y creo que Jacob aún se habría enamorado de Louise. Yo no era suficiente para él.

El rostro de Da se tornó tormentoso. Un gruñido se deslizó de él. Levantó sus manos hacia sus mejillas, su toque suave y gentil a pesar de los callos. —Escucha bien, Jane O'Malley. Tú eres suficiente. Eres amada por Dios, por mí y por tantos otros en este viaje. Jacob no te define. Dios lo hace. Él te ha dado un corazón bondadoso, una determinación que muchos no tienen y una fiereza para amar a los demás. Nunca me dejes oírte decir que no eres suficiente. ¿Entiendes?

Jane parpadeó para contener las lágrimas que ardían detrás de sus párpados. Asintió y se inclinó hacia el toque de su padre. —¿Por qué no puede todo el mundo tener a alguien como tú?

Da bajó las manos y le dio un beso en la parte superior de su cabeza. —Porque Dios nos permite pasar por el fuego para refinarnos —Da bajó la voz—. Nunca estuvo en el plan de Dios que Enoch tuviera un hombre como su padre. Pero el pecado ocurrió. Y el pecado tiene

consecuencias. Enoch va a ser más fuerte por el dolor que ha sufrido. Siempre y cuando se vuelva a Dios y le permita sanarlo.

—Todavía quiero ser yo quien imparta justicia por Daniel y Enoch —la ira ardía profundamente dentro de su pecho—. El hombre merece ser ahorcado.

La risa de Da sacudió sus hombros. —Ciertamente lo merece, hija, y mucho más. Pero no somos el Señor, ¿verdad?

—No, no lo somos —gruñó Jane.

—Debemos confiar en Él para buscar venganza en nombre de Enoch y Daniel —Da se puso de pie y juntó sus manos—. Hora de dormir, Janey. ¿Dónde dormirás esta noche?

Jane siguió el ejemplo de Da y se puso de pie. —Afuera. Es demasiado hermoso para quedarme en la carreta cuando puedo ver la belleza de Dios a mi alrededor.

—Estoy de acuerdo —Da añadió otro tronco al fuego y extendió su saco de dormir, luego se acomodó—. Buenas noches, hija.

—Buenas noches, Da —Jane no se molestó en quitarse el vestido y ponerse su camisón. No sentía la necesidad, ya que se levantaría más temprano de lo normal. Thomas les informó que no avanzaron tanto como esperaba.

Lo que significaba que tenía que levantarse temprano y preparar suficiente desayuno para los hombres y Da. Al combinar sus provisiones, era más fácil si ella se encargaba de toda la cocina. Ellos se ocupaban de los bueyes y los caballos que trajeron, además de ayudar a Da a conseguir leña.

Dios tenía un plan para hacer que conocieran a los muchachos junto a ellos. Jane no sabía qué implicaba ese plan, pero confiaría en Él durante el proceso. Y rezaría por la sanación de Enoch, así como por que él creyera que Dios lo amaba.

Los párpados de Jane se cerraron mientras una silenciosa oración caía de sus labios por el hombre de cabello oscuro con ojos marrones profundos que dormía en el campamento de al lado.

CAPÍTULO 8



El sonido de arcadas, seguido rápidamente por un fuerte olor, despertó a Jane en la tenue luz de la mañana. Se quitó la manta de encima, el aire frío de primavera provocándole escalofríos. Ignoró el frío y deslizó sus pies en las botas sin atarlas.

—¿Da? —Jane miró en dirección al petate de su padre.

—Janey —graznó Da cerca de los arbustos—, mantente alejada. No quiero que atrapes lo que sea que tenga.

Jane se acercó un poco, pero lo suficientemente lejos para ver la silueta de su padre.

—¿Tienes fiebre?

—No —dijo la palabra antes de expulsar una vez más el contenido de su estómago.

—Voy a buscar a Doc.

—No hay necesidad...

Jane no esperó a que su padre terminara de hablar. Se apresuró hacia el siguiente campamento, sus ojos examinando las figuras dormidas. Sin saber cuál era Doc Bennet, susurró al aire:

—¿Doc?

El hombre más cercano a ella se dio vuelta.

—¿Jane?

El corazón de Jane se detuvo en su pecho. No era el hombre que esperaba encontrar, pero aceptaría su ayuda de todos modos.

—Enoch, Da está enfermo. No me deja acercarme. ¿Podrías despertar a Doc, por favor?

Enoch se puso en acción de inmediato.

—Claro. Vuelve y pon agua a calentar. Doc estará allí en un segundo.

Antes de que se marchara, Enoch ya había encontrado al médico y estaba sacudiendo su hombro, susurrando palabras que ella no podía oír. El alivio la invadió mientras se ocupaba de avivar el fuego y poner agua en una olla. Da se arrastró hasta su petate y se acostó de lado, dándole la espalda.

Jane retorcía sus manos frente a ella. En Independence, habría sabido exactamente qué hacer por su padre enfermo. ¿Pero en el camino? No tenía ni idea.

Un movimiento le alertó de otra presencia en su campamento.

—¿Doc?

—Jane, Enoch me dijo que tu padre se siente mal —Doc se acercó con preocupación marcando su frente.

—Está allí. Dijo que no tiene fiebre.

La frente de Doc se relajó un poco.

—Bien. Cuando el agua termine de hervir, pon algo de este polvo en ella. Es para ayudar con estómagos revueltos.

Jane tomó el pequeño sobre marrón y asintió.

—Avísame si puedo ayudar en algo.

Mientras Doc se arrodillaba junto a Da y le hacía preguntas cuyas respuestas ella no podía escuchar, Jane se afanó en preparar la bebida para su padre. La preocupación le revolvía las entrañas.

¿No había leído Jane en algún lado que el cólera era una enfermedad horrible? Y que se propagaba rápidamente. Al menos eso es lo que había leído y probablemente escuchado de Thomas en una de sus reuniones.

—Jane —una mano tocó su hombro.

Ella saltó y casi gritó.

—¡Enoch! ¿Qué estás haciendo?

Los oscuros ojos de Enoch se arrugaron en las comisuras.

—Lo siento. Vine a ver si necesitabas algo.

Los dedos de Jane se aferraron a su garganta, sintiendo el pulso contra la palma de su mano.

—Me has dado un susto de muerte.

—Espero que no —la sonrisa de Enoch se ensanchó. Señaló al cielo—. O tal vez sí, y por eso está aclarando.

Jane siguió su dedo con la mirada. La luz extendía sus dedos por el cielo, el sol asomándose sobre el horizonte con suave cuidado para despertar a las personas debajo. El frío comenzaba a disiparse, el rocío de la mañana temprana desapareciendo con el ligero calor del sol.

—No deberías acercarte sigilosamente a la gente —Jane agitó su dedo hacia Enoch—. Terminarás provocando un ataque al corazón a alguien.

—Eres joven. Sabía que estarías bien —Enoch señaló con la cabeza hacia Doc y su padre—. ¿Cómo va todo por allá?

Jane se encogió de hombros.

—Doc no ha venido a decirme qué cree que está mal.

—¡Doc! —gritó una voz de mujer junto al campamento—. ¿Dónde estás?

—¿Señora Fulton? —llamó Jane, saludando a la mujer con la mano—. Está aquí con Da. ¿Qué sucede?

—Mi Albert ha empezado a vomitar —el cabello rubio de la mujer apuntaba en todas direcciones. Pasó la mano por su cabeza, sus dedos moviéndose para formar una simple trenza —. ¿Dónde está el doctor?

—Aquí —Doc se unió a su pequeño círculo en tres grandes pasos—. La acabo de oír. ¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

—Unos minutos, supongo. Me desperté cuando estaba vomitando por el costado de la carreta —la señora Fulton pasó la mano por su frente—. Corrí a buscarte.

—El señor O'Malley tiene el mismo problema. ¿Sin fiebre?

La mujer negó con la cabeza, su trenza balanceándose de un lado a otro.

—Todavía no. ¿Qué le pasa a Sean? ¿De ahí es de donde Albert lo cogió? —Lanzó una mirada acusadora en dirección a Jane.

—No sé quién lo tuvo primero —Doc puso una mano en el hombro de la señora Fulton—. Y no es momento de empezar a señalar culpables. No parece ser cólera. Quizás solo un virus estomacal.

—Lo siento, Jane —suspiró la señora Fulton—. Es que, bueno, con la amenaza del cólera por aquí, Albert, bueno, él es mi mundo. Ha estado conmigo desde que era una niña. Lo amaba desde entonces y sabía que estaríamos juntos.

—Lo entiendo, señora Fulton —Jane deseaba comprenderlo completamente. Nunca había experimentado ese tipo de amor—. Doc, ¿cuán grave crees que será?

Doc negó lentamente con la cabeza.

—Depende de cuántas personas enfermen. Enoch, ¿conducirás la carreta de Sean hoy?

—Por supuesto.

—No hay necesidad, Enoch. Puedo hacerlo.

Los ojos de Doc se deslizaron hacia los de Jane.

—Necesito que cuides de tu padre. Necesitará un cubo y un lugar donde acostarse con relativa comodidad. Eso significa mover las cajas y demás cosas en tu carreta. Estarás atendiendo las necesidades de Sean la mayor parte del tiempo.

—Oh —Jane asintió—. Eso tiene más sentido. Gracias, Enoch.

—Es un placer —la voz de Enoch inundó a Jane de calidez.

Controlando sus emociones, Jane puso freno a sus crecientes sentimientos por Enoch. No importaba cuántas veces se regañara a sí misma, no podía evitar que su atracción aumentara. Sin embargo, ahora no era el momento de pensar en tales cosas.

Da la necesitaba. No sabía cuántas personas más caerían con dolores estomacales. Pero necesitaba concentrarse en ayudar a su padre a superarlo y sentirse mejor, para luego poder

ayudar a otras familias.

—Iré a ver a Albert —Doc se volvió para seguir a la señora Fulton—. Ah, ¿Enoch?

—¿Sí?

—Ve a decirle a Thomas a lo que nos enfrentamos. Podría estar infectada la mitad de la caravana o, si Dios quiere, solo unas pocas familias. De cualquier manera, si vamos a salir pronto, Thomas debería estar al tanto de lo que está sucediendo.

—Voy en camino —Enoch le dirigió una última mirada persistente a Jane. Sus ojos se cruzaron con los de ella, casi derritiéndola en un enorme charco.

Jane rompió primero la conexión y agarró una taza de la parte trasera de la carreta. La llenó con agua y vertió el polvo de Doc. Dejó que se disolviera antes de llevárselo a su padre.

—Aquí, Da. Doc dice que bebas esto. Es para ayudar con tus dolores.

Da negó con la cabeza, con los ojos aún cerrados.

—No lo quiero.

—Escúchame bien, Da —Jane usó la voz más severa que pudo reunir—. Doc dice que lo bebas. Podemos tener una batalla de voluntades, pero voy a ganar esta. ¿Me oyes?

Un ojo verde se entreabrió. Da le dirigió una mirada fulminante y tomó un pequeño sorbo de la mezcla.

—No sabe bien.

—Es medicina. No se supone que sepa bien —Jane casi se rio de la expresión facial de su padre—. Ahora sé un buen chico y bébelo todo.

—Un buen chico —gruñó Da—. Siempre soy un buen chico.

—Bueno, veo que no has perdido tu sentido del humor junto con la cena.

Da le lanzó una mirada de enfado y se volvió a acostar.

—Estás demasiado alegre esta mañana, hija.

—Doc dice que no tienes cólera. Eso es suficiente para hacerme feliz —Jane apartó el cabello de la cara de su padre—. Sin embargo, lamento que no te sientas bien.

—Estaré bien muy pronto, Janey —Da cerró los ojos—. Déjame dormir un poco.

—Solo hasta que despeje la carreta. Hoy descansarás allí.

Un pequeño movimiento negativo de la cabeza de Da fue su única respuesta.

Jane se levantó y se llevó la taza. Se apresuró a enjuagarla con agua caliente. Luego subió a la parte trasera de la carreta y comenzó a mover cajas y cajones para hacer suficiente espacio para Da. Como no era un hombre pequeño, necesitaba más espacio. Con suerte, Enoch sabría cómo guiar la carreta alrededor de surcos y baches. De lo contrario, Da podría servir de amortiguador para las cajas si se caían.

Sonó una trompeta, alertando a todos en el campamento de la inminente partida.

Jane se apresuró a preparar algo rápido para que comieran ella y los hombres del campamento

vecino. Cuando terminó, los cuatro hombres estaban de pie a su alrededor.

—¿Qué tan malo es? —los labios de Dawson formaron una línea recta.

—No terrible —Doc sorbió su café—. Son solo cuatro familias, incluida la tuya —Doc señaló con su taza en dirección a Jane—. Estamos lo suficientemente bien para seguir moviéndonos.

Comieron en silencio hasta que la trompeta sonó una vez más. Tenían diez minutos hasta que fuera hora de partir. Con la ayuda de Doc, Jane guio a Da hacia la parte trasera de la carreta. Enoch trajo los animales. En poco tiempo, se balanceaba de lado a lado en la parte trasera de la carreta.

Iba a ser un largo día.

—Descansa ahora —la voz calmante de Jane fluía desde la parte trasera de la carreta hasta el corazón de Enoch.

Escuchó sus palabras reconfortantes toda la mañana y la tarde. Ella hacía un buen trabajo atendiendo las necesidades de su padre. Nunca tuvo un momento de queja o protesta. Simplemente se dedicaba a la tarea que tenía entre manos.

Cuando se detuvieron para la comida del mediodía, Enoch se ocupó del cubo de vómito y del balde de agua que ya no estaba fría. Se aseguró de que ella saliera de la carreta para estirar las piernas y comer un poco mientras él se sentaba con su padre.

Antes de que Thomas les llamara para seguir adelante, Enoch lavó el cubo y trajo más agua fría a Jane para que limpiara la frente de su padre.

Sean no tenía fiebre, hasta el momento, y tampoco nadie más que se sintiera enfermo. Al menos eso es lo que dijo Doc.

Su amigo había estado yendo de carreta en carreta, atendiendo a los enfermos. También había conseguido la ayuda de Delilah Fitzgerald. No tener que atender las necesidades de Sean ayudaba a Doc a concentrarse en otras personas.

Aparte de Doc, Enoch no había visto a nadie cuidar tan bien de un ser querido. Cuando él o Daniel se enfermaban, su padre culpaba a la enfermedad como un castigo de Dios. Afirmando que debían haber pecado de alguna manera.

Por supuesto, cuando Pa se enfermaba, insistía en que era el diablo tratando de debilitarlo para que no difundiera la Buena Nueva.

Buena Nueva. ¿Qué era exactamente la noticia que Hezekiah Harden difundía? Fuego y azufre, un miedo insano a Dios. Si eso es lo que consistía la Buena Nueva, no gracias. Enoch no quería tener nada que ver con ello.

Aun así, no podía reconciliar las diferencias entre su padre y sus amigos. Si añadía a Sean O'Malley y a su hermosa hija, la confusión se arremolinaba dentro de Enoch.

¿Quién tenía razón?

Si Hezekiah estaba equivocado, ¿cómo conseguía que tanta gente lo siguiera? ¿Sus

enseñanzas? ¿Por qué la iglesia estaba llena a rebosar de miembros que gritaban amén y aumentaban la colecta?

¿Cómo podía la iglesia en Independence estar tan llena como la de su padre, y sin embargo tener un estilo de predicación tan diferente?

Cuando la bandeja de la colecta recorría la sala, la gente donaba, pero no sonaba tanto como la gente de la congregación de su padre. ¿Era porque el predicador hablaba del amor de Dios y no de Su ira? ¿Necesita la gente miedo para ser generosa?

Pregunta tras pregunta pasaba por la mente de Enoch. Sin respuestas que las persiguieran. Le frustraba. No debería molestarle, pero lo hacía. Había jurado nunca seguir al Dios de su padre. ¿Y si el Dios de su padre era una invención del propio Hezekiah? ¿Y si no lo era?

—¿Qué te tiene con cara amarga? —Dawson cabalgaba junto a la carreta—. Parece que hubieras chupado un limón.

—No hay limones. Solo estoy pensando —Enoch pasó la mano por su barbilla, la ligera barba haciéndole cosquillas en la palma—. Nada que valga la pena discutir.

Dawson ladeó la cabeza, con incredulidad cruzando sus facciones.

—Hm. Bueno, sea lo que sea que estés meditando, no tienes que hacerlo solo. Solo digo.

—Lo sé. Lo pensaré un poco más, y si lo necesito, hablaré contigo al respecto —Enoch le lanzó a su amigo media sonrisa—. Sé dónde encontrarte.

—¿No es cierto? —Dawson se rió—. ¿Cómo está Sean?

—Cuando me senté con él antes, dijo que se sentía un poco mejor. No lo suficientemente bien para comer, pero Jane le está haciendo beber caldo que preparó antes de que levantáramos el campamento esta mañana.

—He oído que algunas familias no están bien —la frente de Dawson se arrugó de preocupación bajo su sombrero—. Espero que no se extienda más.

—Yo también —Enoch bajó la barbilla—. Mantenerse sano es importante mientras viajamos. Tenemos que mantener nuestra energía y fuerza si vamos a llegar a nuestro destino antes de que caiga la nieve.

—Ni siquiera ha llegado el verano, ¿y ya estás pensando en la nieve?

—Hay que estar varios pasos por delante, según dice Thomas —los ojos de Enoch recorrieron el paisaje abierto. Pocos árboles les ofrecían protección contra el sol que brillaba sobre sus cabezas. ¿Cómo sería si quedaran atrapados en las montañas con nieve? ¿Cuántos de ellos sobrevivirían a las temperaturas en descenso?

—Otra vez tienes esa mirada.

Enoch sacudió los pensamientos de su mente.

—Diferente esta vez. Me preocupa el clima si no avanzamos lo suficiente cada día.

—Thomas dice que calculó tener que esperar unos días extra aquí y allá —Dawson se encogió de hombros, como si ninguna preocupación llenara su cerebro—. Hay que confiar en que el líder sabe lo que hace.

—Lo hago —Enoch suspiró las palabras—. Especialmente porque no he hecho esto antes. Supongo que me preocupo por aquellos que ya se han enfermado. ¿Qué pasa si su salud se debilita y no pueden continuar? Si las temperaturas bajan, no tendrán ninguna oportunidad.

—Sabes, la Biblia nos dice que preocuparnos no añadirá ni un minuto a nuestras vidas —Dawson no lo miró mientras hablaba—. Dice que tenemos suficientes problemas hoy como para tomarlos prestados de mañana.

Enoch exhaló profundamente.

—No sé cómo es posible *nunca* preocuparse.

—No dije que nunca me preocupe —Dawson le mostró una sonrisa—. Lo hago a veces, pero luego tengo que recordar que nada sucede sin que Dios lo sepa. Él alimenta a esos pájaros que vuelan sobre nosotros, y dice que no significan tanto para Él como nosotros. Cuando me preocupo, pienso en eso.

Los hombros de Enoch se tensaron.

—Si Dios lo ve todo, ¿por qué no impide que ocurran cosas malas? —Apretó las riendas con más fuerza—. ¿Por qué no impide que las personas se lastimen entre sí? ¿Por qué se queda atrás y observa que todo suceda?

—Ah, Enoch —las compasivas palabras de Dawson casi convirtieron a Enoch en un desastre lloroso—. Desearía poder quitarte el dolor de tus ojos.

Enoch le lanzó a Dawson una mirada rápida.

—Sí, lo veo allí. No tiene sentido tratar de esconderlo —los hombros de Dawson se hundieron —. Todo lo que puedo decir es que nada de eso fue parte de los planes de Dios. Él nunca quiso que ocurriera algo malo en esta tierra. Luego el pecado entró y lo cambió todo.

—Si Dios es tan poderoso, ¿por qué no detuvo el pecado?

—Déjame preguntarte esto, amigo mío —Dawson deslizó sus ojos hacia Enoch—. ¿Quisieras que te quitaran tu libre albedrío?

—¿Qué quieres decir?

—Odias cuando no puedes decidir hacer algo por ti mismo. Bueno, si Dios hubiera impedido que Adán y Eva pecaran, les habría quitado su libre albedrío. Su elección. ¿Quieres eso?

Enoch meditó sobre la explicación de Dawson.

—No, no lo querría.

—Sé que no lo querrías —Dawson negó ligeramente con la cabeza—. ¿Las cosas malas que suceden? Son resultado del pecado. No está bien. La forma en que funciona el mundo. No es el plan de Dios. Pero Él envió a Jesús para redimir a la humanidad e incluso al mundo.

Enoch nunca lo había pensado de esa manera. No significaba que le gustara la respuesta, pero le daba algo más en qué pensar.

—Mmm.

—No necesitas un sermón de mi parte —los dientes de Dawson brillaron detrás de su amplia

sonrisa—. Así que, me detendré ahí. Thomas quería que te dijera que nos detendremos pronto.

Enoch devolvió la sonrisa de Dawson, y luego se puso serio.

—¿Dónde nos detendremos? No hay mucho alrededor.

Dawson señaló con la barbilla hacia adelante.

—Pasando esa colina, hay un arroyo para que los animales beban y descansen mientras montamos el campamento.

—Me alegra oírlo. Podría usar un poco más de movimiento.

Dawson se rió entre dientes.

—Sentarse en una carreta no te va bien, ¿eh?

Enoch bajó la voz.

—No me importa, pero preferiría estar sobre Champion.

—Esperemos que todos se sientan mejor mañana. Será mejor que vaya a contarles a los demás el plan.

Dawson se alejó cabalgando, dejando a Enoch sintiéndose inquieto. ¿Realmente quería Dios que las personas eligieran? Según lo que su padre enseñaba, Enoch pensaba que Dios dictaba los movimientos de todos para hacer lo que Él quería. Que no le importaba lo que Su creación pensara o sintiera.

Para cuando llegaron al campamento y tuvieron las carretas en círculo, Enoch estaba completamente agotado. Su mente y cuerpo estaban desgastados por el largo día de viaje, así como por el largo día de reflexión. Demasiado pensar.

Cuando cabalgaba sobre Champion, Enoch no se permitía tanto tiempo para meditar sobre las cosas. Claro, su mente iba a lugares donde no quería que fuera. Pero siempre apartaba sus dudas.

Hoy no. Hoy, Enoch no podía detener sus pensamientos desbocados. Todo lo que podía pensar era en extender su petate y dar por terminada la noche.

Desafortunadamente, una belleza pelirroja le pidió que la ayudara a preparar la comida mientras Zechariah y Dawson se ocupaban de los bueyes. ¿Cómo podía negarse?

CAPÍTULO 9



—¿Por qué no impide Él que la gente lastime a otros? ¿Por qué se queda de brazos cruzados viendo cómo sucede todo?—

El dolor de Enoch se clavó directamente en el corazón de Jane. No podía dejar de escuchar su voz en su cabeza, incluso mientras yacía bajo las estrellas a un tiro de piedra de su padre.

Da había mejorado a medida que se acercaban a su parada final. Había dormido la mayor parte del día, lo que permitió a Jane escuchar la conversación entre Enoch y Dawson.

Oh, sabía que no debería haber escuchado tan atentamente. Pero le ayudó a entender aún más al hombre taciturno.

Aunque Enoch le había contado a Jane sobre su familia, no le explicó lo que sentía respecto al Señor. Escuchar su desgarradora pregunta casi acabó con Jane.

Anhelaba subir al asiento de la carreta junto a él y rodear con sus brazos al hombre herido.

Aunque ella y Enoch compartían el dolor de perder a alguien cercano, Jane no había experimentado la muerte de su madre a manos de su padre. Da nunca haría algo así a nadie, mucho menos a la persona que más amaba en el mundo.

El padre de Enoch, por otro lado, parecía disfrutar lastimando a otros. Las palabras de Mam, las que Jane compartió con Enoch, eran ciertas. La gente herida hiere a otros. Pero, ¿dónde estaba la justicia para Daniel Harden? ¿Por qué Dios no intervino y permitió que Hezekiah sufriera como lo había hecho su hijo? ¿Como habían sufrido ambos hijos?

Durante su infancia, Jane había cuestionado a Da y a Mam sobre por qué ocurrían cosas malas en el mundo. Su respuesta había sido similar a la de Dawson. En aquel entonces, eso aplacó su mente curiosa. Su respuesta todavía lo hacía. Pero, ¿dónde estaba la justicia?

Dios prometió que la venganza era Suya. ¿Sería demasiado pedir que Jane le pidiera al Señor que enviara su venganza sobre los padres de Enoch?

Años atrás, Jane fue objeto de burlas en la escuela por parte de dos niñas malvadas. Lloró junto a un árbol cerca del patio de la iglesia. Una mujer mayor, la abuela Angela, cojeó hacia Jane y se sentó a su lado. La rodeó con sus brazos y le preguntó qué la hacía llorar tanto.

Jane, entre hipos y lágrimas, le contó a la abuela Angela lo que había ocurrido ese día en la escuela.

La abuela Angela la abrazó fuertemente y citó el Salmo ciento nueve. Las lágrimas de Jane se detuvieron instantáneamente mientras la anciana citaba el versículo nueve: "Que el enemigo de Jane sea continuamente vagabundo y mendigo; que busquen su pan fuera de sus lugares desolados". La abuela Angela dijo otras cosas sobre permitir que los burladores de Jane fueran exterminados, y que nadie les extendiera misericordia.

Jane jadeó y detuvo a la mujer. —¿Por qué diría tales cosas?

Los ojos de la anciana se abrieron de par en par. —¿No quieres venganza?

—No así.

La abuela inclinó la cabeza. —¿Qué crees que el Señor querría que hicieras entonces?

Jane se mordió el labio inferior hasta que tuvo una respuesta. —Amarlas.

La abuela dio un suspiro exagerado. —Bueno, supongo que eso es lo que haremos entonces.

Jane salió de su saco de dormir y se cubrió los hombros con una manta. Se sentó en un tronco cerca del fuego, permitiendo que el calor la envolviera.

Una sonrisa partió el rostro de Jane al recordar. Tragó una risita, no queriendo despertar a su padre. Qué sorprendida estuvo cuando la abuela Angela citó el capítulo de los Salmos. Mirando hacia atrás, Jane sabía cuál había sido el propósito de la anciana.

Quería que Jane orara por las niñas desde el principio, que las amara como el Señor lo hacía.

Jane no quería ofrecer amor ni oración por los padres de Enoch. Merecían ser castigados, tal como indicaba el Salmo ciento nueve.

Un atisbo de culpa retorció el corazón de Jane. ¿Por qué era tan difícil amar a la gente? Especialmente cuando no lo merecen.

Jane comprendía la pregunta de Enoch sobre dónde estaba Dios cuando su hermano fue asesinado a manos del padre de Enoch. El asesinato era, con diferencia, un pecado más grave que ser objeto de burlas por parte de dos niñas. ¿Verdad?

—¿Qué te tiene tan confundida?

Jane se tapó la boca con la mano para ahogar el grito que amenazaba con escapar de sus labios. —¡Dawson!

Su baja risotada se volvió más silenciosa mientras se sentaba a su lado. —Lo siento. ¿No podías dormir?

Jane negó con la cabeza. —¿Tú?

—Lo mismo —Dawson se frotó los ojos con la mano—. Tengo mucho en mente.

No era frecuente que el hombre alegre de palabras burlonas pareciera preocupado. —¿Tu conversación con Enoch?

Dawson bajó la barbilla hacia el pecho. —¿Escuchaste?

El calor invadió las mejillas de Jane. —No estaba tratando de *no* escuchar.

Dawson se rio de nuevo. —Yo habría hecho lo mismo.

—He estado pensando en Enoch y su familia. Supongo que conoces su historia.

—Hasta el último detalle sórdido —las cejas de Dawson cayeron tan bajas sobre su nariz que casi tocaron el puente—. No tuvo los padres más cariñosos, por decir lo menos.

—Eso noté —Jane se acercó la manta hasta la barbilla—. No entiendo cómo la gente puede tratar a sus hijos de manera tan cruel.

—No fue fácil ver a Enoch pasar por ese dolor —Dawson se encogió de hombros—. El señor Harden no dirige su iglesia como debería. Hace que la gente se sienta culpable. Ninguno de ellos se da cuenta de que no necesitan quedarse allí. El miedo los mantiene atrapados.

—El miedo es un enemigo poderoso.

—¿Sabes algo de eso, verdad? —los ojos de Dawson se encontraron con los de Jane.

—Cuando me mam, lo siento —Jane jugueteó con el borde de la manta—. A veces me deslizo al habla de mi padre cuando hablo de mi mam.

—No me molesta para nada.

—Bueno, cuando Mam enfermó, tenía miedo. Hice lo mejor que pude para cuidarla, le supliqué que mejorara. Tenía miedo de cómo sería mi vida sin mi mam —Jane miró fijamente al fuego, sin ver realmente las llamas. Solo aquellos días oscuros de ver a su mam pasar de este mundo al siguiente—. Me aterrorizaba. Luego, después de enterrarla, Da también comenzó a desvanecerse.

—Hm —murmuró Dawson—. No debe ser fácil de ver, me imagino.

—Me destrozó. No sabía qué hacer para ayudarlo. Pensé que si aceptaba la propuesta de matrimonio de Jacob, tal vez Da sería feliz de nuevo.

—¿Funcionó?

Jane negó levemente con la cabeza. —Entonces Da escuchó acerca de esta caravana. Una chispa volvió a la vida en él. No pude decirle que no, y así, nos preparamos para partir con todos los demás.

—¿Y tu prometido? ¿Qué pensó? —Dawson miró alrededor—. No puedo evitar notar que no está aquí.

—Observas correctamente —los labios de Jane se curvaron hacia arriba—. Me dijo el día de nuestra boda que no vendría con nosotros y que se casaría con mi mejor amiga.

Dawson silbó por lo bajo entre los dientes. —Eso no está bien.

—No es tan malo como que se muriera mi mam o lo que pasó Enoch —la mirada de Jane se posó en la figura dormida de Da—. O ver a mi padre consumirse por la pena de perder a Mam.

—El dolor es dolor, Jane. No hay necesidad de compararlo con el de otros. Todos tenemos nuestras heridas.

—¿Cuáles son las tuyas, Dawson? —Jane inclinó la cabeza hacia un lado—. Siempre te comportas con facilidad y confianza, risa y alegría. No puedo imaginarte habiendo experimentado un dolor profundo.

—Huh —Dawson se quedó callado. El silencio se extendió entre ellos—. Supongo que puede parecer así. Nunca se puede juzgar a alguien por lo que deja ver a los demás —le dio unas palmaditas en la mano—. Zacarías, Doc, incluso yo, todos tenemos dolor. Le pedimos al Señor sanación y hacemos lo mejor para dejarlo ir.

—¿Ha sido fácil? ¿Dejarlo ir?

—No —Dawson se levantó y se estiró—. Cuando asoma su fea cabeza, tengo que ir ante el Señor, pedirle Su ayuda para guiarme, y elegir dejarlo ir y confiar en Él.

—¿Y Enoch? ¿Cómo lidia él con su dolor?

Los ojos de Dawson se encontraron con los de ella por un breve momento. —No lo hace. Lo entierra, culpa al Señor y a su padre, y elige fingir que no está sufriendo.

Una sensación ardiente llenó la parte posterior de los párpados de Jane. —¿Cómo le está funcionando?

Una triste sonrisa cruzó el rostro de Dawson. —No le funciona. Por eso estamos orando. Para que Dios lo quiebre lo suficiente para que vea su necesidad de un Salvador.

—Por eso también oraremos nosotros.

Dawson asintió. —Eso imaginamos. Por eso quisimos acampar junto a ustedes. Sabíamos que Dios tenía un plan para Enoch, y tú y tu padre, bueno, creemos que Él los usará más de lo que se dan cuenta. Buenas noches, Jane.

—Buenas noches, Dawson —susurró ella a su espalda mientras se alejaba.

Los tres estaban orando para que ella y Da ayudaran a Enoch a ver su necesidad. Jane no sabía cómo podría ayudarlo, pero sabía con certeza que su padre podría. Da tenía una manera de ver lo que otros no podían.

Jane bostezó y regresó a su saco de dormir, acurrucándose bajo la manta. Se acostó boca arriba, sus ojos recorriendo las estrellas. El Señor hizo Su creación en seis días. Ciertamente podría cambiar el corazón de Enoch en cinco meses.



Había pasado una semana desde que la enfermedad estomacal golpeó el campamento. Bennet atendió a su último paciente dos noches antes. Todo estaba finalmente bien mientras la caravana continuaba avanzando lentamente hacia Oregón.

Siendo el único médico, Bennet sabía que su trabajo sería difícil. No se dio cuenta de cuánto. Si Jane no hubiera estado cuidando a su padre, él habría estado aún más sobrecargado.

Excepto por la ayuda que recibió de Delilah. La mujer de aspecto angelical había sido una bendición del cielo. Había hecho todo lo que le pidió y más.

No solo cuidó a los adultos enfermos, sino que también cocinó para sus familias y se aseguró de que los niños estuvieran vigilados. Si no podía hacerlo todo ella sola, recurría a su madre, quien a su vez, hacía que Peter también ayudara a los demás.

Bennet hablaba en serio cuando le dijo a Evette que Delilah sería una gran enfermera. Si tan

solo pudiera utilizar sus habilidades cuando se establecieran.

El problema era que él no tenía intención de ir a Oregón. Ninguno de sus amigos lo haría. Todos habían discutido ampliamente sobre abandonar la caravana cuando sintieran que era el momento adecuado.

Oregón pronto estaría poblado, con muchos hombres del campo médico dirigiéndose allí. Bennet no quería ser otro médico en una gran ciudad. Deseaba ayudar a aquellos que no tenían acceso a atención médica.

El mejor lugar para eso parecían ser las montañas. O eso pensaban él y sus amigos. Lo descubrirían a medida que se acercaran a las grandes montañas que tendrían que cruzar.

Hasta entonces, las tierras planas permanecían ante él. Bennet veía la belleza en toda la creación de Dios. Sin embargo, viajando por la pradera, podría usar un cambio de paisaje. Estaba listo para más colinas onduladas o ríos corrientes.

Solo habían cruzado uno hasta ahora. Y no había sido demasiado peligroso. Thomas les informó anteriormente que acamparían durante dos días de descanso antes de cruzar un río grande y traicionero.

Bennet no estaba deseando que llegara ese momento. Había leído historias sobre cruces de ríos escritas por personas que habían hecho el viaje hacia el Oeste. Se perdían vidas, se destrozaban carretas, los animales se ahogaban. No, nada de ese cruce iba a ser agradable.

—Doc —llamó Thomas desde adelante. Había estado explorando la zona, pidiendo a Bennet, Zacarías, Enoch y Dawson, que mantuvieran un ritmo constante de viaje. Ahora, el hombre galopaba hacia él en su corcel negro—. ¿Todos siguen con buena salud?

Bennet asintió. —Ningún problema hasta ahora. Gracias al Señor que el cólera no fue el culpable.

—De acuerdo —las cejas de Thomas se hundieron—. Hablando de culpables —exhaló un largo suspiro—. He visto huellas de varios caballos solitarios, sin carretas.

—¿Indios?

Thomas negó con la cabeza. —Lo dudo. No hay muchos encuentros con los nativos en estas partes. Se mantienen aparte a menos que queramos comerciar con ellos, y eso no será hasta dentro de varias millas más.

—¿Cuál crees que es el problema?

—No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que haya un problema. Solo quería mantenerte informado —la mirada de Thomas recorrió la línea de carretas—. Hice una promesa de mantener a esta buena gente a salvo. Tengo la intención de cumplirla. Nunca he tenido problemas con bandidos hasta ahora, pero eso no significa que no sea una posibilidad.

—¿Se lo has dicho a los demás?

Thomas asintió cortamente. —Estar alerta, es todo lo que te pido a ti y a tus amigos.

—Lo haré.

Thomas se alejó cabalgando, dejando a Bennet sintiéndose más inquieto que antes. Si había

una banda de forajidos o bandidos, eso podría significar problemas para la gente de la caravana.

Muchos de los hombres habían traído armas con ellos, pero ¿sabrían las mujeres cómo disparar? ¿Y si fueran emboscados? ¿Podrían protegerse a sí mismos?

Bennet dio la vuelta a su caballo y buscó la carreta de los Fitzgerald. No le gustaba tener favoritos. E intentaba con todas sus fuerzas no tenerlos. Enoch se ocuparía de los O'Malley, lo que le daba a Bennet la libertad de hablar con Evette y Delilah. Peter podría ser útil si llegaban a sufrir un ataque.

Bennet encontró a las damas caminando con Jane cerca de la carreta que conducía Peter. Desmontó su caballo y se unió a las mujeres mientras seguían el rastro de las carretas.

—Evette, ¿podría hablar con usted un momento?

Tres pares de ojos giraron hacia él. Bennet ignoró el par que más lo atraía y mantuvo la mirada fija en los de Evette.

—Por supuesto, doctor.

Se quedaron atrás mientras Delilah y Jane continuaban. No pasó por alto las miradas de curiosidad que lanzaron por encima de sus hombros.

Bennet sonrió ante su evidente intriga. —Lo siento por eso. Probablemente debería haber esperado hasta que acampáramos para hablar con usted.

La risa melodiosa de Evette le recordó a la de su hija cuando Delilah jugaba con los niños. —Ser discreto les da a las chicas algo en qué pensar que es más interesante que sus dolores y molestias. Ahora, ¿cuál parece ser el problema?

—¿Soy tan transparente?

Evette se rio una vez más. —No completamente, no. Simplemente me doy cuenta de que no me apartaría de las demás a menos que hubiera un problema.

Bennet se rio. —Es usted una mujer inteligente, Evette.

Sonrojándose ante su elogio, Evette hizo a un lado sus palabras. —Ahora dígame qué tiene en mente.

—¿Saben usted y Delilah disparar un arma?

Los ojos de Evette se abrieron de par en par. —¿Un arma? ¿Por qué?

—Thomas me informó que podría haber problemas más adelante —levantó la mano cuando ella abrió la boca—. Sin garantía, entiéndame. Había varias huellas pertenecientes solo a caballos. No hay muchas razones por las que la gente estaría tan lejos sin protección.

—¿Thomas cree que estamos en peligro? —Evette retorció sus manos frente a su delantal—. ¿Deberíamos preocuparnos?

—No hay nada de qué preocuparse todavía. Solo está siendo cauteloso. Mi preocupación es que usted y Delilah sepan cómo protegerse si se necesitan los servicios de Peter.

Evette visiblemente palideció. —Solo he disparado un arma una vez. Nunca he permitido que Delilah lo haga.

Mmm. Eso sonaba como una historia que Bennet quería escuchar. No siendo este el momento, cerró la puerta a sus pensamientos. —¿Les enseñará Peter a ambas cómo hacerlo? No quiero que desperdicien munición. Ella necesita aprender a sostener el arma de la manera correcta.

Los labios de Evette se tensaron. —Lo dudo. No es muy paciente cuando se trata de enseñarle algo a mi hija.

—¿Le gustaría que les mostrara a ambas cómo hacerlo? No me sentiría cómodo sabiendo que podría haber peligro sin que ustedes dos sepan cómo defenderse —la oferta salió de su boca antes de que Bennet tuviera un momento para considerar lo que había hecho.

—Estaría de acuerdo con eso —los ojos de Evette se iluminaron con una emoción que Bennet no pudo identificar—. ¿Cuándo le gustaría comenzar?

—¿Qué tal mañana después de que acampemos? Nos detendremos durante dos días antes de cruzar el río ancho.

Evette asintió con decisión. —Eso sería maravilloso. Gracias, doctor, por cuidar de mí y de Delilah —sus ojos se desviaron hacia la carreta donde Peter estaba sentado, ignorándolos a ambos—. Mi hermano no es muy bueno atendiendo nuestras necesidades. Es bueno saber que tenemos a alguien más con quien contar.

—Así es —Bennet le dio unas palmaditas en el brazo—. Ahora, será mejor que vea al resto de las familias. Las visitaré mañana por la mañana.

—Gracias, de nuevo —los ojos de Evette se llenaron de lágrimas—. No sabe cuánto significa esto para mí.

—Es un placer.

Bennet montó su caballo y dejó que Evette alcanzara a Delilah y Jane. Lanzó una mirada de reojo a Delilah mientras pasaba. Era una joven hermosa. Por qué permanecía soltera le sorprendía. Tenía mucho que ofrecer a un hombre. ¿Por qué no estaba ya casada?

Quizás por eso se dirigían al Oeste. Tal vez había respondido a un anuncio para una novia por correspondencia. Eso tenía sentido. No era excesivamente amistosa con ninguno de los hombres de la caravana. Tal vez el corazón de Delilah ya tenía dueño.

Un pellizco de tristeza apretó el corazón de Bennet. No había pensado en esa posibilidad hasta ese momento. No le gustaba la idea en absoluto.

CAPÍTULO 10



El aire se quedó inmóvil alrededor de Enoch. Los vellos de su nuca se erizaron, alertándolo de un cambio a su alrededor. Champion relinchó debajo de él. Los bueyes de Sean, a su lado, resoplaron y pisotearon el suelo con sus pezuñas.

En lo alto, nubes oscuras cubrían el cielo, tornándose en un inquietante tono verdoso.

El estómago de Enoch se hundió hasta sus pies. No. No podía ser. No cuando no tenían ninguna protección.

Sin previo aviso, un trueno retumbó en el cielo como un cañón.

Champion se alzó sobre sus patas traseras. Enoch se aferró con todas sus fuerzas. Apretó los muslos contra la piel del caballo, sin permitir que su compañero lo tirara.

—Tranquilo, muchacho —gritó Enoch por encima de la creciente tormenta. Champion golpeó el suelo con fuerza, sacudiendo los dientes de Enoch. Al menos seguía en la silla.

La lluvia se salpicaba a su alrededor. Las mujeres corrían hacia las carretas, arrastrando a los niños con ellas. Enoch buscó a la única mujer que le importaba. No había estado muy lejos de ella cuando sonó el primer trueno. ¿Adónde había ido?

La lluvia se convirtió en piedras redondas que lo golpeaban por la espalda y el borde de su sombrero. ¿Dónde estaba Jane? ¿Había llegado a la carreta a tiempo para mantenerse a salvo?

Un rugido desgarró el aire. El temor llenó a Enoch desde la punta de su cabeza hasta los dedos pequeños de sus botas. Con una mirada rápida por encima del hombro, su peor temor se hizo realidad.

Un embudo descendió de una nube. Los gritos perforaron el aire. Quienes conducían las carretas pasaron zumbando junto a él, haciendo todo lo posible por salir del camino del tornado. Muy poco quedaba en la trayectoria entre el monstruo que se dirigía hacia él y él mismo.

Enoch escudriñó el área con un movimiento frenético. ¿Dónde estaba el terreno más bajo posible? Allí, a unos cuatrocientos metros, se revelaba una zanja.

—¡Diríjanse hacia allá! —gritó Enoch por encima del ruido como de tren que lo rodeaba.

No sabía si alguien lo había escuchado, pero señaló en dirección a la seguridad y él mismo se lanzó hacia allí. ¿Dónde estaban sus amigos?

Enoch no se preocupó por ellos. Eran ingeniosos. En ese momento, necesitaba hacer todo lo posible para llevar a otros a un lugar seguro.

El granizo caía con más fuerza, el sonido crecía. Enoch instó a Champion a moverse más rápido. Su fiel corcel no necesitaba más estímulo. Zigzagueó entre las carretas. Echando miradas por encima del hombro, Enoch se aseguró de que ninguna estuviera atascada con ruedas rotas antes de continuar adelante.

Un grito delante de él hizo que Enoch se apresurara. Enoch saltó de Champion y corrió hacia la carreta.

—¿Qué sucede?

—Atascada. No puedo moverla —Peter, el hermano de Evette, saltó del frente de la carreta—. No puedo moverla.

—¿Dónde están las mujeres?

Peter se encogió de hombros.

—Vi el tornado y me largué.

La ira hirvió dentro de Enoch.

—¿Sin las mujeres?

¿Cómo podía ser tan egoísta? Si Enoch hubiera tenido tiempo, habría molido a golpes a Peter Fitzgerald allí mismo. Con el tornado acercándose furiosamente, Enoch montó a Champion y extendió su mano.

—¡Vamos!

Peter negó con la cabeza.

—No voy a montar contigo —salió corriendo a la distancia, dejando a Enoch aturdido y molesto.

Enoch puso a su caballo en movimiento. Una vez más, Champion no necesitó ningún estímulo. Con la zanja justo adelante, se inclinó, casi paralelo a su caballo. A medida que se acercaba, vislumbró una forma tendida en la tierra a escasos metros de la seguridad.

Sin detenerse a pensar, Enoch se arrojó de Champion y le dio una palmada en el trasero para que siguiera. La mujer yacía boca abajo en el barro, inmóvil. Enoch la recogió y contuvo una brusca respiración. Jane.

Corrió hacia un refugio tan rápido como sus piernas podían llevarlos a ambos, sin molestarse en esperar a que ella recuperara la conciencia. El tornado sacudía la tierra bajo sus pies. Enoch tropezó, pero se recuperó antes de caer de cabeza al suelo.

Enoch se deslizó por el terraplén hasta la zanja, manteniendo a Jane cerca de su pecho. Esperaba que no tuviera ningún hueso roto. Si los tuviera, supuso que habría gritado con toda la sacudida que él había causado.

Arrojándose sobre ella, los mantuvo tan planos como fue posible. Enoch esperó a que el rugido del tornado sonara sobre su cabeza. Nada llegó. Solo el repiqueteo de la suave lluvia cayendo sobre él.

Tan rápido como todo había comenzado, terminó. No pudo haber durado más de quince minutos. Se sintió como toda una vida.

El corazón de Enoch golpeaba contra su pecho. ¿Qué encontraría cuando levantara la cabeza? ¿Cuando saliera de la zanja?

Un movimiento debajo de él dirigió su atención hacia abajo. Un par de ojos esmeralda encontraron su mirada.

—¿Enoch? —Jane suspiró su nombre.

—¿Sí?

—Me estás aplastando.

Si no hubiera estado tan preocupado, se habría avergonzado. Rodando fuera de la mujer, Enoch gruñó.

—Lo siento.

Jane se limpió el barro alrededor de sus ojos.

—Me salvaste.

Enoch detuvo las manos de Jane.

—Te vas a meter cosas en los ojos. Espera —sacó un pañuelo de su bolsillo y, con movimientos suaves, hizo lo mejor posible para mantener el barro fuera de sus ojos—. ¿Mejor?

Jane asintió.

—Gracias. ¿Dónde está papá? ¿Qué pasó?

—¿No recuerdas?

—Recuerdo una tormenta desatándose sobre nosotros sin aviso —Jane arrugó la nariz—. Sé que me caí, pero no sé qué pasó después, excepto que tú me salvaste.

—Si no sabes lo que pasó, ¿cómo sabes que te salvé?

—Estoy aquí, ¿no? —Jane extendió sus brazos a su alrededor. Se estremeció y agarró su muñeca—. Ay.

—¿Te duele la muñeca?

Jane asintió, mordiéndose el labio inferior.

—Estaré bien. ¿Cómo me encontraste?

Enoch se puso de pie y miró a su alrededor. Otros salían arrastrándose de la zanja. Champion había encontrado seguridad por su cuenta y se acercaba lentamente hacia él.

—Estaba montando a mi amigo aquí y vi a alguien tendido en el barro. Resultó que eras tú.

Jane pasó su mano buena por su cabello y se estremeció.

—Creo que me golpeó el granizo. Tengo un gran bulto en la parte posterior de mi cabeza.

Enoch extendió su mano.

—¿Puedes ponerte de pie? Deberíamos asegurarnos de que no tienes nada más herido.

Tomándola del codo, Enoch la ayudó a ponerse de pie, con todo el cuidado posible. Ella dio un paso cauteloso.

—Nada más parece dolerme.

—Gracias a Dios —respondió Enoch, sorprendiéndose a sí mismo, así como a ella, si el redondeo de sus ojos era alguna indicación.

—En efecto —Jane le dio una sonrisa temblorosa—. ¿Sabes dónde está mi padre? —miró alrededor de la zanja, con preocupación en su frente.

—No. Pero lo encontraré. Vamos a subirte a Champion.

Jane negó con la cabeza.

—Puedo caminar.

—Sé que puedes. Pero con el barro, necesitarás dos manos funcionales. Champion puede sacarnos de aquí para que podamos buscar a tu padre —Enoch montó el caballo y luego la subió delante de él. Envolvió sus brazos alrededor de ella y tomó las riendas—. ¿Estás bien?

El pequeño asentimiento de Jane hizo que chasqueara la lengua para que Champion se moviera. Su caballo obedeció sin cuestionar, sin siquiera actuar como si el peso de dos personas le molestara.

Una vez que salieron de la zanja, un jadeo sonó desde la mujer frente a él. Si no hubiera estado preocupado por no sacudirla, Enoch habría hecho un sonido similar.

A su alrededor, carnicería. Absoluta destrucción. Veinte carretas habían salido de Independence, Missouri. Al menos cinco estaban esparcidas, tumbadas de lado o destrozadas por el furioso tornado de minutos antes.

Jane volvió los ojos llorosos hacia él.

—¿Crees que una de ellas es la de papá?

Enoch tragó el nudo que subía por su garganta.

—Espero por Dios que no.

Otra referencia al Señor. Enoch no tuvo tiempo de considerar las palabras que salían de su boca. Solo esperaba que una de las carretas destrozadas no perteneciera a Sean O'Malley.

El hombre lo había acogido como a un hijo. Hablando con él cada día, orando por él incluso si no lo quería. Escuchando a Enoch cuando hacía preguntas sobre los bueyes de Sean y compartiendo si tenía alguna sabiduría sobre la ganadería.

Si algo le sucediera al irlandés, Enoch no sabía si su corazón podría soportarlo. Ya había lidiado con tanta pérdida. ¿Cuánto más podría resistir? ¿Cuánto más podría Jane?

Enoch no lo sabía, pero no encontraría las respuestas sentado en su caballo, acunando a Jane frente a él. Cuanto antes tuvieran respuestas, mejor estarían. Al menos, eso era lo que se decía a sí mismo mientras guiaba a Champion hacia la destrucción frente a él.

Bennet gimió y rodó hacia un lado. Cada centímetro de su cuerpo gritaba con sus movimientos. Con todo el cuidado posible, se impulsó hasta quedar sentado e inspeccionó su cuerpo.

Raspones y golpes. Por lo demás, sin huesos rotos. La palpitación en la cabeza de Bennet confirmó su sospecha de una gran contusión cerca de la sien. Tendría que tener cuidado con una conmoción cerebral. Cerró los ojos y se concentró en su estómago. No había revoltijos internos. No tenía deseos de vomitar o perder la comida que había ingerido durante el día. Hasta ahora todo bien.

Bennet se forzó a ponerse de pie, chapoteando en el barro a su alrededor. Una ligera lluvia seguía cayendo desde arriba. Esperaba que el mundo girara a su alrededor. Al no sentir mareos, se permitió estudiar la horrible escena frente a él.

Carretas rotas yacían esparcidas. No las veinte, gracias al Señor, pero al menos tres desde su punto de vista. Cuerpos estaban dispersos aquí y allá. El entrenamiento en el que había pasado años de su vida entró en acción.

Bennet escudriñó el área más cercana a él en busca de su caballo y su bolsa. No había caballo, pero debía haber tenido la previsión de agarrar su bolsa de médico antes de ser arrojado de su fiel corcel.

Bennet no guardaba rencor hacia el animal. Cuando el tornado tocó tierra, sonando como un tren de carga cerca de él, había estado igual de asustado. Con suerte su caballo encontró refugio y no fue succionado por el monstruo furioso.

A unos metros de distancia, yacía un cuerpo. Bennet corrió hacia la forma inmóvil y lo volteó. Albert, el hombre al que había atendido por el virus estomacal, gimió. Una buena señal.

—Albert —Bennet tocó su hombro—. ¿Puedes oírme?

—¿Doc? —los ojos de Albert se abrieron parpadeando—. ¿Dónde está mi esposa? —el pánico cubrió su rostro—. ¿Dónde está ella? ¡Shelia! —intentó ponerse de pie de un salto pero gritó, con dolor grabado en sus ojos—. ¿Qué me pasa?

Bennet deslizó su mirada sobre el hombre. El pie de Albert descansaba de manera antinatural.

—Parece que te has roto el tobillo. Probablemente por saltar de tu carreta —Bennet señaló la madera astillada tirada en el suelo.

—El tornado salió de la nada.

Bennet asintió.

—Así fue —se acercó al pie de Albert y sacó suministros de su bolsa—. Esto va a doler. Tengo que recolocar el hueso.

—¿Re-recolocar el hueso? —murmuró Albert, el miedo llenando sus ojos—. ¿Y Shelia? ¿Dónde está?

—No lo sé —Bennet le entregó a Albert un palo y luego un pequeño frasco de su bolsa—. Vas a querer morder esto. Y beber esto, también.

—No soy un hombre dado a los espíritus, Doc —Albert negó con la cabeza—. Es del diablo.

—Si se abusa, sí, estoy de acuerdo contigo. Pero esto aliviará el dolor. Confía en mí —Bennet le entregó el frasco y observó mientras tomaba un pequeño trago del alcohol.

—Quema —graznó Albert.

—Prepárate —Bennet odiaba esta parte del trabajo más que nada. Aparte de decirle a alguien que su ser querido había muerto. Agarrando ambos lados del pie de Albert, tiró del hueso para devolverlo a su lugar.

Un aullido penetrante que rivalizaba con un puma destrozó el aire. Los ojos de Albert se pusieron en blanco. Bennet terminó de asegurar el tobillo del hombre herido. Cuando terminó, Albert volvió en sí.

—¿Doc?

—¿Sí?

—Por favor, dime que Shelia llegó a un lugar seguro. Ella estaba aquí conmigo. Le supliqué que saltara antes que yo, pero no me dejó —lágrimas se cernían en el borde de los ojos de Albert —. ¿Está aquí, Doc? ¿Está aquí mi esposa?

Bennet inhaló una respiración temblorosa.

—Aún no lo sé, Albert. Eres la primera persona que vi cuando recuperé el conocimiento. La buscaré. Hasta que pueda encontrarte un lugar cómodo, necesito que te quedes quieto. Tienes que mantener ese tobillo sin peso, o no sanará correctamente.

La mano temblorosa de Albert agarró la de Bennet.

—Haré lo que digas siempre y cuando me traigas a mi esposa, sana y salva.

—Haré todo lo posible.

Bennet dejó al hombre rubio tumbado de espaldas, con lágrimas corriendo por su rostro. No sabía qué edad tenían Albert y Shelia, pero supuso que estaban en los cuarenta. Nunca había escuchado su historia, por qué no tenían hijos. Bennet vio el amor que el hombre tenía por su esposa. Y haría todo lo posible por encontrarla.

Las nubes se movían en lo alto. El agua continuaba cayendo a la tierra, aunque más lentamente que cuando Bennet recuperó el conocimiento.

Continuó a través de la lluvia hacia una carreta de lado. Aunque no estaba en condiciones de funcionar, no parecía muy maltratada. Con la habilidad de Zechariah, esta carreta debería estar bien. Zechariah. ¿Dónde estaba su amigo sueco? ¿Había sobrevivido a la tormenta?

Los cuatro no habían estado juntos cuando el tornado golpeó. ¿Dónde estaban los otros tres? *Dios, mantenlos a salvo.*

Bennet rebuscó en la carreta. Pertenecía a Albert y Shelia. Si Albert había estado cerca, entonces ella también debería estarlo. Se enderezó y deambuló alrededor del artefacto caído. ¿Dónde estaba Shelia? ¿Había saltado, o permaneció en el asiento cuando se volcó?

—¿Shelia? —llamó Bennet—. ¿Dónde estás?

Los ruidos alrededor de Bennet llegaron a él. La gente estaba recobrando el conocimiento, algunos llorando de dolor, otros gritando por sus seres queridos.

—¿Shelia? —gritó de nuevo.

—Por aquí —respondió una voz.

Bennet corrió hacia donde escuchó la voz de una mujer. Shelia se levantó. Se tambaleó con la aproximación de Bennet, pero por lo demás parecía ilesa.

—¿Estás herida?

La mujer negó con la cabeza, con preocupación frunciendo su ceño.

—¿Dónde está Albert?

—Ya lo vi. Tiene un tobillo roto. Lo dejé a unos metros por allá. Te está esperando.

—Gracias —gritó Shelia por encima del hombro, corriendo en la dirección que Bennet señaló.

Si tan solo Bennet pudiera dar tan buenas noticias a todos. Lo dudaba, sin embargo. En una tormenta como la que experimentaron, sin una cobertura adecuada, seguramente habría víctimas. No le agradaba la idea de descubrir quiénes eran.

Finalmente, Bennet se encontró con Thomas y Zechariah. Ninguno de los dos tenía heridas extensas, gracias a Dios. Necesitarían la guía de Thomas, y Zechariah prometió hacer sus rondas con las carretas, viendo cuáles podían ser reparadas y cuáles no tenían más uso que como leña.

Un caballo cabalgó hacia donde Bennet estaba arrodillado sobre un cuerpo.

—¿Doc?

El alivio lo invadió.

—Enoch, Jane. Me alegro de que ambos estén bien.

—Estoy bien. Jane tiene la muñeca lastimada —Enoch se deslizó del caballo. Sus manos agarraron los costados de Jane, ayudándola a bajar. La ternura con la que su amigo sostenía a la mujer no pasó desapercibida para Bennet. Con suerte, Enoch llegaría a la fe antes de decidir perseguir algo con la chica irlandesa.

—Déjame echar un vistazo.

Jane negó con la cabeza, su cabello volando alrededor de su rostro.

—Atiende a tu paciente primero.

—No es necesario. No sobrevivió.

Jane jadeó.

Enoch miró alrededor de Bennet.

—¿Peter? —ante el brusco asentimiento de Bennet, Enoch exhaló un largo suspiro—. Hombre necio. Le ofrecí llevarlo a un lugar seguro. Pensó que podía superar al tornado corriendo.

—Aún no he encontrado a Delilah o Evette —los labios de Bennet se curvaron hacia abajo.

—No estaban con él —una tormenta se gestaba en los ojos de Enoch—. Peter me dijo que las dejó a su suerte. No se molestó en esperar a que subieran a la carreta. Luego se atascó, y la abandonó.

Las entrañas de Bennet se llenaron de ira. ¿Cómo se atrevía el hombre a dejar a dos mujeres para que se defendieran solas? Había tenido razón al ofrecer ayudar a las damas a aprender a disparar. ¿Qué harían sin la protección de Peter? ¿Qué tan mal estaba su carreta? Si la encontraban, ¿descubrirían algo recuperable?

—Necesitamos buscarlas a ellas y a mi papá, Doc —los ojos de Jane se llenaron de lágrimas —. No podemos quedarnos aquí sin hacer nada.

—Déjame ver tu muñeca primero, y luego podemos hacer un plan. Thomas está buscando sobrevivientes, también. No nos quedaba mucho antes de acampar esta noche. Está tratando de llevar a la mayor cantidad de personas posible allí. Aparte de los muertos, podré evaluar la salud de todos si estamos todos juntos.

—Eso tiene sentido —Enoch asintió lentamente con la cabeza—. ¿Sabes si Thomas vio a Sean?

Bennet frunció el ceño mientras examinaba la muñeca de Jane.

—No. Desearía tener mejores noticias sobre él. En cuanto a ti —le habló a Jane—, tienes un esguince de muñeca. Lo cual es mejor que tenerla rota. Mantenla bien vendada y en este cabestrillo.

—¿Cómo voy a hacer algo sin usar mi mano? —Jane plantó su buen puño en la cadera—. Es imposible.

—Ahí es donde pides ayuda —Bennet le lanzó su mirada más severa—. ¿Preferirías que tardara el doble en sanar?

—No —refunfuñó—. Bien. Haré lo que digas, pero no estoy feliz por ello —dirigió su atención a Enoch—. ¿Podemos ir a buscar a mi papá?

Enoch asintió y la subió a la silla.

—Iremos al campamento. Volveré una vez que encuentre a Sean.

—Gracias —Bennet levantó los ojos cansados hacia Enoch—. Si ves a los Fitzgerald, no digas nada sobre Peter.

Enoch asintió una vez más y se alejó cabalgando, dejando a Bennet con la terrible tarea de atender más cadáveres.

CAPÍTULO 11



Parecía imposible. Encontrar a Da en medio del desastre. ¿Por qué Jane no se había quedado con él cuando conducía el carro? ¿Por qué insistió en caminar justo en ese momento? Ni siquiera tenía a nadie con quien caminar. Solo quería estirar las piernas y tener tiempo para sí misma.

Egoísta. Eso era lo que era, simple y llanamente.

—Tienes que dejar de hacer eso.

La voz de Enoch sacó a Jane de la desesperación que crecía dentro de ella. —¿Hacer qué? —Volvió su mirada hacia los ojos oscuros de él.

Él apretó los brazos alrededor de ella, mientras el caballo hacía que sus cuerpos rebotaran arriba y abajo rítmicamente. —Preocuparte.

—Es todo lo que me queda en el mundo, Enoch. No puedo evitar preocuparme.

Emociones en conflicto se reflejaron en el rostro de Enoch hasta que pareció aceptar su siguiente declaración. —Dawson y yo hablamos el otro día sobre dejar nuestros miedos y preocupaciones en las manos de Dios.

Ahí estaba otra vez. La mención de Dios por parte de un hombre que profesaba no querer saber nada del Creador. ¿Por qué lo mencionaría ahora, cuando todo lo que ella quería era sentarse y sumirse en su preocupación?

—¿Y qué descubriste? —Jane apartó la mirada de él y la mantuvo fija hacia adelante. Se perdería en sus ojos. Y no podía permitir que eso sucediera. No cuando creían cosas diferentes respecto a Dios.

—Me di cuenta de que Dawson, por muy molesto que pueda ser, quizás tenga razón.

Jane oyó la sonrisa en la voz de Enoch. Un pedazo de su corazón se elevó. Dios obraba de manera misteriosa. Por lo que Dawson había dicho durante una de sus muchas conversaciones, él y sus dos amigos habían estado orando durante años para que Enoch viera la verdad sobre el Señor. ¿Tuvo que cruzar el país para ver su necesidad?

Jane exhaló, sus hombros cayendo. —Tiene razón, lo sé. —Parpadeó para contener la humedad que ardía en sus ojos—. Es difícil cuando mi da es todo lo que tengo. Ya perdí a mi mam. No quiero perderlo a él también.

Enoch puso las riendas en una mano y apretó la mano ilesa de Jane con la otra. —No lo

perderás. Lo encontraremos. —Su aliento le hizo cosquillas en la oreja, enviando escalofríos por su columna. Si tan solo pudiera creerle. Saber sin lugar a dudas que Dios mantendría a Da con vida.

Había confiado en el Señor con la vida de su mam. Sabía que Él tenía el poder para sanarla. Él eligió no hacerlo. Jane luchaba por entender por qué Dios permitiría que su madre partiera de este mundo, cuando ella y Da la necesitaban más.

Aunque todavía no entendía los planes de Dios, confiaba en Él. Pero ¿y si Dios se llevaba a Da? ¿Y si sentía que era hora de reunir a Mam y Da? ¿Qué haría ella?

Mudarse al Oeste no había sido idea suya. Había sido de Da. Ella no tenía a dónde ir, ni dinero suficiente para mantenerse.

Cuando llegaron al lugar que Thomas había designado para acampar, la gente se movía por todas partes. Mojados y temblorosos, la mayoría parecía no estar herida. Otros tenían rostros surcados por lágrimas, con miedo grabado en sus ojos.

—Ahí está Thomas —Enoch señaló con la barbilla—. Veamos si sabe dónde está tu papá. Primero necesito darle agua a Champion. —Los condujo hasta el río y desmontó, ayudándola a bajar después. Dejaron al caballo atado a un árbol cercano con suficiente cuerda para beber agua y encontrar algo que comer.

Jane mantenía su muñeca cerca del cuerpo en el cabestrillo. La simple tarea de caminar enviaba dolor a través de su brazo, haciéndola apretar los dientes. Odiaba estar adolorida. No servía más que para retrasarla. Sin embargo, valdría la pena si encontraban a Da sano y salvo. Haría cualquier cosa para asegurarse de que Da permaneciera con ella en esta tierra.

Jane y Enoch finalmente llegaron hasta Thomas. Ella se contuvo de correr hacia el jefe de la caravana y suplicarle respuestas. En cambio, se mantuvo tranquila hasta que llegaron junto al hombre.

—Thomas —Enoch extendió su mano—. ¿Cómo van las cosas aquí?

—Podría ser peor. —Los párpados de Thomas caían de cansancio—. No esperaba que esto sucediera hoy.

—Es una verdadera lástima, eso es seguro. —Enoch pasó una mano por su cabello oscuro—. ¿Cuántas muertes hasta ahora?

—Cuatro. Incluyendo a Peter. Doc me lo contó.

Enoch le contó a Thomas la misma historia que les había contado a ella y a Doc. Thomas negó con la cabeza, un ceño fruncido tirando sus labios hacia abajo. —Ese hombre siempre me preocupó. Pensé que sería más inteligente y amable que eso.

—No sé cómo él y Evette son familia. Ella no se parece en nada a su hermano.

Jane permaneció callada mientras los dos hombres hablaban de los otros tres que perdieron la vida. Ninguno de ellos era su da, hasta ahora.

—¿Se ha contabilizado a todos? —interrumpió Jane. No podía seguir callada por más tiempo.

—Faltan dos familias.

—¿Mi da? —Jane contuvo la respiración, esperando las noticias.

—Lo encontramos. —Thomas inclinó la barbilla hacia su pecho—. Está herido, grave. Tiene la pierna rota por lo que puedo ver. Doc aún no ha venido a atenderlo.

La esperanza se encendió dentro de Jane. —¿Dónde está?

—Estacioné vuestro carro allá. Os puse al lado de Enoch y sus amigos, como de costumbre. —Thomas la detuvo antes de que se marchara—. Espera un minuto, Jane.

La seriedad del tono de Thomas la hizo detenerse en seco. —Necesito tu ayuda. Y parece que tú necesitarás la mía.

—¿Qué quieres decir? —El corazón de Jane latía a triple velocidad en su pecho—. ¿Qué ha pasado?

—Ya sabes sobre la muerte de Peter. No se lo he dicho a Evette y Delilah. Doc me pidió que esperara por él. —Thomas estiró la cabeza de lado a lado—. Con la lesión de tu padre, así como la tuya ahora, vas a necesitar un par de manos extra. Evette y Delilah ya no tienen carro. Lo encontré, y ni siquiera Zechariah puede arreglarlo. ¿Permitirían tú y tu padre que las señoras se quedaran en vuestro campamento, ayudaran a conducir el equipo y os ayudaran también? Tendríais que compartir vuestras provisiones con ellas. No les queda mucho.

—Por supuesto, les ayudaremos. Como has dicho, yo también voy a necesitar asistencia. —Las lágrimas brotaron a sus ojos una vez más—. ¿Puedo ir a buscar a mi padre ahora?

—Desde luego. Gracias.

Jane miró a Enoch. —¿Me acompañarás?

Él asintió y tomó su codo con su mano. Un calor se extendió a través de ella ante su contacto. Se apresuraron entre la multitud de personas hasta que llegaron a su campamento. Da yacía sobre su saco de dormir, su frente arrugada de dolor, sus labios en una línea recta, y sus ojos firmemente cerrados.

—¿Da? —Jane aceleró sus pasos y se arrodilló a su lado—. ¿Da? —posó su mano sobre la frente de él.

—Hija —Da respiró la palabra—. Me alegra verte a salvo.

—Estoy mejor que tú. ¿Qué te has hecho?

La risa de Da fue forzada. —Pensé que sería un gran momento.

Las lágrimas que había contenido se deslizaron por su rostro como una cascada. —Oh, Da. —Sorbió, limpiándoselas con el dorso de la mano—. Me alegra que estés lo suficientemente bien para hacer bromas.

La mirada de Da se deslizó más allá de ella hacia donde estaba Enoch. —Encontraste a mi hija, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Ahora, ¿qué te dije sobre esto del señor? —Da se movió y se estremeció. Tomó aire antes de continuar—: Gracias, muchacho. No sé qué haría sin mi hija.

—Fue un placer, Sean. —Enoch se balanceó sobre las puntas de sus pies—. ¿Hay algo que pueda traerte para aliviar tu dolor?

Da lo despidió con un gesto. —Thomas me asegura que Doc estará aquí en cualquier momento. Estaré bien.

—Te traeré agua. —Enoch se puso de pie y apoyó su mano en el hombro de Jane, dándole un pequeño apretón antes de dejarlos solos.

—Es un buen hombre, Janey.

Jane siguió con la mirada la forma en que Enoch se alejaba, luego la apartó hacia su padre. —Lo es. Creo que está haciendo las paces con el Señor.

—Espera hasta que lo haga, hija.

—¿Para qué? —Jane inclinó la cabeza—. ¿Qué debo esperar?

Da le dio unas palmaditas en la mano. —Hablaremos más tarde. Necesito descansar.

Jane mantuvo sus ojos lejos de la forma antinatural en que se doblaba la pierna de su padre. Le apartó el cabello del rostro. —Cuando mejores, necesitarás un baño.

Da se rio y cerró los ojos. —Sí, hija.

La paz llenó a Jane. El pecho de Da subía y bajaba, señalando que se había quedado dormido. No podía imaginar dormir con una pierna rota que no había sido colocada. ¿Podría Doc salvar la pierna de Da? Había oído muchas historias sobre médicos que amputaban piernas cuando el hueso se rompía. Decían que era la mejor manera de detener la infección.

¿Qué diría y haría Doc?

No importaba. Mientras Jane tuviera a su padre con ella, se enfrentarían a lo que viniera. Juntos, podían manejar cualquier cosa. Después de todo, habían sobrevivido a la muerte de su madre, a que Jacob la dejara y a viajar por toda la tierra para empezar de nuevo. Podían manejar cualquier cosa.

Enoch se pellizcó el puente de la nariz. El día seguía empeorando. Después de que él y Jane encontraron a su padre en el campamento, se había encargado de acomodarlos a ambos. Luego se movió alrededor del campamento, atendiendo las necesidades de los demás.

Y entonces apareció Doc. Había dado la noticia a Evette y Delilah. Ambas mujeres recibieron la muerte de Peter con rostros estoicos. Ninguna derramó una lágrima en su presencia.

Enoch les habló a ambas de la necesidad que tenían los O'Malley, y ellas estaban más que dispuestas a quedarse en el campamento y ayudar tanto como pudieran. Una buena situación para todos los involucrados.

Doc ahora se sentaba con Enoch, Zechariah y Dawson. Habían comido una comida decente con los alimentos que todos lograron reunir y dar a las mujeres. Con las damas en el río lavándose, Jane insistiendo en ayudar siempre que no moviera su muñeca, Doc se inclinó hacia adelante y susurró su preocupación.

—No me gusta el aspecto de la pierna de Sean.

Lo que llevó a Enoch a pellizcarse el puente de la nariz. —¿Qué significa eso, exactamente?

—No tenéis mucho tiempo antes de que las chicas vuelvan. —Toda la broma desapareció del rostro de Dawson ante la seriedad del tono de Doc—. ¿Qué pasa con la pierna?

—Está rota en más de un lugar. Le coloqué la pierna, pero me preocupa que pueda necesitar cirugía. Si ese es el caso, la infección podría instalarse. —Doc se frotó la nuca con la mano—. No me gusta hacer cirugías aquí fuera.

—¿Por qué necesitaría cirugía? —Enoch juntó sus manos entre sus piernas.

—No pude colocar todos los huesos. Tengo que cortar en su pierna para colocar el último. —Las cejas de Doc se bajaron—. Sin embargo, nunca he hecho esto antes.

—Sean confía en ti. —Zechariah le dio a Doc una mirada significativa—. Necesitas confiar en ti mismo.

—No he hablado con Sean sobre esto. Ni con Jane. Quería discutirlo con ustedes tres primero. —El fuego rebotó en los blancos de los ojos de Doc—. Estoy preocupado.

—Parece ser el sentimiento del día. —Enoch resopló y cruzó los brazos—. Recuerdo que Dawson me habló de un versículo bíblico. Sobre no preocuparse y esas cosas. No es que no lo hubiera escuchado antes de mi padre. —El labio de Enoch se curvó por sí solo. Una respuesta que su cuerpo tenía cada vez que hablaba de Ezequías—. Sin embargo, se siente diferente aquí afuera.

Dawson le dedicó una sonrisa a Enoch. —Has estado escuchando.

—Y recordándote lo que me has estado diciendo. —Enoch devolvió la sonrisa a su amigo—. Primero con Jane y ahora con Doc. —Enoch chasqueó la lengua de manera burlona—. ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Convertirme en cristiano yo mismo para mantenerte en el camino correcto?

—Sí —respondieron tres voces al unísono.

Enoch echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Tal vez lo haga. —Les movió el dedo. Sobrio, juntó las manos frente a él y se inclinó hacia adelante—. En serio, ¿qué planeas hacer, Doc?

Las mejillas de Doc se llenaron de aire. Lo dejó salir entre labios apretados. —Supongo que necesito hablar con Sean y Jane. Si están de acuerdo con la cirugía, necesitaré informar a Thomas de que necesitamos unos días más para permitir que la pierna de Sean sane.

—No es mala idea después del tornado. —Zechariah agitó las manos a su alrededor—. Mira la tristeza en el campamento. Demasiadas vidas perdidas. Demasiados carros destruidos.

—Tienes razón. —La cabeza de Dawson se giró de un lado a otro—. El tornado sacudió a todos. Thomas hizo algo para enterrar a los muertos hoy.

—Nunca es fácil sentir que has fallado a quienes confiaban en ti. —Enoch sabía algo sobre eso. Había cargado con la culpa de la muerte de su hermano en sus hombros durante años. No es que fuera culpa suya que Daniel muriera. Si Enoch hubiera hecho más para protegerlo, tal vez seguiría vivo. Y su padre en la cárcel.

—No es tu culpa. —Dawson atrajo la atención de Enoch hacia el grupo—. No mataste a

Daniel. Tu padre lo hizo. No hay nadie a quien culpar sino a él.

Se formó un nudo en la garganta de Enoch. No sabía qué había hecho para tener tan buenos amigos. No merecía ni uno solo. Todo lo que pudo hacer fue asentir en agradecimiento.

Dawson imitó su movimiento mientras el silencio descendía sobre ellos.

—¿Qué está pasando aquí? —Jane llevaba un cubo en su mano buena, el cabestrillo manteniendo su muñeca contra su pecho—. Todos parecen estar contemplando alguna teología profunda.

Enoch se puso de pie de un salto y tomó el cubo de agua de las manos de las mujeres. Doc se unió a él y agarró los platos limpios.

—No es teología. Algo de lo que necesito hablar contigo y con tu papá. —Doc señaló con la cabeza el saco de dormir donde descansaba Sean—. ¿Puedo hablar contigo allí con Sean?

—Por supuesto. —Jane se mordió el labio inferior.

—Yo guardaré los platos. —Evette ofreció, dándole un suave empujón en la espalda—. Ve a ver qué necesita hablar contigo el buen doctor.

—¿Enoch? —Jane volvió sus preocupados ojos verdes hacia él—. ¿Te unirás a nosotros?

Enoch parpadeó sorprendido. Una calidez se extendió en su pecho. Jane lo quería cerca de ella. ¿De verdad confiaba tanto en él como para hacerlo parte de discusiones donde debían tomarse decisiones?

Doc, Jane y Enoch se sentaron en un círculo alrededor de Sean.

—Hazlo, Doc —dijo Sean antes de que el amigo de Enoch pronunciara una palabra.

—¿Disculpa? —Doc inclinó la cabeza, con confusión en su rostro.

Sean suspiró. —Os escuché hablando con los muchachos.

—Oh. —Un tinte rojo cubrió las mejillas de Doc—. Lo siento. Pensé que estábamos hablando bajo.

Sean soltó una carcajada. ¿Cómo podía incluso su risa tener acento? Enoch no pensaba que fuera posible, pero de alguna manera, las risas de Sean y Jane tenían un deje irlandés. —No se puede hablar bajo con cuatro muchachos.

Una sonrisa avergonzada cruzó el rostro de Enoch. —Nos lo han dicho antes.

—¿De qué estás hablando, Da? —Las cejas rojizas de Jane se juntaron en medio de su frente —. ¿Qué me estoy perdiendo?

Doc explicó lo que le había dicho a Enoch y a sus amigos. El rostro de Jane perdió el poco color que tenía. —¿Quieres hacer cirugía, en medio de la nada? ¿Es seguro?

—No. No lo es. —Doc negó con la cabeza tristemente—. Pero hay que hacerlo. O tu padre perderá su pierna.

—Podría perderla de todos modos, ¿verdad? —insistió Jane.

—Sí. —La simple respuesta de Doc la dejó en silencio.

—Quiero que lo hagas, Doc. —Sean levantó su mano y agarró el brazo de Doc—. Confío en ti. Sin importar lo que pase, Dios tiene un plan, ¿verdad?

—Sí. Sin embargo, si algo sucede, preferiría no ser el utilizado en ese plan. —Doc dio unas palmaditas en la mano del hombre mayor.

Sean soltó el brazo de Doc, sus ojos enganchándose con los de Jane. —Hija, ¿confías en mí?

—Por supuesto, Da.

—¿Confías en el Señor? —continuó Sean.

—Quiero hacerlo, Da. —Jane mordisqueó la parte inferior izquierda de su labio.

—No importa lo que pase, podemos confiar en el Señor, Janey. Lo sabes. Hemos pasado por tiempos oscuros, y Él siempre ha sido nuestra fuerza. Podemos confiar en Él en esto.

La barbilla de Jane tembló. Asintió con la cabeza, se levantó y corrió hacia su carro.

El corazón de Enoch se rompió. ¿Cuánto más podría soportar la mujer? ¿Era justo permitirle la posibilidad de perder al único miembro de su familia que le quedaba?

—Estará bien, muchacho.

Enoch apartó su atención de la figura de Jane. Su mirada se conectó con la de Sean. —¿Cómo lo sabes?

Doc se levantó. —Voy a hablar con Thomas. También veré si Delilah puede ayudarme.

Sean esperó hasta que Doc se marchó antes de responder a Enoch. —Ha estado confiando en el Señor durante años, hijo. Lo conoce bien. Todos luchamos con los planes de Dios, pero siempre son mejores que los nuestros. ¿No has aprendido eso todavía?

—No estoy seguro de cómo la muerte de mi hermano fue mejor que mantenerlo con vida.

—Ah, nunca dije que la muerte fuera parte del plan original de Dios. Eso sucedió por el pecado. —Sean exhaló, cerrando los ojos—. Necesitas recordar eso. Dios nunca quiso que el pecado entrara en el mundo. Lo hizo de todos modos. Ahora, vivimos en un lugar que gime por la redención. Hasta que Él regrese, debemos confiar en Él.

—Descansa, amigo mío. —Enoch se puso de pie—. Hablaremos más mañana.

Enoch se movió hacia su jergón y se acostó junto al fuego. Doc regresó de hablar con Thomas. Susurró a Delilah en la esquina. Cualquier cosa que dijo, ella asintió vigorosamente.

Debemos confiar en Él.

¿Qué aspecto tenía la confianza para Enoch? ¿Cómo podía confiar en Dios cuando Dios permitía tanto dolor?

Por otro lado, Enoch no era la única persona en el mundo que sufría. Todos en la caravana sufrían alguna pérdida de una forma u otra. Entonces, ¿cómo aquellos que se llamaban a sí mismos cristianos continuaban caminando en el sendero de la confianza?

Enoch no tenía las respuestas. Sean sí. Jane sí. También Doc, Zechariah, Dawson y los Fitzgerald. ¿Sería capaz de seguir su ejemplo, dejar de lado su propio dolor y confiar en Aquel que vino a salvarlo?

CAPÍTULO 12



Jane pasó la mañana siguiente con Evette limpiando cada centímetro de la carreta. No era una tarea fácil con una sola mano, pero su amiga mayor la ayudó a completarla.

Doc dijo que cuanto más limpio estuviera el entorno, mejor sería para la cirugía. Zechariah y Enoch quitaron las ruedas de la carreta para que pudiera reposar plana sobre el suelo. Cuando Delilah o Doc se movieran, no sería peligroso durante el proceso de abrir la pierna de Da.

A Thomas no le gustaba esperar dos días más además de los cuatro que ya había concedido para descansar después del tornado, pero hizo una concesión debido a la gravedad de la situación.

El miedo entrelazó sus dedos helados alrededor del corazón de Jane y apretó. Cada vez que dejaba que su mente divagara hacia la cirugía, su corazón se aceleraba, robándole todo el aliento de los pulmones. Jane odiaba el miedo que amenazaba con apoderarse de ella. Hizo todo lo que sabía hacer. Rezó, meditó sobre las Escrituras. Se distrajo tarareando himnos que habían cantado en la iglesia.

Nada mantuvo su mente alejada de la posibilidad de perder a su padre.

Dawson, Doc, Enoch y Zechariah llevaron la plataforma de madera donde Da estaba acostado hasta la parte trasera de la carreta. Su padre hizo una mueca cuando la madera conectó con la madera de la carreta.

—Lo siento, Da —susurró Jane, arrodillándose fuera de donde él estaba, pasando su mano por su brazo—. ¿Cómo te sientes?

—Aliviado. —Da siempre mostraba una cara valiente cuando su propia salud estaba en riesgo. Fue al perder a Mam cuando Jane vio las profundidades del dolor y la tristeza de su padre —. Estaré bien, Janey.

—Lo sé, Da. Lo sé. —Jane se tragó el sollozo que quería brotar de su garganta—. Estaré rezando a cada paso.

—Sé que lo harás. —Da levantó su mano. Jane envolvió sus dedos alrededor de los gruesos de él—. Hija, no importa lo que pase hoy o en los días venideros, tú sabes que te quiero. Eres la imagen de tu madre. Ella estaría orgullosa de ti, igual que yo. —Los ojos de Da se llenaron de humedad—. Pase lo que pase, confía en el Padre. ¿Sí?

—Da —susurró Jane—. Sabes que confío en el Padre. Te quiero, Da. Solo supera esto, ¿de acuerdo?

—Haré lo mejor que pueda. —Da le ofreció una sonrisa temblorosa—. Ahora vete.

—Que me vaya —repitió Jane, con un ceño fingido en su rostro—. ¿A dónde quieres que vaya?

—A cualquier lugar menos aquí, hija.

Jane se levantó, dejando un beso en la frente de su padre. —Ayúdale a superar esta cirugía, Señor —oró antes de ponerse derecha y alejarse de Da.

—Cuidaremos bien de él —le animó Delilah, dándole un suave apretón en el brazo a Jane.

—Gracias. Sé que lo harán. —Jane le dio la espalda a la cama cubierta de la carreta.

Cuando preguntó si Doc quería que quitara la lona que cubría, él había negado con la cabeza. El lino de algodón ofrecía protección contra más gérmenes que pudieran entrar en la herida abierta. Si una ráfaga de viento soplara, la tierra volaría. La lona impedía que la suciedad entrara al área de trabajo.

En el fondo, Jane se había alegrado. No quería sentirse tentada a mirarlos mientras trabajaban en su padre.

Doc entró en la cama de la carreta, seguido por Evette y Delilah. Mientras Delilah sería la enfermera del doctor, Evette se sentaría en la esquina de la carreta y se aseguraría de que no ocurrieran impropiedades. Lo que parecía ridículo para Jane. Estaban abriendo a su padre. No cortejándose.

Aun así, Thomas insistió en que otra mujer estuviera presente. Una de sus reglas había sido obedecer sus reglas. Sin cuestionar. Y así lo hicieron.

Jane observó cómo se cerraba la solapa de la lona. Parpadeó para alejar el ardor detrás de sus párpados. No se rendiría a las lágrimas. No ahora. No cuando la cirugía acababa de comenzar.

¿Le estaban dando suficiente láudano para hacer que durmiera durante el corte de su carne y la recolocación de sus huesos? ¿Gritaría de dolor si era demasiado? ¿Y si despertaba a mitad del proceso? ¿Se agitaría, lesionándose aún más?

Jane se dejó caer sobre el tronco cerca del fuego y miró hacia el cielo sin nubes. Los pájaros cantaban en lo alto. Los árboles permanecían quietos, como si supieran que algo importante estaba ocurriendo debajo.

Algo importante estaba ocurriendo. La vida de su padre dependía de esta cirugía. Al menos, eso es lo que deducía de los tonos serios con los que Doc y Delilah hablaban desde la carreta cubierta.

—Vas a volverte loca sentada aquí. —Enoch se sentó junto a ella, siguiendo su mirada hacia el cielo.

—No sé qué más hacer. Hay que lavar la ropa, pero no quiero hablar con otras mujeres ahora. No quiero explorar la zona. ¿Y si pasara algo y no pudiera despedirme?

Enoch gruñó. —Esos son pensamientos muy oscuros.

Jane se encogió de hombros. —Es la verdad.

—Hay que lavar la ropa, ¿eh? —Enoch se levantó y extendió su mano—. Entonces vamos a hacerlo. Tú ocúpate de la de tu padre y la tuya. Yo me ocuparé de la mía y la de Doc.

—Te dije que no quiero hablar con las mujeres. —Jane ignoró su mano—. Prefiero estar cerca.

—No tendrás que decir ni una palabra a las mujeres. Si alguien se acerca e intenta iniciar una conversación, les animaré a seguir su camino. —Agitó los dedos—. Ni siquiera te diré nada a menos que quieras que lo haga.

—¿De verdad lavarías tu ropa y la de Doc, solo para mantenerme ocupada?

—Bueno, para ser honesto, podríamos usar un buen lavado. No tenemos muchas prendas de vestir. Ya es hora de que lavemos la ropa. —La encantadora sonrisa de Enoch la convenció.

Jane aceptó su mano, sus dedos cerrándose sobre los de ella, haciéndola sentir segura por primera vez en todo el día. No debería esperar que nadie más que el Señor la ayudara a superar sus miedos, y esperaba no estar haciéndolo. ¿Consideraría Dios un pecado querer distraerse en lugar de preocuparse por la salud de su padre?

¿Estaba Jane poniendo su fe en Enoch y no en el Señor?

Jane esperaba que no. Repasó tantos pasajes bíblicos como pudo. No veía nada malo en pasar tiempo con Enoch. Siempre que mantuviera su mente alejada de lo atractivo que era cuando le sonreía.

—Está bien. Lavaré la ropa contigo. —Jane recogió sus cosas, manteniendo el cabestrillo cerca de su pecho.

—Llevaré las cosas hasta el río. —Enoch señaló el tronco—. Quédate ahí hasta que regrese. Así nadie te emboscará con una conversación.

Jane se rió y se sentó en el tronco. Enoch levantó las provisiones como si no pesaran nada y se alejó caminando.

Aunque su conciencia le remordía por no querer hablar con nadie, después de la tormenta que todos habían soportado, la gente estaba más retraída. Había sido la primera vez en su viaje que se habían perdido vidas.

La familia Herbert, los cuatro, fueron encontrados a casi un kilómetro de donde el tornado había destrozado su compañía. Su carreta había sido succionada por el embudo, según lo que Thomas calculó, y abandonada cuando el tornado desapareció.

El señor y la señora Herbert, su hija pequeña y su hijo de tres años murieron todos. Enterrar a los cuatro revolvió los estómagos de la mayoría de las personas del tren. Nadie quería volver a ver algo así. Y, sin embargo, ¿cómo podrían evitar que otro tornado los atacara?

La naturaleza no era algo con lo que se pudiera jugar, y nadie tenía el poder de controlarla.

Solo Dios.

Y Él lo permitió por una razón. ¿Qué razón podría haber para que toda una familia sufriera y muriera? Jane no tenía respuestas.

Tampoco entendía por qué Delilah y Evette no lloraban la pérdida de Peter. Aunque, por lo que entendía del hombre, no era una buena persona para empezar. Aun así, ¿no tenía Evette recuerdos cariñosos de su hermano cuando crecían?

Si Jane tuviera un hermano que falleciera, lloraría su muerte, incluso si no se llevaban bien. Tal vez Peter era un hermano adoptado.

¿Por qué Jane no hizo más preguntas sobre la relación de Evette con el hombre? Puede que ahora sea demasiado tarde. Sabía que su amiga mayor no hablaría mal de los muertos.

Luego estaba Delilah. No había derramado una lágrima por su tío. Según lo que dijo Doc, el hombre no la trataba muy bien. Puede que no le deseara la muerte, pero Delilah tampoco parecía muy devastada.

Un misterio, sin duda.

Los ojos de Jane se desviaron hacia la carreta. ¿Ya estaba Da inconsciente? ¿Estaba sintiendo dolor? ¿Debería haber sido ella quien ayudara a Doc durante este largo proceso?

No. Jane negó con la cabeza. Ella no estaba destinada a ser enfermera. Podría ayudar a los necesitados si estuvieran enfermos o necesitaran pequeñas cantidades de puntos. Esto era completamente diferente.

El sonido de botas desvió su mirada de la cama cubierta de la carreta. Jane se puso de pie. Mejor para ella pasar tiempo con Enoch y limpiar la ropa que quedarse pensando en sus preocupaciones.

Enoch frotaba su otro par de pantalones, estudiando a la mujer a su lado por el rabillo del ojo.

Jane lo asombraba. Con el pelo en un moño suelto en la parte superior de su cabeza, Enoch podía ver gotas de sudor deslizándose por su largo y esbelto cuello. No se quejaba de tener que lavar la ropa con una sola mano. No era tarea fácil.

Incluso con dos manos, Enoch luchaba por hacer un buen trabajo. El sol alto en el cielo, golpeándolos, tampoco ayudaba.

—¿Estás lista para un descanso?

Jane se limpió la frente con el dorso de su mano buena. —Sí.

—Bien. Traje agua y algo para picar. —Enoch se sentó sobre su trasero y agarró la bolsa a su lado. Le entregó a Jane la cantimplora de agua y una galleta—. No es mucho, pero nos mantendrá.

La sonrisa de Jane iluminó su rostro. —Gracias. Fue muy considerado.

—Es lo mínimo que puedo hacer.

—Sé que no ha sido fácil, no hablar durante las últimas horas. —Jane mordió la galleta y masticó.

Enoch no podía apartar los ojos de sus labios perfectamente formados. Nunca había deseado

tanto ser una miga en su vida. Especialmente la que se quedó pegada a su labio inferior.

—No ha estado tan mal. A veces con Dawson, no puedo decir una palabra o tener un minuto de paz y tranquilidad —habló Enoch con la comida en la boca. No tenía los mejores modales, pero a Jane no parecía importarle—. Un poco de silencio es celestial.

Jane soltó una risita y bebió un poco de agua. —Normalmente, Da es el callado entre nosotros dos. Cuando Mam estaba viva, ella y yo podíamos mantener una conversación que duraba varias horas. Da gruñía de vez en cuando para recordarnos que estaba en la habitación.

—Tu madre suena como una mujer maravillosa.

—Lo era. —Una expresión distante reclamó los ojos de Jane—. La extraño más de lo que puedo decir, pero no cambiaría el tiempo que pasé con ella por nada. —Volvió su mirada hacia él—. No me malinterpretes. Mi mam no era perfecta. Tenía su propio conjunto de pecados con los que lidiaba. Sin embargo, si hay alguien a quien quiero parecerme, es a ella. Pecados y todo.

Enoch inclinó la cabeza hacia un lado, sus labios temblando. —No creo que alguna vez haya escuchado a alguien decir que quería pecar como otra persona.

La boca de Jane se abrió. Soltó una risa ahogada. —Eso no es lo que dije, y lo sabes muy bien, Enoch Harden.

Enoch echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Oh, ojalá pudieras ver la expresión de tu cara.

Jane se inclinó hacia adelante y recogió agua del río en su mano, salpicándola sobre Enoch.

Una alegre sorpresa lo atravesó. Enoch quería mantenerla ocupada durante la cirugía de su padre. Si podía proporcionar un poco de diversión en el proceso, consideraría su trabajo un éxito.

Enoch le devolvió el agua, y antes de darse cuenta, ambos estaban empapados hasta los huesos sin haber puesto un pie en el río. No sabía cómo había podido salpicarlo tan a fondo con una sola mano.

Era como si el Señor mismo la hubiera ayudado a mojarlo.

Enoch cayó hacia atrás sobre sus talones, su pecho agitándose de risa. Jane reía a su lado, mechones de pelo pegados a los lados de su cara.

Enoch se acercó y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Jane se estremeció bajo su toque, sus ojos nunca abandonando los suyos. Su nudillo recorrió su mandíbula, su dedo trazando la forma de sus labios.

No sabía si él se inclinó hacia adelante o si lo hizo ella. La boca de Enoch se cernía sobre la suya, sus respiraciones mezclándose como una. Se acercó más, anhelando probar sus labios con los suyos.

—Jane —susurró, deslizando su brazo por el de ella.

Su toque rompió el hechizo entre ellos. Los ojos de Jane se abrieron. Se alejó de él y se puso de pie con dificultad.

—Lo siento, Jane. —Enoch saltó, acercándose a ella.

Jane negó con la cabeza, recogiendo su ropa mojada con una mano. —No debería estar aquí contigo. Lo siento. —Intentó levantar la canasta de ropa, que pesaba el doble que antes de que él

la trajera.

—Déjala —ordenó Enoch, su tono más duro de lo que pretendía—. Yo la llevaré. Vete.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Jane. Su barbilla tembló antes de girar sobre sus talones y correr hacia el campamento.

Idiota. ¿En qué estaba pensando? ¿Casi besándola? Especialmente en un día cuando su mente no estaba centrada en nada más que su padre. Se había aprovechado de la situación y se odiaba por ello.

Enoch recogió su ropa y la de Doc, llamándose a sí mismo con todo tipo de nombres mientras regresaba al campamento con toda la ropa y los suministros.

¿Qué diría Sean si supiera lo que casi ocurrió? Estaría decepcionado de Enoch, eso seguro. Ese pensamiento le dolía aún más que cuando su propio padre le dirigía miradas de desaprobación.

Probablemente porque cuando Hezekiah lo reprendía, no solía ser por algo que Enoch había hecho. Su padre a menudo creaba razones para que Enoch lo decepcionara a él y a Dios.

¿Qué pensaría Dios del comportamiento de Enoch? ¿Estaría mirando desde el cielo, triste por haberlo creado?

Enoch mantuvo sus ojos pegados a las cuerdas que Jane había puesto para secar su ropa. Dejó su canasta, sin siquiera mirar en su dirección.

Lo que pretendía ser un buen día de distracción terminó siendo un día de derrota. En solo un par de horas, Enoch podría haber destruido su amistad con Jane así como con Sean, aunque el hombre no sabía lo que ocurrió entre Enoch y su hija.

Sin duda lo sabría. Jane tenía todo el derecho de llamarlo canalla por aprovecharse de una situación.

El deseo de huir ardía en el estómago de Enoch. Colgó su ropa y la de Doc para que se secara, y luego se dirigió a donde tenía a Champion. Abandonar el campamento por un rato podría calmarlo.

A Enoch no le tomó mucho tiempo ensillar a Champion. Pateó los costados de su caballo, animando al animal a moverse. Champion necesitaba poco estímulo.

Su caballo debió haber sentido la angustia de Enoch. El animal salió disparado, el sombrero de Enoch agitándose en la brisa. Se inclinó sobre el cuello del caballo, dándole libertad para ir tan rápido como quisiera.

Tal vez Enoch estaba huyendo de sus problemas, pero no le importaba. No en este momento. Simplemente quería poner distancia entre él y la mujer que quería como algo más que una amiga.

Enoch no la merecía. Era demasiado buena para él. Demasiado abnegada. Demasiado espiritual. Ella confiaba en Dios cuando él no. No podía. No quería.

No. Sus futuros no estaban destinados a alinearse. Cuanto antes Enoch lo aceptara, mejor. No importaba cuánto se encontrara enamorándose de la mujer irlandesa, nunca la tendría como su esposa. No era el hombre para ella. Lo creía profundamente en su alma.

Entonces, ¿por qué dolía tanto?

CAPÍTULO 13



Bennet dio instrucciones estrictas sobre el cuidado de Sean durante los próximos dos días. —Este es el momento en que puede aparecer una infección.

La expresión grave de Jane se dirigió hacia su padre. —Entiendo.

—Aún necesito atender a los demás heridos. Sin embargo —añadió Bennet con una suave sonrisa—, es bueno que esté en el mismo campamento que usted. Así también podré vigilarlo.

—Gracias por hacer todo lo posible por mi padre.

El doctor estudió a la mujer frente a él. Desde que había comenzado a hablar con ella, la luz habitual en sus ojos verdes había desaparecido. Pensó que se sentiría aliviada al saber que Bennet había colocado el hueso sin problemas. En cambio, ella simplemente asintió, manteniendo la cabeza agachada.

¿Por qué? ¿Qué le había pasado mientras Bennet estaba en cirugía?

Si Bennet tuviera que adivinar, supondría que tenía algo que ver con Enoch, ya que su amigo acababa de regresar al campamento. Cuando lo hizo, Enoch ni siquiera se molestó en mirar a Jane, mucho menos en comprobar el estado de Sean. Bennet sabía que algo había ocurrido entre ellos dos.

La pregunta seguía siendo, ¿qué?

Bennet no tenía tiempo para investigar. Cogió su bolsa. —¿Cómo está su muñeca?

—Un poco dolorida hoy. —La mano ilesa de Jane cubrió su muñeca—. Puede que la haya forzado demasiado con la colada.

—¿Hizo la colada? —Bennet la miró con el ceño fruncido—. Le dije que no levantara nada con esa mano.

—No lo hice —murmuró Jane—. Enoch llevó todo hasta el río por mí.

—¿Y quién lo trajo de vuelta? —insistió Bennet, sin apartar la mirada de su rostro.

Las mejillas de Jane se tiñeron de rosa. —Enoch. Yo tendí todo, pero no usé esta mano, lo prometo.

—Hmm. —Bennet obtuvo una pequeña pieza del rompecabezas. Si solo tuviera más tiempo para hacer preguntas—. Le daré algo para el dolor esta noche antes de que se acueste. Volveré en

un rato.

Bennet dejó a Jane de pie cerca de su padre. Le había dicho la verdad. La cirugía había salido bastante bien para haberse realizado durante el viaje. Y para ser la primera vez que él mismo la realizaba.

Cuando Bennet colocó el hueso, el grito de Sean casi sacudió la lona. Bennet esperaba que Jane entrara corriendo, exigiendo que dejara de lastimar a su padre. Esperó un momento, y cuando ella no abrió la lona, se preguntó si Jane estaba siquiera en el campamento.

Ahora sabía por qué no había oído el grito de su padre.

Entonces, ¿qué había hecho exactamente Enoch para apagar el fuego en los ojos de Jane?

Bennet dejó a un lado las preguntas que exigían respuestas y se concentró en la siguiente familia que necesitaba su atención. —¿Cómo se sienten todos hoy?

La señora Mason asintió con la cabeza, moviendo su moño castaño arriba y abajo. —Muy bien, doctor. El descanso nos ha sentado bien a todos. Estamos ansiosos por partir en dos días.

—Creo que todos estamos un poco inquietos. —Bennet le sonrió—. ¿Cómo van sus provisiones? Sé que el tornado hizo que mucha gente perdiera posesiones valiosas.

—Estábamos en la zanja antes de que el tornado tocara tierra. —La amplia circunferencia del señor Mason compensaba su baja estatura—. Los pequeños estaban asustados, pero los mantuvimos a salvo.

—Me alegra oírlo. Thomas dice que uno o dos días después de cruzar el río, estaremos cerca del primer fuerte. Allí podremos comprar más provisiones o hacer algunos intercambios.

La señora Mason aplaudió. —Necesito más harina. También sería maravilloso conseguir más café.

—No podría estar más de acuerdo. —Bennet se tocó el sombrero y dejó a la familia con sus tareas vespertinas.

Después de visitar a varias familias más, Bennet regresó a su propio campamento, sintiendo que el agotamiento se apoderaba de él. Había días en que deseaba no ser el único médico que se había unido a la caravana. No era fácil atender las necesidades de todas estas personas, cargando con la responsabilidad de mantenerlas sanas hasta que todos llegaran a sus destinos.

Bennet cambió su rumbo y se movió detrás del círculo de carretas. Caminó unos metros y se detuvo. Sus ojos se elevaron hacia arriba, donde las estrellas centelleaban. "Echa sobre Él todas tus ansiedades, porque Él tiene cuidado de ti". El versículo bíblico de primera de Pedro se asentó en su corazón.

La Biblia trajo consuelo y sanación al alma de Bennet, más que cualquier cosa que pudiera hacer por sí mismo. Hacía mucho tiempo que se dio cuenta de que no podía cargar con las responsabilidades que requería ser médico. Bennet recurría al Señor con frecuencia, echando todas sus preocupaciones sobre Dios. Todo porque Dios se preocupaba por él y por aquellos a quienes servía.

Bennet se sentó en un tronco caído. Probablemente arrojado por el tornado. Soltó un largo suspiro, permitiendo que sus hombros se liberaran de la tensión del día.

Un sonido detrás de él lo obligó a darse la vuelta, mirando por encima de su hombro. —¿Quién está ahí?

—Soy Delilah.

Los labios de Bennet se elevaron. La mujer angelical le ayudaba más de lo que ella sabía.

—Le vi venir por aquí y pensé que quizás querría cenar. —Los pasos ligeros de Delilah apenas se notaban. Sus propios pies habían crujido la hierba bajo sus pies. ¿Cómo caminaba ella sin hacer ruido?

—No tenía que hacerlo. —Bennet aceptó el plato que ella le ofrecía—. ¿Le gustaría acompañarme? —Dio unas palmaditas en el espacio vacío junto a él.

Delilah lanzó una mirada por encima de su hombro, mordisqueándose el labio inferior antes de asentir levemente. —Ha sido un día largo, ¿verdad?

Bennet nunca había oído a Delilah usar un tono duro. Sus palabras siempre salían como un suave susurro. Incluso cuando se reía. Sus risitas sonaban más como suaves campanillas tintineando en el viento. ¿Se daba cuenta de que tenía un efecto calmante en todos aquellos con los que entraba en contacto?

—¿Doctor?

Bennet dirigió su atención a la mujer que tenía a su lado. —Lo siento. Estaba perdido en mis pensamientos. Sí, ha sido un día muy largo. Un par de días largos.

—No puedo imaginar cómo es ser médico.

Bennet se metió comida en la boca, sin darse cuenta de lo hambriento que estaba. Sintió la mirada de ella sobre él. —No es fácil. Usted sería una enfermera maravillosa, Delilah.

—¿Yo?

Bennet volvió sus ojos hacia ella. —Sí, usted. Ha sido una gran ayuda para mí desde que nos conocimos. Ha ofrecido ayuda a los enfermos. Ha jugado con los niños para mantenerlos ocupados. Thomas me dijo que antes de que yo pudiera llegar al campamento, usted fue preguntando a todos si necesitaban algo. Y luego está lo de hoy.

—¿Qué pasa con hoy? No hice gran cosa.

Bennet inclinó la cabeza hacia un lado. ¿Qué hacía que la mujer pensara tan mal de sí misma? ¿Cómo podía no ver su valor? —Hizo más de lo que cree. No solo ayudó a mantener tranquilo a Sean, sino que su mera presencia me trae paz.

—Oh —suspiró la palabra.

Bennet reprimió una risita. Delilah Fitzgerald no era de las que decían muchas palabras. Y aparentemente esta noche no era una excepción. —Estoy agradecido por sus servicios. No creo que pudiera hacer nada de esto sin usted.

Los hombros de Delilah se enderezaron. —Ahora está bromeando conmigo.

La mano de Bennet cayó sobre la de ella. —De verdad que no.

Las pestañas de Delilah bajaron hasta su piel de porcelana. Si no fuera por la brillante luz de

la luna, no podría verla en absoluto.

Una calidez se extendió por su brazo. Bennet retiró su mano y se aclaró la garganta. Necesitaba tener cuidado con esta mujer. Podría perder fácilmente su corazón por ella. Y todavía no sabía qué la había traído al Oeste. ¿Era realmente una novia por correspondencia, o era algo que su imaginación había inventado? Hoy no tenía fuerzas para preguntarle.

Porque si ella le dijera que estaba comprometida con otro, quedaría devastado.

—Bueno —Delilah se levantó y alisó sus manos sobre su delantal—, mejor vuelvo antes de que mamá se pregunte dónde he ido.

—Gracias por su amabilidad, Delilah.

—Ha sido un placer, doctor.

—Bennet —susurró a su figura que se alejaba—. Llámeme Bennet.



Dos días después, Thomas dio la señal para partir. Dawson se sentó en el pescante de la carreta de Jane, esperando su turno para cruzar el caudaloso río.

Jane tomó la iniciativa y le pidió a Dawson que condujera la carreta en lugar de Enoch. Cuando Dawson levantó sus cejas interrogantes, ella las ignoró y esperó su respuesta. Por suerte para ella, él dijo que sí.

Papá estaba sentado en la parte trasera de la carreta, agarrándose al costado con todas sus fuerzas. Como no había contraído fiebre, el doctor había autorizado que se sentara en vez de permanecer acostado.

Una cuerda conectaba una orilla del río con la otra, similar a su primer cruce de río. Jane no sabía el nombre de las aguas que fluían, y realmente no le importaba. Todo lo que quería era cruzar sin incidentes o con muy pocos.

Jane necesitaba un día, o incluso una hora, sin incidentes. Una oportunidad para respirar desde que se enteró por primera vez de la pierna rota de papá.

Cómo tenían todavía una carreta después del tornado desconcertaba a Jane. Por toda lógica, papá debería estar muerto y su carreta desaparecida.

Los dedos de los pies de Jane se sumergieron en el agua. Las gélidas temperaturas le enviaron hormigueos por todo el cuerpo. Aspiró bruscamente, agarrando la cuerda con su mano buena.

Lo que Jane no entendía era cómo papá había sido arrojado fuera de la carreta para empezar. Según lo que dijo Thomas, encontró a su padre tirado junto a ella, con la pierna torcida. Aunque al jefe de la caravana no le gustaba mover a papá mientras sufría tanto dolor, tuvo que ponerlo a salvo.

Aparte de la tormenta, ¿qué otros peligros acechaban a la vuelta de la esquina que preocupaban a Thomas? ¿Qué no le estaba diciendo ese hombre?

¿Qué pasaba con los hombres de todas formas?

Jane apretó los labios para evitar temblar. El agua le llegaba ahora hasta las rodillas, haciendo más difícil caminar sobre las rocas resbaladizas del fondo del río. Su brazo ardía por el esfuerzo de cruzar el río.

—¡Sigue moviéndote! —Un grito desde atrás casi le hizo perder el equilibrio.

Jane lanzó una mirada enfurecida por encima de su hombro.

Enoch.

Por supuesto que estaría dándole órdenes. Casi la besa y luego no le dice ni una palabra durante dos días enteros. ¿Y ahora tenía el descaro de hablarle, no, de gritarle?

Claro, la culpa la invadió cuando se dio cuenta de lo que casi permitió que sucediera. Jane se reprendió una y otra vez por ceder a sus deseos carnales. A decir verdad, ella *quería* que Enoch la besara. Que la tomara en sus brazos y la sostuviera contra su pecho musculoso.

Jane quería saber si se sentía diferente a cuando Jacob la besaba y la envolvía en sus brazos. Cuando se permitía pensar en Jacob, siempre llegaba a la conclusión de que no lo amaba de verdad. Él era una escapatoria conveniente a sus problemas. Alguien que le quitara de la mente la pérdida de su madre.

Eso no era amor. Lo que él sentía por Louise y lo que su amiga sentía por él probablemente se acercaba más a lo que era el amor. No es que Jane lo supiera. No habló con ninguno de los dos antes de dejar Independence. Ni quería hacerlo.

El hecho de que no amara verdaderamente a Jacob no significaba que quisiera ser amiga de él o de su antigua mejor amiga.

—¡Jane! —Enoch volvió a gritarle—. ¡Sigue moviéndote!

Cabalgó hasta donde ella cruzaba.

La ira ardió en su estómago. —¿Quieres bajarte y cruzar como lo estoy haciendo yo? ¡Tal vez entonces dejarías de gritar!

Los ojos de Enoch se abrieron de par en par. Su boca quedó abierta y luego se cerró, haciéndole parecer un pez. Su mandíbula se tensó. —Estás retrasando a las otras mujeres y niños.

Jane apartó la mirada del hombre que tenía su corazón pero no debería tenerlo. —Como dije, podemos intercambiar lugares, y veremos qué tan rápido te mueves, especialmente con una sola mano. —Se concentró en la tarea que tenía delante, ignorando las dagas que probablemente él le estaba lanzando.

A Jane no le importaba. Parte de su enfado estaba dirigido a Enoch. Por la forma en que la ignoró durante los últimos dos días. Evitaba el contacto visual, ni siquiera la miraba, ni cuando todos se sentaban juntos durante las comidas. Sin dirigirle ni una palabra.

En su mayor parte, Jane estaba enfadada consigo misma. Enfadada por haber permitido que Enoch entrara en su corazón cuando debería haberlo estado protegiendo. Enfadada por sentir más atracción por él de la que debería. Papá le advirtió que no se acercara demasiado. Le dijo que esperara a que Enoch resolviera su relación con el Señor.

Eso es lo que él quiso decir la noche anterior a su operación. Esperar a que Enoch llegara a la fe. ¿Siguió ella el consejo de su padre?

No. Ni un poquito. En cambio, jugó con fuego. Permitiendo que su amistad con el hombre se convirtiera en algo más.

Y cuando fue a disculparse con él, salió corriendo como si tuviera el trasero en llamas.

¿Quién era ella para pensar que estaba por encima de la tentación? Jane sabía que debería haberse quedado en el campamento y no haber ido con Enoch a hacer la colada. Se puso por encima de su padre, y ahora había perdido a uno de sus amigos más cercanos por ello.

Mujer tonta, tonta.

Enoch giró su caballo, salpicándola con agua fría en el proceso. *No lo mires*. Tenía que mantenerse concentrada si quería cruzar el enorme río sin resbalar.

La mujer delante de ella se tambaleó. Jane se detuvo, dándole bastante espacio para recuperar el equilibrio, y para dar un descanso a su brazo.

—¿Estás bien, Amanda? —gritó Jane por encima del ruido del agua.

—Bien —respondió Amanda por encima de su hombro.

Jane no conocía bien a Amanda. Veinte años mayor que ella, Amanda se mantenía reservada, a menos que estuviera hablando con su hermano, Bart.

El vestido de Amanda se le pegaba al cuerpo, al igual que el de Jane. Si no tenían cuidado, la tela podría envolverse alrededor de sus piernas, haciéndolas tropezar y provocando que se hundieran en el agua fría.

Cuando Amanda comenzó a moverse, Jane la siguió. Mantener una buena distancia entre ambas les permitía no arrastrarse mutuamente si una de ellas caía. También les impedía ayudarse. Aunque Jane no podía hacer mucho con una sola mano. Apenas se mantenía a sí misma en una pieza.

Jane suponía que por eso el doctor, Thomas, Zacarías y Enoch cabalgaban junto a las filas de carretas y los que caminaban. Para estar allí en caso de que alguien necesitara orientación o ayuda. O para darles órdenes, como había hecho Enoch momentos antes.

La orilla del río se acercaba. Los hombros de Jane liberaron parte de su tensión. Una vez que sus pies estuvieran en tierra seca, estaría aún más agradecida. No recordaba cuántos ríos más tendrían que cruzar, pero esperaba que este fuera el último.

Amanda gritó frente a ella, agitando los brazos a sus costados.

—¡Agarra la cuerda! —gritó Jane por encima del ruido—. ¡Amanda!

El cuerpo de Amanda cayó al agua con un último grito desgarrador.

Jane observó horrorizada cómo la mujer flotaba río abajo, alejándose de su grupo.

—¡Amanda! —gritó Jane de nuevo—. ¡Alguien! ¡Ayuda!

Jane señaló con la barbilla hacia donde había visto a la mujer emerger, jadeando por aire. La mirada de Jane se cruzó con la de Enoch. Él siguió la dirección de su mirada y se puso en movimiento.

Si alguien podía salvar a Amanda, era Enoch. Jane no tenía ninguna duda.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios. Jane pisó el terreno irregular, su pie resbalando bajo ella. *¡Señor, no!* Se tambaleó, sus dedos luchando por agarrar la cuerda. El peso de su cuerpo arrancó la cuerda de su mano. Un grito salió de su garganta. Su cuerpo se estrelló contra el agua rugiente.

CAPÍTULO 14



Enoch le echó una última mirada a Jane por encima del hombro antes de espolear a Champion para encontrar a Amanda. Su corazón se hundió hasta el fondo del río cuando Jane resbaló y cayó en las aguas heladas. La indecisión libraba una batalla en su interior.

Amanda llevaba mucho más tiempo en el río que Jane. Pero si algo le sucedía a la irlandesa, jamás se lo perdonaría. Enoch sabía que su corazón no soportaría otra pérdida.

—¡Enoch! —gritó Doc y señaló en dirección a Amanda—. ¡Ve!

Enoch se obligó a actuar, sabiendo que su amigo se ocuparía de Jane. Champion salpicaba a través del río. Enoch miraba en todas direcciones. ¿Dónde estaba?

¿Cuán rápido podría la corriente arrastrar a una mujer?

Champion perdió pie, casi lanzándolos a ambos a las gélidas aguas. Enoch aferró las riendas, haciendo todo lo posible por estabilizar al animal. Cuando ambos estuvieron fuera de peligro, Enoch volvió a recorrer la zona con la mirada.

Más adelante, una cabeza se asomaba sobre la superficie. Enoch presionó sus muslos contra el cuerpo del caballo. Tomó la cuerda de su alforja y la ató al pomo de la silla.

Enoch confiaba en la fuerza de Champion para sacarlos a él y a Amanda del agua. Si el caballo fallaba, ambos perderían la vida. Para Enoch, esa no era una opción.

Amanda era demasiado joven para morir, y Enoch tenía muchas razones para seguir viviendo.

Enoch se lanzó del caballo en el momento en que vislumbró a Amanda. El agua helada le arrebató el aire de los pulmones. Sus manos apretaron la cuerda entre sus dedos enguantados, envolviéndola alrededor de una de sus muñecas. Nadó con la corriente, alcanzó a Amanda y la agarró por la cintura.

Un silbido agudo escapó de sus labios. Champion los arrastró hasta la seguridad de la orilla. El rostro pálido de la mujer hizo poco para aliviar la preocupación de Enoch. La volteó y le golpeó la espalda.

—Vamos, Amanda. Respira.

Ella no dio señales de haberlo escuchado. Amanda yacía inmóvil. El miedo atenazó el pecho de Enoch y lo oprimió. ¿Era esto lo que Doc estaba haciendo con Jane en ese mismo momento? ¿Instándola a respirar?

Enoch se puso de rodillas y golpeó la espalda de Amanda una vez más. Ella convulsionó, sus ojos se abrieron de golpe. Comenzó a vomitar agua por todas partes. Sin duda, una buena señal.

—¿Estás bien?

Las lágrimas corrían por el rostro redondo de Amanda. Las enjugó con sus manos y asintió. —Gracias —sus dientes castañeteaban, recordándole a Enoch que necesitaba llevarlos con el grupo y ponerlos al calor lo antes posible.

Enoch se puso de pie. Dio un tirón a la cuerda, captando la atención de Champion. Recogió a Amanda, la colocó en la silla y subió tras ella. El castañeteo de sus dientes la sacudía por completo, transmitiéndole los temblores a él también. O quizás sus convulsiones se debían a que él mismo estaba helado. En cualquier caso, necesitaban entrar en calor y rápido.

Minutos después, estaban sentados frente a un fuego rugiente, con mantas sobre los hombros. Enoch levantó la mirada hacia la otra persona que se unió a su pequeño círculo.

El corazón de Enoch dio un vuelco en su pecho al ver a Jane. El cabello rojo mojado pegado a su rostro blanco, el vestido adherido a su cuerpo, revelando su figura bien formada. Incluso en posición sentada. Su mano sana aferraba la manta, sus labios apretados en una línea blanca.

Jane mantenía la mirada apartada de la de Enoch. Solo ese acto bastó para atravesarle el corazón con un cuchillo imaginario. Anhelaba mirar profundamente en sus ojos y transmitirle cuánto la quería.

Enoch apartó la mirada de Jane y se volvió hacia Amanda. —¿Te sientes bien?

—Gracias por salvarme —dijo Amanda con un asentimiento, con los ojos bajos—. Pensé que no lo contaría.

—Me alegro de haber podido ayudar —Enoch se llevó a los labios la taza metálica llena de líquido caliente—. Me alegro de que alguien haya tenido la previsión de hacer un fuego y calentar café.

—Yo también.

—¿Dónde está mi hermana? —gritó una voz detrás de un grupo de árboles—. ¿Dónde está?

Los labios de Amanda se crisparon. —Mi hermano —se levantó, dejando la taza en el tronco donde había estado sentada—. Gracias de nuevo.

Enoch no podía apartar los ojos de la escena que se desarrollaba ante él. Bart, con su estatura completa de un metro sesenta y ocho, llegó hasta su hermana mayor y la envolvió en sus brazos. Le habló con suavidad, mientras su cabello oscuro y largo le caía sobre los ojos.

Un nudo se formó en la garganta de Enoch. El amor entre hermanos. Habría hecho algo similar si tuviera una hermana. Caramba, quería hacer algo así cuando vio por primera vez a Jane sentada cerca del fuego.

La pareja se alejó; el brazo de Bart rodeaba a Amanda. Ella se apoyaba en su abrazo. Enoch deseaba conocer su historia. Aunque los dos se mantenían reservados. Incluso mientras Enoch estaba sentado con ella, Amanda no ofreció ninguna información personal.

Enoch le echó otra mirada a Jane. Ella había estado tan cautivada con los hermanos como él. Las lágrimas anegaban sus ojos verdes, haciéndolos parecer aún más brillantes. Como hierba

fresca cubierta de rocío en la madrugada.

—Jane —comenzó Enoch, ocupando el lugar vacío a su lado—. Siento no haber sido yo quien te salvara.

Los ojos de ella se volvieron hacia él, grandes y llenos de dolor. —No esperaba que lo hicieras —apretó los labios, formando una línea blanca a través de su boca.

El sol se asomaba a través del dosel de los árboles, llenando el área alrededor de ellos con más calidez. Los pájaros piaban sobre sus cabezas mientras la gente se mantenía ocupada a su alrededor.

Sentado junto a Jane, Enoch había esperado disculparse. La fría recepción que ella le dio le hizo dudar de si una disculpa sería bien recibida. ¿Podía culparla?

Enoch cerró los ojos y suspiró. No había sido más que gélido, como el agua fría del río, con ella desde su casi beso. Había visto cómo ella intentaba hablarle, pero él la rechazaba cada vez.

Desde su tiempo en el río, Enoch no quería desperdiciar ni un segundo más de su vida sin Jane Harden. La claridad lo había inundado cuando se zambulló en las heladas profundidades del agua.

—Jane —comenzó, con la voz ronca—, lo siento.

Jane escrutó sus ojos. Él sostuvo su mirada, suplicándole en silencio que viera su sinceridad. Con una pequeña sacudida de cabeza, ella soltó un suspiro. —Lo siento. No debí permitir que nos acercáramos tanto.

El cuchillo invisible giró una vez más. ¿Qué? Eso no era lo que él quería oír. —Me alegro de que lo hicieras. La forma en que te traté después de nuestro tiempo en el río, bueno, no estuvo bien —le ató la manta bajo la barbilla y acunó su mano entre las suyas—. Cuando te vi caer, me quedé paralizado. Estaba dividido. Quería ser yo quien te salvara, pero no estaba tan cerca como Doc —expulsó el aire de sus labios, moviendo los pequeños cabellos alrededor del rostro de ella —. No sé qué habría hecho si no hubieras estado a salvo.

—No soy tu responsabilidad, Enoch. Somos amigos. Eso es todo —retiró su mano de las de él y se apartó—. No podemos ser más que eso.

—¿Por qué? —Enoch enganchó su dedo bajo el mentón de ella—. Mírame, Janey.

Ella negó con la cabeza, una lágrima deslizándose por su rostro. —No —susurró—. Si lo hago, no seré capaz de alejarme de ti.

—No quiero que te alejes de mí. ¿No puedes verlo? Eres todo lo que siempre he necesitado en mi vida. Fuerte, divertida, cariñosa, hermosa. He luchado contra esto durante demasiado tiempo. Sé que tú también. Te amo, Jane, con todo mi ser, te amo.

Un sollozo escapó de sus labios. —No puedo ser tu todo, Enoch.

—Puedes, y lo eres —Enoch capturó su rostro con sus manos, usando la yema de su pulgar para acariciar su labio inferior—. Encajamos perfectamente. Sé que lo crees, que me amas.

—Oh, Enoch —Jane sorbió, con la barbilla temblando—. Te amo. Odio hacerlo, pero es la verdad. Pero ¿no lo ves? No estoy destinada a ser tu todo. Así como tú no puedes ser el mío. No merezco ser esa Persona. Y tú no puedes ser la mía. Solo Dios puede serlo. Él es Quien puede

satisfacer nuestras necesidades más profundas. No el uno al otro.

Jane se alejó de él. Él dejó caer las manos del rostro de ella. Dios de nuevo. ¿Por qué siempre debe exigirle algo a Enoch?

Negando con la cabeza, Jane se puso de pie. —Lo siento mucho. Yo, yo desearía que las cosas pudieran ser diferentes.

Giró sobre sus talones y se alejó apresuradamente de él, casi tropezando con una raíz de árbol.

Enoch hundió la cabeza entre sus manos. ¿Por qué, Dios, por qué? ¿Por qué tenía que perder todas las cosas que le importaban? ¿Por qué Dios le exigía tanto? ¿Por qué no podía Enoch tener el tipo de amor que deseaba?

Enoch se quitó la manta de encima y se adentró pisoteando en los árboles. Lejos de todos y sus miradas curiosas, cayó de rodillas, y un grito primario desgarró su pecho.

Dos semanas. Dos semanas muy largas.

Jane echó una mirada por encima del hombro mientras Enoch avivaba el fuego hasta convertirlo en una llamarada rugiente. Demasiado alta para cocinar sobre ella, pero había notado que desde su conversación, él se había estado ocupando del fuego en lugar de Dawson. No estaba segura de por qué.

La última vez que lo buscó, él la ignoró. Esta vez no, y no podía entenderlo. ¿Estaba tratando de torturarla?

Porque ese era el resultado final. Lisa y llanamente. Tortura. Una tortura tenerlo trabajando tan cerca de ella.

Ahora con su muñeca completamente curada, Jane intentó hacerse cargo de la tarea de ocuparse del fuego. Sin suerte. Él rechazó su ofrecimiento e insistió en que estaría bien encargándose de ello. No le gustaba nada.

Jane exhaló un suspiro de frustración y se apartó el pelo de la frente. Estar cerca del hombre que amaba y no poder actuar en consecuencia le dolía. Aun así, sabía que se interpondría en la relación de Enoch con el Señor si les permitía cortejarse.

—La pierna de tu padre está mejorando bien —la voz de Doc apartó la mirada de Jane de Enoch.

—Gracias a sus cuidados constantes —Jane forzó una sonrisa en sus labios aunque sentía ganas de llorar—. No tiene fiebre, muy poco dolor —sin permiso, los ojos de Jane se desviaron una vez más hacia la figura arrodillada de Enoch.

—Es un hombre fuerte y obstinado.

—Papá ha sido así toda mi vida —Jane volvió bruscamente su atención al hombre que tenía al lado—. Apenas puedo recordar alguna vez que mi padre haya estado enfermo o postrado.

Los ojos de Doc se suavizaron. —No me refería a tu padre. Me refería a Enoch.

El calor atravesó las mejillas de Jane. —Oh —hundió los dedos en el cuenco de harina. Preparar galletas la mantenía distraída. Aparentemente, necesitaba una distracción.

—Me contó lo que pasó.

El calor en el rostro de Jane se intensificó. —Solo puedo imaginar lo que debe pensar de mí.

—Creo que eres una mujer fuerte que se preocupa profundamente por mi amigo. Incluso a costa de que tu propio corazón se rompa.

Los ojos de Jane se dirigieron rápidamente a los de Doc. —Entonces no le contó todo.

—¿Vuestro casi beso? —Doc levantó una ceja—. Sí lo hizo.

—Entonces, ¿cómo puede decir eso de mí? Lo ilusioné. Le hice creer que podíamos tener algo cuando no podíamos —la visión de Jane se nubló—. No merezco su amabilidad, ni la de nadie más.

—Estás siendo un poco demasiado dura contigo misma, ¿no crees? —Doc cruzó los brazos y ladeó la cabeza—. No puedes evitar a quién amas, Jane. Lo que hiciste fue sacrificar tus propios deseos por la seguridad eterna de Enoch.

—Siento que lo alejé más que cualquier otra cosa —Jane parpadeó para contener la humedad que amenazaba con derramarse por sus mejillas—. Debería haberme mantenido como su amiga, nada más.

—No habría ayudado. Él se sintió atraído por ti antes de conocerte —los ojos de Doc se arrugaron en las comisuras, una sonrisa elevando la esquina de sus labios—. Lo que no ves es a Enoch luchando con Dios. Lleva haciéndolo mucho tiempo —Doc le dio un suave apretón en el hombro a Jane—. Sigue rezando por él. Está cerca. Te lo aseguro. Y cuando llegue el momento adecuado, ustedes dos estarán juntos. Casi puedo garantizarlo.

—No quiero ser la razón por la que Enoch se rinde al Señor, Doc —Jane sorbió, formando la masa en bolas—. No está bien.

—Tú no eres la razón. Dios ha estado persiguiendo a Enoch durante un tiempo. Tú solo resultas ser la etapa final en el camino de fe de Enoch.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede estar tan seguro?

—No soy profeta. No puedo estar cien por cien seguro, pero nunca he visto a Enoch tan enfadado con Dios antes. Normalmente, ignora al Señor, finge que no existe. En las últimas dos semanas, es diferente. Hay un cambio en el corazón de Enoch. Uno con el que el Señor finalmente puede trabajar.

—He estado rezando por él.

La sonrisa de Doc se ensanchó. —Sabíamos que lo harías. Es una de las razones por las que elegimos acampar junto a ti y tu padre. Mis amigos y yo quizás jugamos a hacer de casamenteros un poco demasiado pronto, pero los caminos de Dios son más grandes y mejores que los nuestros. Confía en Él, incluso en tu desamor.

Doc dejó a Jane con su tarea. En poco tiempo, la cena estaba lista. Evette, Delilah, Zechariah, Doc, Enoch y Dawson se reunieron alrededor de ella y su padre. Papá insistió en ser sacado del vagón para las comidas. Dijo que iba a perder la cabeza si tenía que seguir mirando la lona que

cubría el carromato.

Después de la bendición de Doc sobre la comida, todos se pusieron a comer, y el silencio llegó a los oídos de Jane. Un hecho típico durante las comidas. Al principio, todos permanecían en silencio, llenando sus estómagos. A mitad de la comida, la conversación comenzaba.

Esta noche, sin embargo, Thomas los saludó antes de que nadie tuviera la oportunidad de hablar. —Buenas noches, gente.

—Thomas, ¿quiere cenar? —Jane se puso de pie para preparar un plato.

—No, gracias. Ya comí. Quería informarles que mañana avanzaremos duro. Luego nos quedaremos unos días cerca del fuerte. Recogeremos más suministros antes de continuar.

Jane miró alrededor de su fogata. Los hombros se relajaron ante las palabras de Thomas.

—Me alegra oírlo, Thomas —habló primero Dawson—. Necesitamos provisiones.

—La mayoría las necesita —Thomas cruzó los brazos sobre el pecho—. Es el único fuerte hasta que lleguemos a Wyoming. Sé que algunos de ustedes no planean seguir con el resto, así que consigan lo que necesiten en Fort Kearney.

Los ojos de Evette recorrieron el círculo. —¿Quién no va a Oregon?

Enoch, Dawson, Zechariah, Doc y Papá levantaron las manos.

—¿Qué? —chilló Jane—. Papá, ¿qué significa esto?

—Hablaremos más tarde, Janey —Papá mordió su galleta, su mirada no permitía más discusión.

Jane estaba demasiado familiarizada con esa mirada. No le había mentido a Doc cuando dijo que su padre era obstinado y fuerte. Cuando se fijaba en algo, rara vez lo abandonaba. A menos que Dios mismo cambiara la mente de su padre, lo que rara vez ocurría.

Thomas se volvió hacia Delilah y Evette. —Ya he hablado con otra familia que dijo que estarían encantados de que viajaran con ellos si estuvieran dispuestas a ayudar con sus hijos.

La madre y la hija compartieron una discusión silenciosa a la que nadie más tuvo acceso. Evette inclinó la barbilla. —Estaríamos encantadas de ayudar. Gracias, Thomas.

Él asintió y habló con Doc sobre una pareja que necesitaba su atención. Doc y Thomas dejaron a los demás para terminar su comida.

—No sabía que no se dirigirían a Oregón —Evette levantó las cejas hacia Dawson.

—No es algo que decidimos completamente hasta hace dos noches —Dawson se encogió de hombros y se metió una patata en la boca.

—¿Y usted, Sean? —preguntó Evette, con un tono lleno de curiosidad.

Jane no podía culparla. Ella también se preguntaba por el cambio de opinión de su padre. Tenía la sensación de que los cuatro hombres no iban a ir hasta Oregón, pero ella y su padre nunca hablaron de unirse a ellos. ¿Cómo podía él decidir algo así sin hablar con ella?

Los ojos de Papá se dirigieron a los de Jane. —Los muchachos nos ofrecieron ir con ellos. Doc dijo que le gustaría ocuparse del cuidado de mi pierna. No puedo decir que no a un buen

médico como él.

Mmm. Jane dudaba que esa fuera la única razón por la que su padre quería ir con los hombres. Algo dentro de ella rechazaba la idea. Aquí en la caravana con el resto de la gente, podía mantener su distancia de Enoch. Si ella y Papá se unían a los cuatro, habría muchas menos distracciones para ella. ¿En qué estaba pensando su padre?

—Nos entristecerá verlos partir —la voz suave de Delilah se llenó de tristeza—. Esperábamos viajar con ustedes.

—Sé que te echaré de menos —respondió Jane, dando un suave apretón a la mano de su amiga—. Quizá puedan venir con nosotros.

Delilah negó con la cabeza. —No —suspiró, sus pestañas descansando contra sus mejillas—. No podemos.

Jane no tuvo tiempo de seguir preguntando. Doc regresó y les informó sobre la familia que necesitaba sus servicios.

—Nada de qué preocuparse —Doc bebió de un trago el café de su taza—. Lo cual me alegra. Hasta ahora, hemos podido evitar cualquier enfermedad. Me gustaría que siguiera siendo así.

Todos alrededor de Jane estuvieron de acuerdo, incluida ella misma. Evitar el cólera tranquilizaría la mente de la mayoría de la gente. La enfermedad se propagaba tan rápidamente que nadie tenía oportunidad de evitarla. No solo eso, sino que era mortal. En un minuto, una persona se sentía bien. Al siguiente, Doc decía que estarían cavando una tumba. Nadie quería más tumbas cavadas en este viaje.

Jane lanzó una mirada a su padre por debajo de sus pestañas. ¿Era esa realmente la razón por la que quería permanecer con los hombres? ¿Para que Doc pudiera atender sus necesidades médicas? ¿O había una razón más profunda que aún no le estaba diciendo? Fuera lo que fuese, ella pretendía descubrirlo.

CAPÍTULO 15



Jane plantó los puños en sus caderas, mirando a su padre con enojo. —¿Por qué decidiste eso sin consultarlo conmigo primero?

La diversión en los ojos de su padre no alivió su frustración. Solo la aumentó. —Hija, siéntate.

—No quiero sentarme. Quiero saber por qué estás tomando decisiones a mis espaldas.

El brillo de humor en los ojos de Da cambió. Su suspiro cansado hizo que las piernas de ella se desplomaran. —Estoy preocupado, Janey, lo estoy.

—¿Por qué? —Jane alcanzó la mano de su padre. Una mano que no hace mucho era fuerte y gruesa. Estar en el camino y lesionado había hecho que su padre perdiera peso y músculo. Especialmente porque no podía realizar ningún trabajo físico.

—Por ti. Quiero que estés con personas en las que confío. En las que tú confías.

Los labios de Jane se curvaron hacia abajo. —¿No confías en Thomas?

—Sabes que sí, o no estaríamos aquí. —Da apretó su mano—. Thomas no se quedará en Oregón, Janey. Volverá por otro grupo de personas. Si algo me pasara, estarías sola, sin nadie que te proteja.

—Podría quedarme con Evette y Delilah.

Los labios de Da se apretaron. —¿Sabes dónde se quedarán en Oregón? ¿Qué planes tienen ahora que Peter está muerto?

Jane no había pensado en preguntar. Trabajaban codo con codo todos los días, hablando de temas triviales. Mencionaban Oregón, pero Jane no sabía a quién iban a encontrar, si es que iban a encontrarse con alguien.

—La falta de palabras de tu boca me dice que sabes poco. —Los labios de Da temblaron. Siempre se burlaba de Jane por su constante parloteo.

A ella no le importaba, pero no podía negar su observación. —Tienes razón. No lo sé. Pero Da —se inclinó hacia adelante, con cuidado de no golpear su pierna en recuperación—, sabes lo que pasó entre Enoch y yo. No puedes hablar en serio sobre viajar con ellos. Él no quiere estar cerca de mí.

El amor brilló en los ojos de Da mientras miraba fijamente a los suyos. —Fue idea suya, hija.

—¿Qué? —susurró Jane—. Eso no puede ser verdad.

—Es muy cierto. Sabes que no te mentiría. —Da soltó su mano y se cubrió con la manta—. Habló con los muchachos sobre ti. No quería que te quedaras sola si algo llegara a pasar.

—No eres un anciano, Da. Estarás aquí por mucho tiempo.

—Ay, hija. —Da sacudió la cabeza, con tristeza cubriendo sus facciones—. No sabes eso. No sabemos cuándo será nuestro último día en la tierra. Solo Dios mismo conoce el número de nuestros días. ¿Qué clase de padre sería si no me preocupara por ti?

¿Jane alguna vez dejaría de llorar? ¿Por qué sus emociones siempre estaban a flor de piel últimamente? —Da, por favor no hables así. Tienes razón. No sé cuándo será tu último día, pero eso no significa que tenga que cavar la tumba ahora, ¿verdad?

Da se rio, atrayendo a Jane hacia su pecho. No era una tarea fácil en la parte trasera del vagón. —Espero que no, Janey. —Acarició su cabello con su áspera mano—. Solo quiero que estés segura. Tan segura como puedas estar. Es todo. Debería haber pensado en eso antes de que saliéramos de Missouri. —La barba de Da se movió sobre el cabello de Jane cuando sacudió la cabeza—. Fui egoísta, pensando solo en mí. Perdóname, Janey. Te lo suplico.

—Oh, Da. —Una lágrima se deslizó desde su ojo hasta la camisa de su padre—. No necesito perdonarte. Irnos fue lo mejor para ambos. Estamos comenzando de nuevo, ¿recuerdas?

—Tengo una buena hija. —Da se movió debajo de ella—. Ahora, descansa un poco. Tenemos un largo día mañana.

—Te quiero, Da.

—Te quiero, Janey. Siempre.

Jane se deslizó hacia atrás fuera del vagón, teniendo especial cuidado de no rozar la pierna de su padre. Salió por la parte trasera y cerró la solapa. Antes de atender a Da, ya había extendido su jergón. Después de atender sus necesidades, se metió bajo la manta, acostándose boca arriba.

Las estrellas centelleantes cubrían el cielo. No habían experimentado más tormentas como la del tornado. Había hecho calor y resultaba casi incómodo durante los últimos días. Jane no sabía qué era peor. El calor o la lluvia. Con gusto prescindiría de los tornados, pero el calor abrasador tenía una manera de drenar su energía.

Conducir el vagón no había sido muy difícil, no con las tierras planas. Si no iban a Oregón, ¿iban a cruzar las montañas?

Jane tenía muchas preguntas dando vueltas en su mente, pero Da necesitaba descansar. Había estado durmiendo cada vez más desde que se rompió la pierna.

Lo cual todavía le preocupaba. ¿Cómo se había caído Da del vagón? ¿Alguien lo empujó? ¿Simplemente perdió el equilibrio? Eso no sonaba en absoluto como su padre.

Algo ocurrió que causó su caída. Quizás uno de los bueyes se asustó y dio un tirón. Nadie parecía tener respuestas para Jane. No le gustaba nada.

Jane se sentó y aflojó su trenza, permitiendo que su cabello cayera alrededor de sus hombros.

Pasó los dedos por sus mechones, desenredando las hebras. No estaba lo suficientemente cansada para dormir, sin importar cuán tarde se hiciera.

Si tan solo pudiera cerrar los ojos como su padre y quedarse dormida inmediatamente. ¿Cómo lo hacía el hombre? ¿No tenía pensamientos dando vueltas en su mente cuando se acostaba cada noche?

Jane abrazó sus rodillas contra su pecho, desviando la mirada hacia las formas dormidas de Evette y Delilah. ¿Cuáles eran sus historias? Si Jane preguntaba, ¿estarían dispuestas a compartirlas? ¿Por qué eran tan reservadas?

Poniendo los ojos en blanco hacia el cielo, Jane se rió para sí misma. No era como si sus amigas estuvieran huyendo de la ley. No sabían disparar un arma hasta que Doc les enseñó. Si fueran forajidas, ¿no sabrían ya cómo protegerse?

Jane apoyó la cabeza sobre sus rodillas, con una sonrisa tirando de la comisura de sus labios. Mamá solía decir que tenía una imaginación desbordante. Los pensamientos de esta noche sobre sus amigas demostraban que las palabras de su madre eran correctas.

Las llamas de la hoguera bailaban en la noche. Las brasas iluminaban los troncos, con pequeñas chispas volando aquí y allá de vez en cuando. Da le había enseñado desde temprana edad a no acostarse cerca del fuego, por si caía una chispa en su manta. Lo suficientemente lejos para estar segura, lo suficientemente cerca para sentir el calor.

Si tan solo pudiera tener las mismas reglas con su corazón. Estar lo suficientemente lejos de Enoch para estar segura, lo suficientemente cerca para sentir su calor.

Aunque él sugirió que ella y Da viajaran con ellos cuando dejaran al grupo que iba a Oregón. ¿Significaba eso que se estaba ablandando hacia ella? Todavía no le había dirigido una sola palabra desde el día en que declaró su amor por ella.

Mujer tonta. Jane debería haber guardado sus sentimientos para sí misma. Al admitirlos en voz alta, lo lastimó más que si simplemente se lo hubiera callado. ¿Nunca aprendería a contener su lengua?

Si tan solo Jane pudiera retirar sus palabras. ¿Qué decía el libro de Santiago? ¿Cualquiera que refrenara su lengua era perfecto?

Jane no conocía el versículo exacto, pero sabía que necesitaba aprender a controlar lo que salía de su boca. Se había metido en demasiados problemas a lo largo de su vida por hablar sin pensar.

El campamento junto al suyo permanecía en silencio. Los ronquidos llegaban hasta ella. ¿Sería uno de ellos Enoch? ¿Roncaba cuando dormía? Jane imaginó que uno de los hombres que hacía tal alboroto era Zacarías.

Jane tragó otra risita. El pobre gigante sueco. No merecía tales pensamientos. La persona que roncaba probablemente ni siquiera era él.

Suspirando, Jane volvió a acostarse y cerró los ojos. Cuanto antes se obligara a dormir, mejor. Necesitaba estar despierta y alerta en el largo viaje a Fort Kearney al día siguiente. Mantener a Da a salvo y lo más cómodo posible era la prioridad.

Su dulce padre. Su disculpa nadó hasta el frente de su mente. Jane esperaba que no se sintiera culpable por dejar Missouri. Si se hubiera quedado, sería miserable casada con Jacob. No eran buenos juntos.

Aunque su corazón descansaba con el sombrío hombre del campamento de al lado, prefería amarlo desde lejos que estar atrapada con alguien a quien realmente no quería.

Ahora, Jane se preocupaba por Enoch y su relación con el Señor. ¿Dejaría de luchar contra Dios? ¿Se rendiría y permitiría que Dios llenara las piezas rotas de su alma?

Un bostezo escapó de los labios de Jane. Se giró de lado y se acurrucó. No te preocupes por el mañana, porque el mañana traerá sus propias preocupaciones.

El cuerpo de Enoch se balanceaba, incluso después de haber desmontado a Champion hacía una hora. Thomas no estaba bromeando cuando dijo que iban a esforzarse para llegar a Fort Kearney antes del anochecer.

Justo a tiempo, además.

Aunque las puertas del fuerte estaban cerradas, el alivio invadió la caravana de carretas. La emoción de poder comprar suministros mantuvo a todos moviéndose y tomando un descanso al mediodía más corto de lo habitual. Nadie quería ser quien los retrasara para llegar al fuerte antes de que se pusiera el sol.

Thomas animó a todos cuando se reunieron en círculo para pasar la noche. Los felicitó por cabalgar y caminar más tiempo del que jamás habían hecho. Nadie se había quejado en todo el día, tampoco.

Enoch no se había dado cuenta de lo pocos suministros que les quedaban. El café escaseaba, al igual que la harina y la sal. La carne de cerdo seca y los frijoles casi se habían acabado por completo.

Las mujeres estiraban la comida que todos tenían al juntarla y compartirla. Desafortunadamente, cuando el vagón de los Fitzgerald se desmoronó durante el tornado, se perdieron la mayoría de sus provisiones. Jane los acogió de todos modos. Les ofreció la comida que tenían para ellos mismos.

Jane.

La única mujer que robó su corazón solo para aplastarlo.

El dolor desgarró su pecho como si las palabras que ella le dijo hubieran sido esa mañana en lugar de hace dos semanas. ¿Por qué no podía dejar de pensar en sus palabras? ¿Por qué tuvo que elegir a su Dios sobre él? Incluso después de que él le abrió su corazón, ella lo seguía rechazando.

Y dolía. Más de lo que jamás creyó posible.

Todavía dolía. ¿Cuándo desaparecería el dolor?

Enoch habló con Doc el día que sucedió. Reprimió un bufido. Eso no era cierto. Doc lo

acorraló para que les contara a los tres lo que pasó. Así que lo hizo. Les contó cada pequeño detalle. Desde el momento en que casi besó a Jane hasta cuando declaró su amor por ella.

¿Qué hicieron sus amigos? Nada. No hicieron absolutamente nada para ayudarlo. Oh, sus amigos escucharon. Eran buenos en eso. Pero no le dijeron lo que quería oír. Que ella estaba equivocada. Que Jane debería haberlo elegido a él.

En cambio, tomaron su lado. Dijeron que ella tenía razón. Se ofrecieron a orar por él, le dijeron que pensara y orara sobre lo que ella dijo. Como si eso fuera a ayudar. Cuanto más pensaba en ello, más enojado se ponía. ¿Por qué toda su vida tenía que ser sobre Dios? Desde sus padres hasta la mujer que amaba, y hasta sus amigos. Dios esto, Dios aquello.

—¿Algo te está molestando, muchacho? —Sean se deslizó fuera de la parte trasera del vagón.

Enoch se puso de pie de un salto. —Vaya, ¿adónde crees que vas?

—Necesidades que he estado conteniendo demasiado tiempo, ¿sabes? —Los ojos de Sean brillaron en el fuego danzante.

Enoch se rio, rodeando la cintura del corpulento hombre con su brazo. —Apóyate en mí. Te llevaré donde necesites ir.

—Gracias. —Sean expulsó aire—. No es fácil depender de otros.

—No me pareces un hombre que disfrute de ese tipo de cosas.

Sean hizo una mueca con la pequeña cantidad de presión que puso en su pierna. —Solo hay Uno en quien más confío.

Un gruñido involuntario se escapó de los labios de Enoch.

Sean echó la cabeza hacia atrás y se rio, tambaleándose en el proceso. Enoch reforzó su agarre sobre el irlandés. —Muchacho, no te reprimes, ¿verdad?

El calor se extendió por la cara de Enoch. —No quería que eso se oyera en voz alta.

—Ah, pero así fue.

Enoch llevó a Sean a un área designada para el alivio personal de los hombres. Se mantuvo aparte y dejó que Sean hiciera sus necesidades, esperando de espaldas a él. Esperaba a medias que el padre de Jane lo regañara por su gruñido. Vería qué hacía el hombre en el camino de vuelta al vagón.

—Estoy listo, muchacho.

En la misma posición que antes, se dirigieron de regreso al campamento. —¿Qué te está molestando, Enoch?

Enoch lanzó una mirada de soslayo a Sean. No había censura ni decepción en el rostro de Sean. Mera curiosidad. —¿A qué te refieres?

—Tienes un ceño fruncido en tu cara que dice que estás reflexionando sobre algo serio. —Sean señaló un tronco caído detrás de su campamento—. Necesito un descanso.

Enoch lo ayudó a sentarse en el tronco y tomó el lugar vacío a su lado. —He querido preguntarte algo desde el día que nos conocimos.

Sean se pasó la mano por la pierna buena. —Adelante.

—¿Por qué no me hablaste del Señor cuando nos conocimos?

Los ojos de Sean se agrandaron. —¿Esa es la pregunta que tienes para mí?

Enoch miró al frente y se encogió de hombros. —Lo es. —Tragó los nervios que rebotaban en su estómago—. Esperaba que me hablaras de Dios. Incluso lo esperé. Pero nunca lo hiciste.

—¿Por qué supones que es así?

Enoch juntó sus manos. —Porque no soy lo suficientemente digno de conocer a Dios como tú y los demás lo hacen.

Una mano fuerte agarró el hombro de Enoch y apretó. —Mírame, muchacho.

Enoch obligó a su cabeza a girar en dirección a Sean. Los ojos del hombre contenían lágrimas no derramadas.

—¿Piensas que no te hablé porque no eras digno del amor de Dios? —Ante el asentimiento de Enoch, Sean continuó—: Muchacho, no te hablé porque estabas sufriendo. Todavía lo estás por lo que veo. Ninguno de nosotros, ni uno solo, es digno de Su amor. No podemos hacer nada para ganarlo. No lo merecemos. Pero Él lo da de todos modos.

—¿Por qué no me dijiste eso entonces? —La emoción obstruyó la garganta de Enoch. Forzó las palabras a salir—. Te he escuchado decirles a todos los demás cuánto los ama Dios. ¿Por qué a mí no?

Sean dejó caer su mano, y Enoch ya extrañaba el afecto paternal. —No necesitabas oírlo de mí. Tu padre te lastimó. Dijo cosas terribles a ti y a Daniel. Hizo que Dios pareciera un monstruo. Si yo te hubiera dicho que Dios te amaba cuando te conocí, ¿lo habrías creído?

Enoch negó lentamente con la cabeza. —Probablemente no.

—¿Por qué? —insistió Sean.

—Porque Dios no es un Dios que ama a mis ojos. Es un Dios que quita. —El pecho de Enoch se hinchó de ira—. Todavía lo hace.

—¿Qué te ha quitado?

—A Jane. —Enoch apretó los puños—. Sé que ella te contó todo. Así que, por favor, explícame algo. Si Dios me ama, ¿por qué no me da lo que más necesito?

—Ay, muchacho. Él te ha dado lo que más necesitas. Se ha dado a Sí mismo. —La voz de Sean se suavizó hasta convertirse en un suave susurro—. Por mucho que te sientas rechazado por Jane, Dios se siente rechazado por ti. Él te está persiguiendo, dando a Su Hijo por ti. Todo mientras tú tratas de llenar ese vacío con mi hija. —Sean dio una risa sin humor—. Amo a mi Janey, pero ella te va a lastimar. Es humana. Te decepcionará, igual que su madre me decepcionó a mí y yo a ella. —Sean apretó el hombro de Enoch una vez más—. Pero ¿Dios? Él nunca decepciona. Oh, podemos querer algo a lo que Él dice que no. Pero al final, Él siempre tiene razón. Él ve lo que nosotros no podemos ver. —Sean chasqueó la lengua—. Muchacho, Jane no te rechazó. Dio un paso atrás para que puedas ver tu necesidad de un Salvador. Así como Dios todavía te espera, también lo hará Jane. Pero primero, lo necesitas a Él. No a ella.

Enoch no podía moverse. Las palabras de Sean enviaron oleadas de confusión y claridad al mismo tiempo. No sabía qué hacer con su mezcla de emociones. Quería arremeter contra Dios, decirle que dejara de perseguir a Enoch. Que Enoch no quería ser atrapado.

Pero eso sería una mentira. Porque en el fondo, Enoch anhelaba lo que sus amigos tenían. Anhelaba la paz, la esperanza, el amor. ¿Qué se suponía que debía hacer con sus sentimientos? Si se rendía a Dios, como Doc y los otros decían que debía hacer, ¿realmente sería libre? ¿O sería como su padre? ¿Siguiendo a un Dios que condenaba incluso a los más inocentes?

Enoch lanzó una mirada al hombre a su lado. Sean O'Malley servía al Señor de una manera muy diferente a su propio padre. Si ser cristiano significaba ser un hombre como Sean, entonces eso es lo que Enoch quería. Entre otras cosas.

Quería a Jane como esposa, y tal vez algún día, Dios se la daría. Tal vez no. Enoch no lo sabía. Lo que sí sabía era esto. Era hora de dejar de rechazar al Señor. De aceptar su propia naturaleza pecaminosa y rendirse a Aquel que lo dio todo por Enoch.

—¿Me ayudarás?

La sonrisa de Sean iluminó su rostro. —Sabes que lo haré.

CAPÍTULO 16



El sol iluminaba el camino para Jane mientras se aventuraba cerca del bullicio del fuerte. Aunque no se parecía en nada a lo que había imaginado.

Jane esperaba ver murallas y una puerta que permitiera el paso a los viajeros. Sin embargo, Fort Kearney no tenía tal apariencia. Se alzaba en una ligera elevación junto al río Platte. Thomas les había dicho que servía para proteger a los viajeros del valle del Platte, así como a los indios pacíficos que vivían en la zona, de forajidos y hostiles.

Sin fortificaciones, el fuerte parecía más un lugar donde las tropas estadounidenses mantenían la paz.

Desde donde Jane se encontraba, contó cinco casas de madera sin pintar y unas dos docenas de edificios de adobe, algo que nunca había visto antes. Las casas estaban construidas alrededor de una gran plaza abierta. Las viviendas de barro se extendían en todas las demás direcciones desde los caminos que recorrían la plaza.

Doc señaló una casa. —¿Ves eso de allí? —Ante su asentimiento, continuó—: Thomas dice que es un fortín. —Debió entender su confusión, porque prosiguió—: Los soldados lo usan como puesto de vigilancia y medio de defensa.

—¿Crees que estamos en peligro?

Doc negó con la cabeza. —No más que cuando viajamos. Esos son los barracones de los soldados. Hay suficientes para proteger a todos los que vienen aquí. O tanto como puedan.

Jane apretó su agarre en el brazo de Doc. Con tanta gente moviéndose por allí, ¿estaría segura para hacer sus cosas? Una mirada al comportamiento tranquilo de Doc, y aflojó su agarre.

—Thomas me dijo que tienen un hospital aquí. —Jane siguió la mirada de Doc—. Ese edificio de madera debe ser. Y la tienda del abastecedor, donde podemos comprar nuestros artículos. —La frente de Doc se arrugó—. Aunque será mejor que nos demos prisa. He oído que se quedan sin suministros rápidamente.

—Supongo que no podemos quedarnos aquí boquiabiertos todo el día. —Jane ofreció a su amigo una sonrisa—. Quiero decir, supongo que podríamos, pero no lograríamos nada. No esperaba que el fuerte se pareciera a esto.

—Sé a lo que te refieres. —Doc comenzó a caminar, tirando suavemente de ella hacia la

tienda—. Pensé que nos recibirían con puertas alrededor. No algo tan abierto. Pensaría que es un pueblo extraño si no fuera por los cañones.

Jane aceleró el paso. La gente del tren de carretas pasaba apresuradamente junto a ella. Si quería más provisiones, realmente necesitaba dejar de mirar el extraño fuerte. Da no pudo hacer el viaje, a pesar de que estaban solo a media milla del campamento. Dijo que no quería sentarse afuera del fuerte en la parte trasera del vagón y ocupar espacio que podrían necesitar para sus reabastecimientos.

Ella no sabía adónde había ido la noche anterior hasta que cojeó con Enoch de regreso al vagón. Jane lo dejó a sus anchas mientras ella fue a lavar los platos en el río. Cuando regresó, él se había ido. Estaba muerta de preocupación.

Por primera vez desde su conversación con Enoch, el hombre la había mirado a los ojos y bajó la barbilla hacia su pecho. No dijo una palabra, pero sus ojos hablaban de una paz que ella no había visto antes. Quería preguntarle al respecto, pero si él no iba a iniciar una conversación con ella, pues ella tampoco lo haría con él. Especialmente porque lo había rechazado.

Delilah y Evette pasaron rápidamente junto a Jane y Doc. Los ojos de Doc se demoraron en la pequeña mujer de cabello rubio. Jane había visto esa mirada antes. El buen doctor tenía sentimientos por Delilah.

—Es una lástima que no viajen con nosotros.

Doc volvió su mirada hacia ella. —¿Quiénes?

Jane indicó con la barbilla. —Los Fitzgerald.

Doc se encogió de hombros sin comprometerse. —No esperaba que lo hicieran.

Jane bajó la voz mientras se acercaban a la tienda. —Vamos, Doc. Puede que no esperaras que lo hicieran, pero eso no te impidió *desear* que se unieran a nosotros.

Doc abrió la puerta de la abarrotada tienda. —No importa lo que yo deseara. Solo importa lo que es. —Tomó su codo y la guió hacia la pared con la harina y el café.

Jane resopló. —¿No eras tú quien me animaba a no rendirme con Enoch?

—Eso es diferente.

Negando con la cabeza, Jane permitió que su atención fuera atraída hacia la madre y la hija que estaban juntas en el lado opuesto de la tienda. —No realmente. No conozco su historia. He estado demasiado preocupada para preguntarles. Pero tal vez necesiten algo de ánimo para venir con nosotros, dondequiera que vayamos.

Doc soltó su codo. —Tú mira por aquí. Voy a ir al hospital y ver si puedo comprar suministros médicos. —Le dio una mirada significativa—. No salgas de aquí sin mí bajo ninguna circunstancia.

—¿Por qué no ofreciste tus servicios a los Fitzgerald? —Jane ladeó la cabeza, dando golpecitos con su dedo contra la barbilla.

—Lo hice. Ellos declinaron. —Doc agitó su dedo índice hacia ella—. Quédate aquí.

—Sí, señor. —Jane le hizo un saludo y se rió ante el giro de sus ojos. Sus labios se curvaron,

asegurando a Jane que estaba bromeando.

Jane lo vio marcharse, todavía pensando en su conversación. La puerta se abrió una vez más. El corazón de Jane dio un vuelco en su pecho, la misma reacción que siempre sentía cuando Enoch estaba cerca. Él entró, sus ojos posándose en ella, acariciando su rostro.

Las mejillas de Jane se calentaron bajo su escrutinio. Bajó la mirada y se dio la vuelta. ¿Por qué quedarse ahí boquiabierta cuando tenía una tarea que hacer? Si no podía conseguir sus suministros hoy, no sabía cuándo podría hacerlo.

Da y los cuatro hombres no habían revelado su destino final. Puede que ni siquiera supieran adónde se dirigían. El pueblo en el que se asentaran podría no estar civilizado. Lo que significaba que tendría que prescindir de muchos suministros.

Jane se abrió paso entre algunas mujeres que habían tomado su lugar frente a los estantes. Agarró una bolsa de café, manteniéndola cerca. Alguien chocó contra ella, casi empujándola al suelo. Jane se mantuvo firme y miró con enojo a la persona a su lado. No iba a ceder su lugar ni los artículos que necesitaba.

Poniéndose de puntillas, Jane alcanzó por encima de su cabeza y agarró una lata. Todavía no sabía lo que contenía, pero fuera lo que fuese tenía que ser mejor que lo que le quedaba. Una gran bolsa de harina estaba a sus pies. Se mordió el labio inferior. Debería haber hecho que Doc se quedara con ella hasta que comprara sus provisiones. ¿Cómo iba a recogerlo todo y llevarlo al mostrador? Aunque su muñeca estaba mejor, todavía le dolía cuando levantaba objetos pesados.

Con la lata y el café en una mano, Jane tiró de la harina con su mano buena. Su trasero indicando el camino, chocó con varias personas, disculpándose mientras lo hacía.

—Jane. —La voz la detuvo en seco, su corazón acelerándose por algo que no tenía nada que ver con mover la pesada bolsa de harina—. Déjame ayudarte.

Enoch se agachó y lanzó la bolsa sobre su hombro como si no pesara nada.

—Gracias —murmuró Jane, bajando la mirada al suelo.

¿Qué le pasaba? Nunca había tenido problemas para expresar su opinión o mostrar su aprecio por la gente. Solo porque no podía tener una relación romántica con Enoch no significaba que tuviera que actuar como una colegiala desconsolada y enamorada.

Jane levantó la cabeza, la determinación corriendo a través de ella. No iba a dejar que su amistad con Enoch se disipara. Incluso si él no quería tener nada que ver con ella. Después de todo, iban a ser compañeros de viaje.

Los ojos de Enoch brillaron, formando líneas de risa en los lados. —Sabes que puedes pedir ayuda a la gente, ¿verdad?

Jane dejó caer su puño en la cadera y se estremeció por el dolor que atravesó su muñeca. —No había nadie a quien pedir ayuda. Doc se fue al hospital. No iba a ir a buscarlo y dejar que esa mujer de allí se llevara mis cosas. Además, prometí que me quedaría aquí hasta que regresara.

El humor de Enoch desapareció mientras levantaba una ceja. —Oh. —Se aclaró la garganta —. No me di cuenta de que habían venido juntos.

—Tomamos el vagón para los suministros más pesados. Ya te habías ido esta mañana cuando

sacamos a Da.

Enoch asintió lentamente. —Fui a cazar con algunos de los hombres del grupo. Todos necesitamos carne fresca.

La esperanza se agitó dentro de Jane. —¿Cazasteis algo?

Enoch negó con la cabeza. —Desafortunadamente, no. Tal vez tengamos más suerte cuando nos alejemos del fuerte. Es posible que a los animales no les guste estar cerca de las personas.

Enoch la guió hasta el mostrador y dejó caer la harina encima. —¿Algo más que necesites antes de que me vaya?

Jane mordisqueó su labio inferior. —¿Te importaría quedarte aquí mientras consigo el resto de mis cosas?

Enoch la despidió con un gesto. Jane echó un vistazo por encima de su hombro, deseando que su amistad no estuviera tan tensa. Dejó escapar un suspiro y se concentró en su tarea, para que Enoch pudiera terminar sus propios recados antes de regresar al campamento. Si tan solo pudiera pasar más tiempo con él, descubriendo qué había sucedido para crear esa paz que fluía a través de sus ojos.

Enoch no se molestó en ocultar el hecho de que observaba cada movimiento de Jane. Ella flotaba por la pequeña y abarrotada tienda con facilidad, como si fuera la dueña del lugar. Incluso cuando luchaba por mover la harina, parecía tener completo control sobre su situación.

Lo que tenía perfecto sentido de por qué ella y Doc formarían un vínculo. Enoch debería haberlo sabido. Después de todo, Doc era cristiano, organizado, metódico. Se preocupaba por la gente, al igual que Jane. La compasión que sentían por las personas coincidía. Tenía sentido que se enamoraran y se casaran.

Enoch deseaba haber llegado a la fe antes. La noche anterior fue el punto de inflexión para él. Sentado junto a Sean, escuchando cuánto lo amaba y lo valoraba. Más aún, sabiendo por primera vez en la vida de Enoch cuánto lo amaba Dios y quería que fuera Su hijo.

Algo cambió dentro de Enoch. Quería compartir lo que pasó con Jane, pero sabía que necesitaba tiempo. Tiempo para orar y aprender más sobre el verdadero Dios y no el que su padre le presentó. Sean le dio a Enoch su Biblia y le dijo que la leyera.

Así que, antes de ir a cazar con los hombres esa mañana, se sentó junto al fuego, devorando el Evangelio de Juan antes de que alguien se levantara. Ver las Escrituras a través de un lente diferente abrió sus ojos a lo que sus amigos le habían estado diciendo durante años.

Enoch ni siquiera había podido compartir con Doc, Zechariah y Dawson lo que ocurrió dentro de él. Todos estaban entusiasmados por ir a Fort Kearney, y no quería impedir que nadie consiguiera lo que necesitaba. Pensó que tendría suficiente tiempo para hablar con ellos después de la cena.

Aun así, Enoch deseaba haber hecho el cambio antes. Para poder ganar y mantener el corazón de Jane. Le dolía verla riendo y hablando con Doc justo antes de que él entrara en la tienda. Se

quedó y los observó por un momento. Se veían bien juntos.

Jane, con su largo cabello rojo y cautivadores ojos verdes, y Doc, con su cabello castaño y ojos color avellana. Encajaban. Como dos piezas perdidas de un rompecabezas. Enoch había sido un tonto al pensar que tenía alguna oportunidad con ella. Incluso después de que ella admitiera que lo amaba. Tal vez ella no sentía realmente eso hacia él.

Quizás Jane pensó que sentía amor por él, pero tal vez él había sido una distracción para que ella descubriera lo que sentía por su ex prometido. Y luego, cuando Enoch la ignoró durante dos semanas, ella dirigió su atención al doctor Bennet Martin. Un buen hombre. Incluso Enoch podía admitirlo.

Jane regresó después de reunir sus suministros, con una sonrisa agradecida en su rostro. —Gracias.

—De nada. Mejor me voy.

—¡Espera! —llamó Jane.

Enoch se dio la vuelta lentamente, su respiración entrecortándose en su pecho. Haría cualquier cosa por la mujer que le pedía que se detuviera, incluso apartarse del camino para que uno de sus mejores amigos pudiera encontrar el amor. Sin embargo, ¿qué podría querer ella de él?

—¿No tienes tus propias compras que hacer?

La decepción lo invadió. Enoch no sabía qué esperaba, o qué deseaba, pero no era eso. —Nada sin lo que no pueda vivir. *Excepto tú.*

Enoch se tocó el sombrero y salió por la puerta antes de que ella tuviera otra oportunidad de llamarlo. No quería vivir sin Jane O'Malley, pero lo haría. Por ella. Por Doc. Para darles la felicidad que merecían.

El fuerte no tenía nada que Enoch quisiera ver. Montó a Champion y chasqueó la lengua. El sol continuaba calentando la tierra debajo de él. Pronto, el verano estaría sobre ellos, dándoles demasiado calor. ¿Qué tan lejos estarían para cuando llegara el verano?

Junio estaba a la vuelta de la esquina.

En lugar de continuar con sus tres amigos y los O'Malley, tal vez sería mejor si Enoch fuera el resto del camino con Thomas. Todo el camino hasta Oregon. Pudo haber sido idea de Enoch invitar a los O'Malley con ellos, pero viendo que Jane tenía a Doc para protegerla si algo le sucedía a Sean, Enoch no era del todo necesario.

Ni tampoco sería querido.

¿Quién querría al hombre que declaró su amor alrededor como un constante recordatorio? Enoch negó con la cabeza. No. Esa no era la razón por la que se iría. No podía pretender ser tan noble.

La simple verdad del asunto era que Enoch no quería ver a Doc y Jane enamorarse más profundamente, casarse y tener una familia. No cuando él esperaba que fuera él y no Doc.

Desde el momento en que vio a Jane cojeando por la calle hacia el hotel en Independence, ella lo intrigó. Aunque trató de fingir lo contrario y mantener su distancia, no importaba. Ella se metió bajo su piel, lo atrajo hacia ella e invadió su corazón.

Enoch cabalgó hasta el campamento y dejó suelto a Champion cerca del río. Se arrodilló y se salpicó la cara con agua fría. Su mente vagó hacia el día en que él y Jane lavaron la ropa juntos. La pelea de agua que siguió le hizo darse cuenta de cuánto se había enamorado de ella. Y si no se equivocaba, ella de él.

Al menos eso es lo que pensó hasta ahora. Verla con Doc le hizo cuestionarse todo. No su relación con Dios. Pero su relación con Jane.

Enoch se pasó la mano por la cara y se rascó la barbilla. *¿Por qué no era fácil la vida, Señor?*

—En este mundo tendréis aflicciones. Pero tened valor. Yo he vencido al mundo. —Las palabras de Jesús resonaron en la mente de Enoch.

—Está bien, Señor. Tú has vencido al mundo. Confío en Ti. No importa lo difícil que sea dejarla ir, dejaré ir a Jane y seguiré Tu voluntad.

Se formó un nudo en la garganta de Enoch mientras pronunciaba las palabras. No eran fáciles, pero no quería hacer las cosas a su manera nunca más. Vivir la vida en sus propios términos solo produjo ira y frustración. Oh, todavía no había perdonado a su padre por la muerte de Daniel, ni por las muchas palizas que recibieron de su mano. Pero Sean dijo que eso vendría con el tiempo.

Si Enoch se dirigía a Oregon, ¿podría encontrar a alguien como Sean que lo guiara en los caminos del Señor? Seguramente habría cristianos en Oregon. Hombres y mujeres que amaban a Dios.

Enoch se arrodilló junto al río, el sonido del agua fluyendo calmando su alma. Los pájaros batían sus alas en lo alto, llamándose unos a otros con canciones. Los niños se salpicaban entre sí en las orillas cercanas, pero no demasiado profundo donde estarían en peligro.

Señor, hágase Tu voluntad en mi vida. Muéstrame lo que quieres que haga. Incluso si eso significa renunciar a la única mujer que he amado verdaderamente.

CAPÍTULO 17



El silencio se extendió entre Bennet y Jane tan amplio como la pradera que los rodeaba. Bennet no sabía qué había ocurrido en la tienda mientras él estaba ausente. Fuera lo que fuese, había robado la naturaleza habladora de Jane. Cuando llegó para llevarla a ella y los suministros de vuelta al campamento, la encontró retraída y pensativa. No es que no hubiera estado así durante los dos meses que llevaban viajando juntos. Esto parecía diferente. Como si estuviera más confundida que otra cosa.

Bennet tampoco era muy conversador. Desde que Jane mencionó sus sentimientos por Delilah, no había logrado mantener a la mujer fuera de sus pensamientos. Jane no se equivocaba. Delilah intrigaba a Bennet. Su voz suave, su naturaleza tranquilizadora, sus maneras bondadosas. Sus ojos de distinto color lo atraían, haciéndole preguntarse qué secretos escondían. Quería conocerla, conocer a la Delilah *real*. No a la que fingía ser frente a los demás. De alguna manera, Bennet sabía que ella ocultaba una parte de sí misma, manteniendo a los demás a distancia, pretendiendo que no era así.

Bennet lanzó una mirada de reojo a Jane. ¿Qué ocupaba sus pensamientos? Vio a Enoch cuando salía de la tienda en el fuerte. ¿Habrían tenido un enfrentamiento? ¿Habría dicho o hecho su amigo algo que hiriera a la mujer sentada a su lado?

—Suéltalo —dijo finalmente.

Jane le dirigió una mirada rápida. —¿Soltar qué?

—¿Qué dijo o hizo mi amigo para dejarte tan taciturna? —Bennet dejó que las riendas colgaran de sus dedos. Los bueyes se comportaban lo suficientemente bien como para no preocuparse de que no fueran adonde él quería.

—¿Qué te hace pensar que fue Enoch?

Bennet arqueó una ceja. —¿Qué te hace pensar que hablaba de Enoch? Tengo otros dos amigos además de él, ¿sabes?

Por el rabillo del ojo, vio cómo las mejillas de Jane se tornaban de un intenso color rosa. —Normalmente solo hablamos de Enoch.

—Hm. —Bennet meditó la afirmación—. Supongo que es cierto. Entonces dime, ¿qué pasó entre ustedes dos?

Jane sorbió y se secó las comisuras de los ojos. —No lo sé. Nada. Todo.

Bennet escudriñó el área a su alrededor. Antes de llegar al campamento, un grupo de árboles se agrupaba. Guió el carro en esa dirección.

—¿Adónde vas?

—Pensé que sería bueno hablar sin la posibilidad de que Enoch nos escuche. —Bennet detuvo el carro bajo la sombra—. Además, está empezando a hacer bastante calor.

Bennet se volvió hacia Jane y dejó que su brazo descansara sobre el respaldo del asiento del carro. —¿Qué ha hecho Enoch?

Jane se desinfló con el suspiro que salió de su boca. —Nada. Y sin embargo, siento que algo ha cambiado.

—¿Cambiado? —insistió Bennet. En su profesión, siempre parecía ser él quien hacía las preguntas. No tenía problema en hacerlo con Jane si eso la ayudaba.

Jane le informó de su conversación con Enoch en la tienda. Nada parecía fuera de lugar en lo que concernía a Enoch. No parecía haber dicho nada hiriente o cruel a Jane.

Bennet escuchó, rogando por comprensión. La discusión entre su amigo y Jane no parecía problemática. Debía estar perdiéndose algo. —¿Qué es lo que no te parece bien de esa conversación entre ustedes dos?

Jane apretó los labios, levantando la mirada. —No es que no me pareciera bien. Lo hizo. Y algo en él ha cambiado. Está más en paz. ¿Lo has notado?

—No he hablado con él desde ayer por la tarde. —Bennet levantó los hombros y los dejó caer —. Se había ido cuando me desperté esta mañana, y luego nos marchamos. Incluso cuando lo pasé antes hoy, me saludó con la cabeza, y eso fue todo.

—Supongo que no notarías nada diferente en un simple gesto, ¿verdad?

Bennet se rio. —Normalmente no, la verdad.

—Hm. —Jane se mordisqueó el labio—. Algo es diferente en él. Lo vi anoche cuando trajo a Da de vuelta al carro. Aunque Da no me dijo nada. Y hoy, realmente me habló. Era la primera vez en semanas.

—¿Por qué te preocupa eso?

—No me preocupa. —Jane tiró de un mechón de su cabello, con las cejas fruncidas—. Se sintió bien. Casi como si fuéramos amigos de nuevo.

—¿Estás interpretando demasiado sus acciones?

—¿Qué quieres decir? —Jane inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Cómo estaría haciendo eso?

—Bueno, él no habla contigo después de declarar su amor, y ahora lo hace. Tal vez se da cuenta de que echa de menos tu amistad.

Jane asintió lentamente. —Tal vez —alargó la palabra—. No lo sé. Fue más profundo, de alguna manera.

—No sigo tu línea de pensamiento, Jane.

Ella exhaló un suspiro exasperado. —No muchos lo hacen, Doc.

Bennet soltó una carcajada. —¿Quieres explicármelo?

—Solo si tú me explicas por qué has estado tan callado. —Jane hizo un círculo con la mano —. Ya he compartido suficiente por ahora. Tu turno.

—No estaba tan callado.

Jane sonrió con suficiencia. —Sí, lo estabas.

—Solo estaba pensando en tu comentario sobre Delilah.

Jane chilló y aplaudió. —Sabía que te gustaba.

Un calor se extendió por el cuello de Bennet. —No es difícil que te guste. Creo que todos se llevan bien con ella.

—Sí, pero tú más que los otros. —Jane lo señaló—. ¿Por qué no les pides que viajen con nosotros?

—Lo hicimos, ¿recuerdas? Dijeron que no podían.

—Lo había olvidado. —Jane apoyó la barbilla en la palma de su mano—. ¿Y si te casaras con ella? Entonces tendría que ir con nosotros.

—Jane —Bennet pronunció su nombre entre dientes—, esa es una razón horrible para casarse.

—No si se quieren el uno al otro.

—Apenas la conozco. —Bennet se pasó la mano por el pelo. Un pelo que necesitaba un corte —. Me gusta, sí. Pero no la amo. No lo suficiente como para ofrecerle matrimonio.

—No tenemos mucho tiempo con ellas dos. ¿Qué piensas hacer para mostrarle lo que sientes?

—¿Mostrarle lo que siento? —Bennet negó con la cabeza—. Planeo conocerla un poco más. No voy a mostrarle lo que siento. ¿De qué serviría eso?

—Um, le daría una idea de que tal vez podría viajar con nosotros. —Jane puso los ojos en blanco—. Incluso podría hacerle saber que quieres algo más que amistad.

—Jane —Bennet estiró la cabeza de lado a lado. Hablar con aquella mujer hacía que se le tensaran los músculos entre los omóplatos—. Tus sentimientos por Enoch son diferentes a los míos por Delilah. Sí, me intriga, quiero conocerla más. Pero no estoy enamorado de ella. No como tú y Enoch.

—No importa si estoy enamorada de él o no. —Las lágrimas iluminaron las motas doradas en sus ojos verdes—. No puedo hacer nada al respecto. No a menos que se convierta en cristiano. Me niego a ser un obstáculo en su camino de fe.

—Eres una buena mujer, Jane O'Malley. —Bennet recogió las riendas en sus manos—. Como he dicho antes, Enoch llegará. Creo que está al borde de creer y seguir al Señor.

—Ojalá tuviera tu fe.

Bennet le lanzó una sonrisa. —La tienes. Solo necesitas ejercitarla un poco más en lo que respecta a Enoch.

Jane se rió y le dio un manotazo en el brazo. —¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Te quiero, Bennet Martin. Eres el hermano que siempre he querido y no querido, todo al mismo tiempo.

Bennet se rió más fuerte. —Yo también te quiero, Jane O'Malley.

Llegaron al campamento, vaciaron la parte trasera del carro y se ocuparon de los bueyes. Jane guardó los suministros y atendió las necesidades de su padre, mientras Bennet se mantenía cerca, asegurándose de que el hombre no sintiera ningún dolor. La recuperación de Sean había sido excepcional, especialmente después de haber sido operado en el camino.

Bennet estaba sorprendido por lo resistente que era Sean. Le sorprendía que no hubiera habido ningún problema. De hecho, Bennet esperaba infección, fiebres, y posiblemente incluso la muerte. Eso probablemente decía más sobre la profundidad de su fe que cualquier otra cosa. Había rezado por Sean antes y después de la cirugía. Rezado por la protección de Dios. Dios respondió, y Bennet dudó.

¿Era así como siempre se comportaba? ¿Rezaba sin expectativas de que Dios dijera que sí? Porque Dios siempre respondía a la oración. Más a menudo de lo que no, en la experiencia de Bennet, Dios respondía que no. Lo cual no siempre era malo.

Dios veía el plan más grande. Bennet tenía una visión limitada.

Bennet se sentó cerca de Jane y Sean, escuchando a medias su conversación. En la visión limitada de Bennet, ¿se estaba haciendo un flaco favor al no rezar para que Delilah y Evette se unieran a ellos en su viaje? Quizás las dos necesitaban ánimo para continuar con él y sus amigos.

Bennet no sabía si Dios presionaría a las mujeres para que formaran parte del grupo, pero lo mínimo que podía hacer era pedir la guía y dirección del Señor, creyendo que Él tenía un mejor plan. Sin importar lo que eso implicara.

Eso es lo que haría. Volverse hacia Aquel que conocía las necesidades de los Fitzgerald mejor que Bennet. Y rezar para que pudiera conocer a Delilah un poco mejor. ¿Quién sabe? Tal vez Dios permitiría que sus sentimientos se desarrollaran y, juntos, podrían servir al Señor sanando a través de la medicina. Al menos, eso es lo que él quería que sucediera. De su corazón a los oídos de Dios.

Yo también te quiero, Jane O'Malley.

Una semana. Había sido una semana muy larga con las palabras de Doc resonando en los oídos de Enoch. Escuchó la conversación cuando pasaban junto a él en el carro de camino al campamento.

Esas seis palabras destrozaron a Enoch. Acababa de terminar de rezar para que Dios le mostrara qué hacer respecto a Jane. Y entonces oyó a su amigo pronunciar palabras de amor a la mujer que Enoch amaba.

Ofreciéndose como voluntario para explorar la zona para Thomas, Enoch se balanceaba de un lado a otro sobre Champion. Hasta ahora, no había visto nada que causara preocupación. Incluso las huellas de cinco o seis caballos diferentes no le hicieron regresar al jefe de la caravana.

El camino a Oregón había estado lleno de ruedas de carros y huellas de caballos. Incluso con la leve preocupación de Thomas hace unas semanas, no tuvieron problemas con bandidos o forajidos. Excepto por Sean, que fue arrojado del carro durante el tornado.

Eso todavía molestaba a Enoch si pensaba mucho en ello. ¿Qué habría causado que un hombre experimentado se lesionara de esa manera? Y si alguien quería hacer daño a Sean, ¿por qué? No tenía mucho dinero escondido en su carro como tenían algunas de las otras personas de la caravana.

¿Estaría alguien siguiendo su tren de carros con la intención de hacerles daño?

Si ese fuera el caso, los forajidos habían tenido muchas oportunidades. No eran un grupo grande viajando juntos. Pequeño en comparación con algunos que ya habían hecho el viaje. Acampar cerca de Fort Kearney los exponía, aunque tenían la protección de las tropas. Incluso después del tornado, la buena gente estaba agitada y probablemente incapaz de protegerse si alguien los atacara.

No. Enoch estaba de acuerdo con Thomas. Nadie parecía tener la intención de dañar a su pequeño grupo de carros. Sin duda, la lluvia, el viento y el barro arrojaron a Sean del asiento. Al menos solo sufrió una pierna rota. El irlandés sanaba más rápido de lo que Enoch esperaba. Incluso había puesto peso sobre su pierna la noche anterior. El hombre debería estar caminando en poco tiempo.

No es que Enoch pasara mucho tiempo con Sean o con cualquier otra persona en el campamento. Finalmente les contó a sus amigos la buena noticia sobre su conversión al cristianismo. Los tres se alegraron. Enoch incluso captó una o dos lágrimas brillando en sus ojos.

Enoch no se lo había contado a Jane. No veía la necesidad. No desde que ella y Doc pasaban más tiempo juntos. Parecía que era para ayudar a Sean, pero Enoch veía la verdad. *Oía* la verdad. Uno de sus mejores amigos se había enamorado de Jane.

¿Cómo podría Doc no hacerlo? La mujer cautivaba a cada persona con la que entraba en contacto. Una palabra amable, una sonrisa alentadora, un pequeño toque. A hombres y mujeres por igual. Jane traía paz, ánimo, amor y esperanza a todos. Menos a él.

No directamente. Enoch mantenía la distancia. Tenía que hacerlo. De lo contrario, se volvería loco de envidia. Codiciaría a la chica de su amigo, y eso era algo que no iba a permitirse hacer. Al menos, no donde todos pudieran verlo.

Para ser sincero, Enoch sí codiciaba el afecto de Jane. En secreto. Deseaba que ella le entregara su corazón como él le entregó el suyo. Enoch no le negaría a Doc el amor que él mismo esperaba recibir de Jane. Eso no sería justo para su amigo.

Así que, cuando se reunían para las comidas, Enoch ponía excusas y llevaba su plato a otra parte. Cuando era hora de desmontar el campamento, se ofrecía a cuidar de los caballos y los bueyes, preparándolos para el viaje del día. Cuanta más distancia pusiera entre él y Jane, mejor.

Un movimiento más adelante sacó a Enoch de sus pensamientos. Entrecerró los ojos para

tener una mejor idea de lo que estaba viendo. Una manada de criaturas oscuras dispersas bajo el lugar donde se detuvo. Cerca del río, los animales se apiñaban, algunos vadeando en el agua, otros saciándose de un trago frío.

Las bestias no eran inusuales. Los búfalos habían sido vistos deambulando por las llanuras. Mantenían su distancia de la caravana, y la gente mantenía su distancia de ellos. Aunque Thomas dijo que podían cazar a los búfalos, ninguno de ellos sabía cómo usar cada parte del animal.

Según Thomas, los indios usaban cada parte de las bestias. Todos en la caravana acordaron no molestarlos. Preferían comer venado u otro tipo de animales que sabían preparar.

Enoch se quedó maravillado ante las gigantescas criaturas. Viajaban con facilidad. Los búfalos no eran criaturas torpes en absoluto. Grandes y fornidos. Sin duda. Pero hermosos.

Enoch dejó caer sus manos sobre el pomo de la silla de montar, sin atreverse a respirar, y mucho menos a moverse. Individualmente, los búfalos podían causar daño. Como grupo, causarían daño. Cuanto más lejos se mantuviera la gente de la caravana de ellos, mejor.

Apartando la mirada de las bestias, Enoch recorrió el área. ¿Dónde podrían acampar por la noche para mantenerse fuera de peligro?

Thomas a menudo decía que los búfalos no se acercarían al campamento a menos que fueran provocados. Por truenos o escopetas. Enoch levantó la mirada hacia el cielo. Ninguna nube llenaba el cielo azul. Buenas noticias para ellos.

Thomas quería detenerse pronto para pasar la noche. Si se formaba una tormenta y los búfalos se asustaban, cada persona en la caravana estaría en peligro.

Enoch guió a Champion hacia la caravana que se movía lentamente. Encontró a Thomas hablando con Zechariah.

Su amigo lo saludó con un gruñido y un levantamiento de la mano.

—Thomas, Zechariah. Encontré una manada de búfalos al este del río. Lo suficientemente lejos como para que no sean un problema.

—Bien. —Thomas se secó la frente con el dorso de la mano—. Estoy a punto de dar por terminado el día. Hemos recorrido un buen número de millas hoy. La gente podría necesitar un descanso. Quizá uno o dos días.

Zechariah asintió en señal de acuerdo. —Los carros necesitan arreglos.

—Estoy seguro de que sí —respondió Thomas—. He visto algunas de las ruedas. Necesitan tu ayuda. —Thomas exhaló por la nariz—. No sé qué vamos a hacer sin ustedes cuando nos separemos.

—Lo siento, Thomas. —Zechariah le dio al jefe de la caravana una mirada de pesar—. Sé que necesitas nuestra ayuda. Debemos tallar nuestro propio camino.

—Forjar nuestro propio camino —corrigió Enoch, ocultando su sonrisa detrás de la mano que pasó por su cara.

—Eso es lo que dije. —Zechariah le lanzó una mirada a Enoch, con humor llenando sus ojos.

Enoch se rio. Echaba de menos a su amigo. Desde que mantenía la distancia con Jane, se

había alejado de Zechariah, Dawson y Doc. Eso necesitaba cambiar, pero ¿cómo? —¿Quieres que regrese y le avise a todos?

Thomas negó con la cabeza. —Zechariah y yo podemos hacerlo. Tú adelántate. Así sabremos dónde quieres que acampemos.

Una hora más tarde, los carros formaron un círculo. El sol se deslizaba detrás del horizonte, proyectando tonos de púrpura y azul a través del cielo. Enoch disfrutaba más de esta hora del día. Un momento en que todos se acomodaban para la noche. Preparando la cena, hablando de los acontecimientos del día.

Enoch sabía que estas noches eran limitadas. Pronto, él y sus amigos y los O'Malley dejarían la caravana y viajarían hacia el sur. O tal vez Enoch iría con Thomas. Todavía no había decidido. Tendría que tomar una decisión pronto.

La cena de esa noche fue tranquila. Enoch eligió sentarse con todos en lugar de ocuparse de los animales. Echaba de menos la camaradería que tenía con sus amigos. Aunque apenas hablaron, la paz descendió sobre el campamento.

Las mujeres dejaron a los hombres lavar los platos. Enoch y Doc se ocuparon de Sean, ayudándole a caminar a cierta distancia para atender sus necesidades personales. El hombre caminaba con una ligera cojera mientras usaba un bastón para soportar la mayor parte de su peso. Enoch y Doc estaban allí solo para apoyarlo. El hombre mayor lo hizo bien, pero para cuando regresaron al campamento, líneas de agotamiento llenaban el rostro de Sean, con gotas de sudor brillando en su frente.

Enoch ayudó a Sean a subir a la parte trasera del carro y lo acomodó.

Un retumbar sacudió el suelo mientras un grito perforaba el aire, proveniente de la orilla del río.

Los ojos abiertos de Sean se encontraron con los de Enoch. —Ve a ver a mi hija.

Enoch salió corriendo hacia el sonido, su corazón latiendo tan fuerte como el suelo bajo sus pies.

CAPÍTULO 18



El corazón de Enoch latía con fuerza en su pecho. Las mujeres estaban en el río, de donde procedían los gritos. El temblor de la tierra había disminuido, pero eso no impidió que el pánico se apoderara de Enoch. Algo había ocurrido, y dudaba que fuera bueno.

Forzando sus piernas a moverse más rápido, el pie de Enoch resbaló en el terreno irregular, casi haciéndolo caer de bruces. Se enderezó antes de encontrarse con la hierba bajo sus pies. Correr en la oscuridad quizás no había sido la elección más sabia, pero tenía que llegar hasta Jane. ¿Por qué no había agarrado un farol? Ya no importaba. Sus ojos escrutaron el área alrededor del agua corriente. ¿Dónde estaban?

—¡Enoch! —gritó Delilah, inclinada sobre una figura inmóvil.

Nunca la había escuchado alzar la voz o gritar. El sonido por sí solo lo aterrorizó. En lo profundo de su corazón, Enoch sabía quién había sido herida.

Señor, no.

A través de la oscuridad, Enoch vislumbró un cabello rojizo.

—¡Doc! —gritó por encima del hombro—. ¡Que alguien traiga a Doc!

Las aguas fluían rápidamente junto a la forma inmóvil de Jane. El pecho de Enoch se contrajo. Se le cortó la respiración. Ella no se había movido desde que la vio por primera vez. *Dios, por favor.*

Enoch se arrodilló junto a Jane, su mirada recorriendo su cuerpo. Sus párpados descansaban sobre sus mejillas. A la luz de la luna, buscó cualquier hueso roto o contusión.

—¿Tienes un farol? —preguntó Enoch a Delilah, sin molestarse en mirarla.

—Lo teníamos —El sollozo de Delilah se mezcló con el sonido del agua corriendo—. Fue aplastado por las bestias.

—¿Las bestias? —repitió Enoch—. ¿Los búfalos?

Antes de que Delilah pudiera responder, Doc corrió hacia ellos, con su bolsa balanceándose en su mano.

—¿Qué ha pasado? —exigió, arrodillándose en el lado opuesto a Enoch.

—Estábamos lavando los platos —comenzó Evette, su voz temblando con cada palabra—,

cuando sentimos un temblor en la tierra. Antes de darnos cuenta de lo que estaba pasando, los búfalos vinieron corriendo hacia nosotras.

—Empezamos a correr fuera del camino de la manada, pero dos venían directo hacia nosotras —continuó Delilah por su madre—. Jane estaba detrás de nosotras cuando se acercaron. Nos empujó al río. Cuando miramos atrás, no pudimos verla hasta que los búfalos desaparecieron.

El temor invadió a Enoch. Jane seguía sin moverse desde que Doc había llegado, sin abrir los ojos o mover un solo músculo. Sabía que los animales podían pisotear a las personas hasta matarlas. ¿Sobreviviría Jane a esto? Por su aspecto, Enoch lo dudaba.

Dawson y Zechariah se unieron a ellos, arrodillándose junto a Enoch.

—¿Qué necesitas que haga? —Enoch forzó la pregunta de sus labios—. ¿Cómo puedo ayudar? —Nunca había visto a Doc tan angustiado como ahora.

El hombre levantó los ojos llenos de preocupación hacia Enoch.

—Las damas necesitan secarse. ¿Podrías ocuparte de ellas, por favor?

Por supuesto. Doc no querría a Enoch cerca, no cuando Enoch albergaba amor por Jane. Doc querría ayudarla sin la complicación de tener que ser sensible a los sentimientos de Enoch.

Levantándose, Enoch ofreció una mano a Delilah y Evette. Agarrando sus codos, las guio de regreso al campamento, lanzando una larga mirada por encima del hombro a Doc y Jane.

Ninguno de los dos levantó la cabeza. No esperaba que Jane lo hiciera, pero si sólo Doc le diera a Enoch alguna palabra de aliento, que estaría bien. Doc probablemente no conocía aún la extensión de sus lesiones.

Los dientes de Delilah castañeteaban a su lado. Enoch aclaró su garganta y continuó.

—Lo siento. Vamos a calentarlas, señoritas.

—¿Estará bien? —La voz de Delilah estaba impregnada de preocupación.

—No lo sé —Enoch mantuvo su tono lo más ligero que pudo—. Está en buenas manos con Doc.

Delilah sorbió de nuevo, limpiándose debajo del ojo con su mano libre.

—No puedo creer que hiciera eso.

—Es quien es, querida —dijo Evette a través de sus propias lágrimas—. A menudo se sacrifica por el bien de los demás. Es la razón por la que vino hasta aquí.

—Lo sé —Enoch tuvo que inclinarse para oír a Delilah—. Aun así, no puedo creerlo. Si no lo logra, nunca me lo perdonaré.

—No digas eso —soltó Enoch. El arrepentimiento lo invadió—. Lo siento. No debí decir eso.

El resplandor de la fogada los recibió. Thomas los encontró, con las cejas fruncidas en preocupación.

—¿Qué ha pasado?

Evette volvió a contar la historia. Enoch las dejó con Thomas y tomó dos mantas. Se las puso sobre los hombros y se volvió hacia Thomas.

—Necesito hablar con Sean y ponerlo al tanto de lo que ha ocurrido en caso de que no haya escuchado a Evette.

El hombre mayor no se había movido de la carreta. Yacía de espaldas, con las manos entrelazadas sobre el estómago, ojos cerrados.

—Sean —susurró Enoch.

—Escuché, muchacho —Sean entreabrió un ojo.

—Doc está con ella.

Sean se levantó sobre sus codos, gruñendo hasta sentarse.

—Está en buenas manos entonces.

Enoch bajó la barbilla hacia su pecho. Jane siempre estará en buenas manos con Doc. La amará hasta el día de su muerte. El tipo de amor que ella merecía.

—¿Es tan malo, Enoch? —El acento irlandés de Sean atrajo su mirada hacia el hombre mayor.

—No lo sé. No había recobrado el conocimiento antes de que me fuera. Pero no estuve allí mucho tiempo.

A través de la espesa barba de Sean, sus labios se curvaron hacia abajo.

—Me sorprende verte aquí arriba.

—Evette y Delilah necesitaban calentarse. Le pregunté a Doc qué necesitaba, y eso fue todo.

—¿No podía encargarse alguno de los otros muchachos? Te necesita, muchacho, ahora más que nunca —Sean lo atravesó con una mirada—. Vuelve allá.

Enoch apoyó sus brazos sobre el costado de la carreta.

—Ahora tiene a Doc. Es a él a quien necesita. Yo solo seré una distracción y un estorbo.

—¿Qué te hace decir eso? Te ama, sí que lo hace.

Enoch tragó el nudo que amenazaba con ahogarlo.

—Ya no creo eso, Sean.

Sean golpeó con su mano las tablas de madera de la carreta.

—Deja de decir tonterías. ¿Cómo puedes decir eso? He visto con mis propios ojos las miradas que te da.

Enoch agachó la cabeza. Sean no había escuchado lo que él. No vio las miradas que Doc y Jane se daban en la tienda del fuerte. No sabría que Doc ganó el corazón de Jane mientras Enoch había estado luchando con el Señor.

—Han pasado muchas cosas, Sean. Ahora no es el momento de hablar de ello. Tenemos que concentrar todos nuestros esfuerzos en rezar por ella, para que despierte.

—Lo estoy haciendo, muchacho. Créeme —El aire escapó de Sean, sus hombros deshinchándose ante los ojos de Enoch. El hombre parecía haber envejecido diez años—. Será culpa mía si no lo logra.

—¿Provocaste tú que los búfalos se desbocaran? —Enoch arqueó una ceja hacia el padre de Jane.

—Sabes que no. La hice venir conmigo, la hice salir de la seguridad de Independence. Si no fuera por mí y mi egoísmo, Jane estaría a salvo.

—Hmm —Enoch mantuvo la mirada de Sean. El dolor en los ojos del hombre casi deshizo a Enoch—. Me parece que el Señor guía tus pasos. ¿No es eso lo que me has estado diciendo?

—Así es, ciertamente —Sean asintió con la cabeza—. Pero eso no significa que a veces no demos un paso en falso.

—¿Crees honestamente que no deberías haber dejado Missouri?

Sean exhaló un pesado suspiro.

—No. No lo creo. Lo sabes tan bien como yo.

—Así es —Enoch apretó el hombro del hombre—. Todo lo que podemos hacer ahora es rezar y esperar. Estoy seguro de que Doc la traerá aquí pronto.

—Siempre que Janey no tenga huesos rotos.

—A ti te movieron con una pierna rota —le recordó Enoch a Sean—. Doc no hará nada que la ponga en peligro, pero necesita un mejor espacio para atender sus necesidades.

Como si los pensamientos de Enoch lo hubieran conjurado, Doc apareció, señalando hacia la carreta.

—Sean, voy a necesitar la carreta.

Enoch ofreció su mano a Sean y guio al hombre fuera de su cama improvisada. Zechariah y Dawson tenían sus brazos entrelazados, formando una especie de camilla. Enoch sabía que Doc era brillante, pero su respeto por su amigo creció exponencialmente.

Tal como Enoch esperaba, Doc cuidaba bien de Jane. Aunque el corazón de Enoch se hacía añicos ante la idea de no ser él quien pasaría el resto de su vida con ella, sabía que estaría en buenas manos. El cuidado atento de Doc, llevándola de regreso al campamento con la mayor facilidad posible, lo demostraba.

—Doc, ¿cómo está? —preguntó Sean, apoyándose contra el costado de la carreta.

Doc se arrodilló al lado de Jane.

—Estoy preocupado por su brazo. Cuando la movimos, gritó de dolor y se llevó la mano al brazo izquierdo. Puede tener costillas rotas, pero no lo sabré hasta que despierte. Tampoco sé si tiene lesiones internas. Hay un gran bulto en la parte posterior de su cabeza. Y uno aquí —Doc señaló la sien de Jane. Doc se pasó la mano por el pelo, la frustración se filtraba a través de su expresión—. Podría ser la razón por la que no ha recuperado la conciencia. Necesito que despierte.

Enoch se alejó de la carreta, dejando a los hombres atender a Jane. Se marchó pisando fuerte del campamento, con el estómago retorciéndose en nudos. Parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con deslizarse por su rostro, Enoch cayó de rodillas, desmoronándose sobre la tierra. Nunca había llorado por una mujer. Nunca había amado a una lo suficiente. Hasta

ahora. Hasta Jane.



El dolor atravesaba las costillas y el brazo de Jane. Con los ojos cerrados, gimió. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado?

—Shh —susurró una suave voz masculina a su lado. Una mano gentil apartó el cabello de su frente—. Vas a estar bien. Doc se está encargando de cuidarte.

Jane intentó abrir los ojos, ver el rostro de su guardián. Anhelaba que fuera Enoch. Él no le había hablado mucho desde que lo vio en la tienda del fuerte.

¿Por qué no podía abrir los ojos? Una lágrima se deslizó por su rostro. ¿Cómo podía llorar y no ser capaz de abrir los ojos? ¿Qué le pasaba?

—No llores, cariño —susurró la voz, su aliento calentándole la cara—. Todo va a estar bien. Ya verás.

¿Ya verá? El fuego ardía por todo el cuerpo de Jane, el dolor la presionaba por todas partes. Su cabeza palpitaba, su brazo izquierdo no se movía, sus costados dolían como si un elefante los hubiera pisoteado. ¿Cómo iba a estar bien?

Jane no tenía respuestas, y su cuerpo no cooperaba con su mente. Todo lo que quería era abrir los ojos, ver el rostro de Enoch. Pero no. Sus párpados permanecían pegados. El plomo pesaba en sus extremidades, impidiéndole moverse.

Un metal separó sus labios, y un líquido bajó por su garganta. Hizo una mueca. La amargura envió escalofríos por todo su cuerpo. ¿O era algo completamente diferente?

Jane no lo sabía. En ese momento, no le importaba. Todos sus pensamientos se desvanecieron mientras sucumbía al agotamiento que la reclamaba.

Las voces sacaron a Jane de su sueño.

—¿Qué quieres decir con que os vais?

—Por favor, bajen la voz —respondió una mujer. Probablemente Delilah o Evette.

—Lo siento, Sean —dijo alguien más desde lejos—. Tenemos que seguir moviéndonos o no podremos cruzar las montañas. Nos hemos quedado demasiado tiempo tal como está.

—De todos modos planeábamos separarnos —¿Thomas? ¿Era él quien hablaba con el padre de Jane?—. Ahora es el mejor momento para hacerlo. Podéis dirigiros al sur. Todavía estamos en el territorio de Missouri. Hay algunos pueblos que necesitan gente decente para ayudarles a crecer. He oído hablar de un pueblo, Silver Springs. No está muy lejos de aquí.

Un martillo golpeaba contra el cráneo de Jane. Gimió, abriendo un ojo con esfuerzo. La luz envió oleadas de fuego a través de su cabeza. Cerró el párpado. El silencio descendió sobre quienquiera que estuviera hablando.

—¿Se está despertando? —Jane reconoció el acento irlandés de su padre.

—Si es así, ¿significa que no os iréis? —las suaves palabras de Delilah llegaron hasta Jane.

¿Irse? ¿Quién se iba? ¿Era de eso de lo que hablaba su padre?

Los pensamientos de Jane giraban como el tornado al que se habían enfrentado. Las palabras no tenían ningún sentido para ella. Sabía que debían separarse del resto de la caravana, pero eso no sería hasta dentro de una semana o dos, ¿verdad?

Alguien presionó el dorso de su mano contra la frente de Jane. El fresco contacto de su piel calmó el calor que cubría su cara y cuerpo. Un calor del que no se había dado cuenta hasta ese momento. Los dientes de Jane castañeteaban. ¿Era posible estar caliente y fría al mismo tiempo?

—No lo creo —Jane se esforzó por reconocer la voz—. Jane ha estado gimiendo intermitentemente desde el accidente.

¿El accidente? ¿Qué accidente? Jane hurgó en su memoria. Nada le vino a la mente. ¿De qué estaba hablando todo el mundo? ¿Por qué no podía recordar?

Algo frío y húmedo recorrió el rostro de Jane.

—Debería estar despertando pronto —¡Doc! Reconoció la voz del doctor—. Estoy haciendo todo lo posible para que esté cómoda.

—Sé que lo estás haciendo, muchacho —El suspiro de su padre sonaba cansado—. Todo lo que podemos hacer es rezar y esperar.

—No tengo tiempo para esperar —Thomas, ahora estaba segura, respondió—. El resto nos vamos al amanecer. Lo siento, Sean.

Unos pasos se alejaron de donde ella yacía.

—Rezaremos para que Jane despierte y quizás podamos alcanzar al resto de la caravana.

—No, muchacho. Déjalos ir —La voz de su padre sonaba más cercana. Una mano áspera perteneciente a su padre agarró los dedos de Jane—. Es hora de seguir caminos separados. No te culparé si quieres continuar con ellos. Yo puedo quedarme y cuidar de mi hija.

—Sean —respondió Enoch—. Acordamos permanecer juntos. Eso es lo que haremos.

¡Enoch! El corazón de Jane golpeó contra su esternón. Tenía que estar cerca de ella. Su voz la envolvió como una manta cálida, aliviando el dolor profundo en su pecho.

Oh, ¿por qué no podía abrir la boca y hablarle?

La frustración se acumuló dentro de ella. Su cuerpo tembló, hormigueos subían y bajaban por su brazo.

—¡Doc! ¿Por qué está convulsionando? —El miedo llenó la voz de Enoch.

¿Lo estaba? Jane no lo sabía. Su mente quedó en blanco mientras la oscuridad la agarraba una vez más.

—Por favor, Señor, haz que Jane se mejore.

Jane se quedó inmóvil al escuchar las palabras que salían de Enoch. Ahora reconocía su voz, aunque no pudiera comprender completamente lo que sucedía a su alrededor.

—La amo, Señor. Sé que no me corresponde amarla, pero haré cualquier cosa que me pidas si la curas. Usa el conocimiento médico de Doc para eliminar la fiebre, las convulsiones —Sorbió,

su mano apretando la de ella—. Prometo dejar que construyan una vida juntos en paz. Los veré establecidos antes de irme. Pero por favor, por favor, cúrala.

Los ojos de Jane se abrieron lo suficiente para ver a Enoch limpiarse las lágrimas. Sus párpados se cerraron, demasiado pesados para permanecer abiertos. Escuchó, sin permitirse caer bajo la oscuridad que se cernía sobre ella.

—Dios, sé que no tengo derecho a pedirte nada. Me diste todo lo que necesitaba en el sacrificio de Tu Hijo. Aun así, has dicho que vengamos con confianza al trono de la Gracia. Así que vengo, rogando y suplicándote que cures a la mujer que siempre amaré, aunque ella no me ame a cambio. Por favor, Dios...

Las palabras de Enoch se desvanecieron mientras la oscuridad la envolvía una vez más.

La lengua de Jane se pegó al paladar. El fuego que una vez ardía por todo su cuerpo se alivió. Los escalofríos ya no la invadían.

—Agua —graznó.

Alguien soltó su mano.

—¿Jane?

Con toda la energía que pudo reunir, Jane abrió los ojos. La oscuridad la rodeaba. No por el sueño, sino la oscuridad real por la falta de sol.

—¿Agua? —pidió de nuevo.

—¡Doc! ¡Sean! —gritó Enoch por encima del hombro—. ¡Está despierta!

—¿Enoch? —Jane levantó su mano derecha—. ¿Agua?

—Lo siento.

Jane se concentró en la silueta del hombre a su lado. No podía distinguir sus rasgos, pero ya los conocía de memoria. Pelo oscuro despeinado, ojos marrones intensos, barba incipiente en su mandíbula cuadrada. No necesitaba la luz de un fuego o la claridad del día para saber cómo era el hombre. Lo tenía memorizado desde el principio de su viaje.

Enoch volvió hacia ella, levantando su cabeza con tal delicadeza que le trajo lágrimas a los ojos.

—Aquí tienes.

El frío liberó el algodón de la parte superior de su boca.

—Mmm —Tragó el líquido, abriendo la boca para más.

El labio de Enoch se crispó.

—No demasiado ahora. No queremos que te enfermes.

—¿Está despierta? —Su padre se abrió paso hasta su lado—. Hija —su voz se quebró mientras inclinaba la cabeza.

Doc se le acercó después, líneas de preocupación cruzando su frente.

—Has decidido unirte a la tierra de los vivos —Le ofreció una tensa sonrisa—. Bienvenida de

vuelta. ¿Cómo te sientes?

—Cansada —Jane permitió que Enoch volviera a recostar su cabeza—. ¿Qué pasó?

—Te atropellaron unos búfalos. Algunas costillas rotas, un brazo roto, una contusión en el cráneo, seguido de fiebres, infecciones, convulsiones —Doc deslizó su mano sobre el rostro de ella—. Me alegra anunciar que tu fiebre finalmente ha bajado. Tú, querida Jane, estás mejorando.

—Bien —murmuró ella.

—¿Tienes hambre? —preguntó Doc, inclinándose sobre ella, estirando ampliamente un párpado.

—No. Solo cansada.

—De acuerdo. Descansa. Te veremos por la mañana.

Jane cerró los ojos, sintiéndose un poco mejor que la última vez que despertó. ¿Habría escuchado Dios la oración de Enoch? ¿Qué quería decir con que la dejaría en paz?

Jane no se dio la oportunidad de reflexionar sobre ello. El sueño la consumió una vez más.

CAPÍTULO 19



Bennet exhaló un suspiro de alivio y se dejó caer en el tronco cerca del fuego. Entrelazó las manos entre sus piernas, dejando caer la cabeza. La tensión que llevaba acumulada desde el accidente de Jane, una semana atrás, se fue drenando de su cuerpo, dejándolo exhausto y agotado.

No había sido el único encargado del cuidado de Jane. Dawson, Zechariah, Sean y Enoch también habían ayudado. Todos se turnaron para permanecer despiertos por la noche. Aunque ninguno tan dedicado como Enoch, quien prácticamente había permanecido al lado de Jane durante todo el tiempo que estuvo enferma. Solo cuando Bennet se acercaba, él se marchaba.

Las acciones de Enoch confundían a Bennet, pero no tenía tiempo para meditar sobre ellas. No mientras se aseguraba de que Jane recibiera los cuidados adecuados y evitaba que la fiebre consumiera su cuerpo. Si la temperatura subía demasiado, temía que pudiera quedar con daños permanentes.

Tal como estaba, Bennet desconocía el alcance de sus lesiones. Cuando despertara, podría preguntarle cómo se sentía, qué le dolía y qué le causaba más molestias.

Bennet hizo todo lo posible por su brazo roto. Cuando lo colocó en su lugar, ella gritó de agonía. No le sorprendió que no despertara. La fractura había sido grave.

El tronco se movió bajo su peso. Bennet levantó la cabeza cuando una mano apretó su hombro.

—Gracias.

—No hice nada más que lo que todos ustedes estaban haciendo —Bennet dio unas palmaditas a los gruesos dedos de Sean—. El Señor tuvo a bien sanarla en este lado del cielo.

—Créeme, muchacho. Estoy agradeciendo a nuestro Creador tanto como tú —las lágrimas brillaban en los ojos verdes de Sean.

—¿Cómo va la pierna? —Bennet señaló con la barbilla la pierna extendida de Sean.

—Mejorando. Puedo conducir el carromato cuando des el visto bueno de que Jane está lo suficientemente fuerte para viajar.

—Por la mañana tendré una mejor idea de sus lesiones. Para mañana por la noche deberíamos saber cuándo podemos partir —Bennet exhaló y se encogió de hombros—. Estoy agradecido de

que haya recuperado la consciencia.

—¿Qué hubiera pasado si no lo hacía?

Bennet tragó saliva, conteniendo la emoción que amenazaba con ahogar su garganta.

—No quiero responder a eso.

El lento asentimiento de Sean reveló que ya conocía la respuesta.

—Alabado sea el Señor porque no necesitamos averiguarlo.

—Amén.

—Necesitas descansar, Doc —Sean le apretó el hombro, un gesto paternal que Bennet no pasó por alto—. Has hecho todo lo que podías y has dormido muy poco.

—Ninguno de nosotros ha dormido bien —Bennet miró alrededor al pequeño grupo de personas.

Dawson guardaba los platos de la cena. Zechariah estaba tendido en su petate. Enoch permanecía al lado de Jane, con los hombros temblorosos.

La garganta de Bennet se tensó. Él y Enoch habían sido amigos durante mucho tiempo. Ni una sola vez había visto a su amigo llorar por una mujer. Cuando Daniel murió, Enoch derramó lágrimas, pero no solo por el dolor.

Desde el accidente de Jane, Enoch no contenía sus emociones.

Lo que planteaba muchas preguntas a Bennet.

—La ama.

Bennet no necesitaba preguntar a quién se refería Sean. Ya sabía la respuesta.

—La ha amado durante meses.

—El muchacho ni siquiera sabía cuánto hasta que pensó que la había perdido.

—No entiendo a mi amigo. Lo conozco desde hace dos años. Me ha confiado la tragedia que ha sufrido. Cómo ha estado con Jane últimamente me ha confundido —Bennet apartó la mirada de su amigo y la dirigió a las llamas danzantes del fuego—. Ojalá supiera qué está pensando.

—¿No te lo ha dicho entonces? —Sean se removió en el tronco, haciéndolo temblar bajo ellos.

Bennet negó con la cabeza.

—¿Qué se supone que debía decirme?

—Le dije que necesitaba hablar contigo. El muchacho es testarudo, eso es.

Bennet resopló.

—¿Hasta ahora te das cuenta? —Su risa sin humor cayó en seco—. Pensé que eras más listo que eso.

Sean se rió entre dientes.

—Me lo merezco, sí. No, muchacho, he sabido que es testarudo —Un suspiro largo y

profundo dejó escapar el hombre gigante a su lado—. Él debería ser quien te lo dijera, pero como no lo ha hecho, será mejor que lo haga yo.

—¿Decirme qué? —Bennet se enderezó—. ¿Qué secreto ha estado guardando Enoch?

—No es un secreto, Doc —Sean le lanzó una mirada de reojo—. Un malentendido, si me preguntas. Él cree que amas a mi hija.

—La amo —confesó Bennet. Ante los ojos abiertos de Sean, se rio entre dientes—. Como a una hermana.

—Ah, es como pensaba.

Bennet se enderezó, cayendo en la cuenta.

—Espera un momento. ¿Enoch pensaba que la amaba, como para casarme con ella?

Sean inclinó la cabeza en un asentimiento.

—¿Por eso ha estado actuando tan extraño? ¿Dejando a Jane cuando me acerco, dándome tiempo a solas con ella?

—Es como dices.

—¿Qué diablos le dio una idea tan absurda?

—Ah, muchacho, eso tendrás que preguntárselo a él —Sean se levantó del tronco y le miró de frente—. Creo que es hora de que lo envíe aquí, para que pueda sentarme con mi hija.

—Sean —Bennet lo detuvo agarrándole la muñeca—. ¿Estás seguro? ¿No habrás malinterpretado una conversación?

Sean negó con la cabeza.

—Estoy seguro.

—Entonces sí, por favor envía a mi ridículo amigo aquí, para que pueda aclarar las cosas con él.

Sean se alejó cojeando, apoyándose pesadamente en su bastón. El hombre mayor seguía sorprendiendo a Bennet. Había dormido en el duro suelo desde las lesiones de Jane, hacía tanto trabajo como el resto de ellos, todo mientras cuidaba de una pierna rota. Si Bennet tuviera la mitad de la energía y la fuerza del hombre a la edad de Sean, sería un hombre feliz.

Bennet observó a Sean mientras este apretaba el hombro de Enoch. Sería un buen padre para Enoch. Uno que su amigo necesitaba desesperadamente.

Enoch se dirigió a donde Bennet estaba sentado, tomando asiento en el tronco junto a él en lugar del sitio que Sean acababa de dejar vacante. Le lanzó una mirada fulminante a la espalda del irlandés.

—¿Te molesta algo? —Bennet estudió a su amigo, mordiéndose el interior de la mejilla para evitar sonreír. Conocía a Enoch lo suficientemente bien como para saber que su amigo no quería separarse de Jane, ni siquiera por su padre.

—No —gruñó Enoch—. Estoy bien.

—Me alegro de que la fiebre haya desaparecido y que haya despertado —Bennet estiró las

piernas y las cruzó por los tobillos—. Estaba preocupándome.

Las cejas de Enoch se fruncieron, proyectando sombras a la luz del fuego.

—Yo también.

—Escuché algo que creo que deberíamos discutir.

Enoch giró la cabeza en dirección a Bennet.

—¿Ah, sí?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Enoch —Bennet se cruzó de brazos sobre el pecho—. Sabes que puedes contarme cualquier cosa. No estoy aquí para juzgarte. Puede que cuestione tus decisiones y procesos de pensamiento de vez en cuando, pero siempre te diré la verdad.

—Lo sé —Enoch inclinó la cabeza—. ¿A qué quieres llegar, Doc?

—¿Cómo puedes pensar que amo a Jane?

Los ojos de Enoch se estrecharon, su mandíbula tensándose.

—Te oí decirlo.

—¿Cuándo? —Bennet inclinó la cabeza. No recordaba haberle dicho nada a Enoch sobre sus sentimientos por Jane. Principalmente porque no tenía ese tipo de sentimientos por ella.

—Cuando tú y Jane regresaban del fuerte —Enoch sostuvo la mirada de Bennet—. Dijiste que la amabas.

—Eres un idiota —Bennet se rio. Sus hombros se agitaron, la risa apoderándose de su cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás, la carcajada haciéndose más fuerte, liberando el estrés que llevaba tanto tiempo acumulando.

—¿De qué te estás riendo? —Zechariah se dio la vuelta, apoyándose en un brazo.

—Sí, ¿qué está pasando? —Dawson se dejó caer en el suelo junto a ellos.

—Este idiota cree que me he enamorado de Jane.

Dawson resopló. Los labios de Zechariah se curvaron en las comisuras.

—¿Por qué es tan gracioso? —La mirada de Enoch los recorrió—. No entiendo.

—Enoch —Bennet se limpió las lágrimas de los ojos—, Jane y yo estábamos hablando de mis sentimientos por Delilah. Ella me dijo que me amaba como a un hermano, y yo confirmé mi amor por ella como hermana.

La boca de Enoch se abrió.

—¿Como una hermana?

—Sí. Ya sabes. ¿Como amo a mi propia hermana?

Enoch lo señaló.

—¿Me estás diciendo que no amas a Jane como un hombre ama a una mujer?

—No, zopenco —Bennet volvió a reír—. ¿Me estás diciendo que has estado cabizbajo todo

este tiempo porque creías que te estaba robando a tu chica?

—Lo oí con mis propios oídos, Doc —Enoch se pasó la mano por la cara—. ¿Qué se suponía que debía pensar?

Bennet se puso serio.

—Se suponía que debías pensar mejor de mí. Nunca te haría eso. Deberías saberlo a estas alturas.

Enoch agachó la cabeza.

—Sé que no lo harías. No merezco su amor. Puedo ver por qué te elegiría a ti antes que a mí. Eres todo lo que yo no soy.

—Exactamente —Bennet puso los ojos en blanco—. No soy tú. Por eso te ama a ti y no a mí.

—¿Crees que me ama?

—¡Sí! —dijeron los tres al unísono.

Por primera vez en semanas, la esperanza iluminó los ojos de Enoch.

—Bueno, supongo que tengo una pregunta que hacerle mañana.

Dawson gimió.

—Más vale que ores primero, zopenco.

—Lo haré —La sonrisa de Enoch le partió la cara.

Una hora después, Bennet yacía en su petate, pensando en el ridículo comportamiento de su amigo. Si tan solo hubiera tenido la misma suerte con Delilah. Si tan solo ella correspondiera a sus sentimientos. Bennet se giró sobre su costado. ¿Estarían Delilah y Evette a salvo? ¿Atendería Thomas sus necesidades como lo había hecho Bennet?

No lo sabía. Y como ella lo había rechazado, Bennet tenía que dejarla ir. Si tan solo su corazón no se aferrara tan fuertemente.

Enoch despertó a la mañana siguiente con el corazón ligero. La oscuridad cubría la tierra, sus amigos dormían profundamente por primera vez en una semana.

Enoch avivó el fuego y puso café. Todos habían estado bebiendo el líquido caliente para mantenerse despiertos y vigilar a Jane. Pronto se quedarían sin provisiones. Necesitaban dirigirse a un pueblo para abastecerse, y pronto.

Silver Springs. Thomas había mencionado el pueblo antes de guiar la caravana más hacia el Oeste. ¿Estarían sus amigos y los O'Malley de acuerdo en viajar al pueblo de montaña?

A Enoch no le importaba, siempre y cuando tuviera a Jane con él.

Jane.

Enoch permitió que su mirada viajara hacia donde Sean estaba sentado junto a su hija en la parte trasera del carromato. Había mantenido vigilia toda la noche. Tal vez dejaría que Enoch lo

relevara. Al menos para que Sean pudiera descansar.

Mientras esperaba que el café terminara de hacerse, Enoch sirvió dos tazas y caminó de puntillas hacia Sean. Extendió una taza a su amigo y mentor.

—Gracias, muchacho —Sean sopló sobre la taza y luego tomó un sorbo—. No está mal. Has mejorado.

Enoch se rio entre dientes.

—He practicado. ¿Cómo está ella?

La mirada de Sean recorrió la forma dormida de Jane.

—Mejor. Despertó una o dos veces. Bebió agua.

—Bien —Enoch alcanzó la taza de Sean—. ¿Por qué no descansas un poco? Yo me quedaré con ella.

—Pensé que nunca lo pedirías —Sean se deslizó fuera del carromato, agarró su bastón y se alejó.

Enoch se acomodó junto a la forma dormida de Jane. No podía apartar los ojos de ella. Sus pestañas descansaban contra su pálido rostro, sus pecas más prominentes contra la blancura de su piel. Su pecho subía y bajaba con respiraciones uniformes. Respiraciones que apenas dos días antes le costaba tomar.

Enoch cerró los ojos y exhaló.

—Gracias, Dios, por sanarla.

—Él dice que de nada.

Enoch dirigió su mirada al rostro sonriente de Jane.

—Estás despierta.

—Estoy despierta —Jane se movió, el dolor llenando sus ojos.

—No te muevas demasiado, Janey —Enoch apoyó su mano en el brazo bueno de ella—. Tienes bastantes heridas.

—Mi brazo, veo, está roto —Jane arrugó la nariz ante la tablilla—. ¿Mis costillas también?

Enoch asintió.

—El búfalo te dejó malherida.

—El búfalo —repitió Jane—. Oh. Ahora recuerdo lo que pasó.

—Estuviste bastante mal por un tiempo —Enoch apretó la mandíbula—. No sabíamos si lo lograrías.

—Me alegro de haberlo hecho.

—Doc te cuidó bien —Enoch tragó los celos que surgían en su pecho. Los celos innecesarios, según lo que sus amigos le habían dicho.

—Por lo que dice mi padre, todos lo hicieron. Especialmente tú.

—Temía haberte perdido para siempre.

—¿Perderme? —La confusión llenó los ojos de Jane—. ¿Qué quieres decir?

—Han pasado muchas cosas, Janey —La humedad nubló la visión de Enoch. ¿Cuándo dejaría de llorar como una mujer? Sorbió y aclaró su garganta—. He encontrado la fe.

—Lo sé —La sonrisa de Jane iluminó el corazón de Enoch. Como el sol iluminando el cielo temprano de la mañana—. Vi la diferencia en ti —Su sonrisa se deslizó, dejando paso al dolor—. Sin embargo, no entiendo qué pasó entre nosotros.

Enoch movió su mandíbula de lado a lado.

—Esta parte es algo difícil para mí —Se frotó la mano por la cara y sobre la barbilla—. Yo, eh, pensé que tú y Doc tenían sentimientos el uno por el otro.

Jane soltó una carcajada, el arrepentimiento llenando su rostro mientras su mano volaba a su costado.

—¡Ay! ¿Y qué?

Enoch le explicó lo que había escuchado.

La comprensión iluminó el rostro de Jane.

—¿Por qué no hablaste conmigo sobre esto? ¿O con Doc?

—No quería interponerme en tu camino —Enoch dejó su taza, acunando la mano de ella entre las suyas—. Mereces mucho más que yo. Pensé que con Doc siendo un hombre de Dios, lo querrías a él. Es un buen hombre, Jane. No quería interponerme si él había robado tu corazón.

—El único que ha robado mi corazón eres tú, Enoch Harden —El rosa tiñó las mejillas de Jane—. Por eso no podía acercarme demasiado a ti. No podía interponerme entre tú y Dios.

—Lo sé. Lo que me hace amarte aún más.

Las lágrimas llenaron los hermosos ojos verdes de Jane.

—¿Todavía me amas?

—Más de lo que jamás creí posible —Enoch limpió una lágrima perdida con la yema de su pulgar—. Creo que te amé desde el momento en que te vi cojear hacia el hotel en Independence.

Jane inhaló bruscamente.

—¿Qué?

—Te vi después de la iglesia ese domingo. Estabas cojeando, y pude ver que tenías este fuego dentro de ti —Los ojos de Enoch buscaron los de ella—. Desde ese momento, captaste mi atención. No podía dejar de pensar en ti.

—Oh, Enoch —Jane sorbió—. No puedo creer que pensaras que podría tener sentimientos por Doc. Es como un hermano para mí.

—Ahora lo sé —La vergüenza llenó a Enoch—. Lamento la forma en que te traté recientemente. Dejé que mi dolor guiara mis acciones.

—Te perdono, Enoch. Siempre y cuando me prometas una cosa.

Enoch levantó la mano buena de ella hasta su boca, rozando sus labios sobre el dorso de su mano.

—Lo que sea.

—Si alguna vez dudas de lo que siento por ti, por favor, habla conmigo. No quiero tener nunca más un malentendido como este.

—Lo prometo —Enoch deslizó su mano sobre la frente de ella, su pulgar recorriendo el costado de su cara—. Te besaría ahora mismo, pero voy a esperar hasta que estés mejor.

—Eso ciertamente me da un incentivo para mejorar rápido —El humor llenó los ojos de Jane —. Te amo, Enoch.

—Yo también te amo, Janey. Descansa.

Enoch permaneció al lado de Jane hasta que sus amigos comenzaron a moverse. La dejó descansar y los ayudó a preparar el desayuno. Por fin, todo estaba bien en su mundo. Apenas podía esperar el día en que pudiera hacer de Jane O'Malley su esposa.

CAPÍTULO 20



Jane experimentaba emociones encontradas. Con todos los miembros de la caravana ya ausentes, el campamento tenía mucho menos risas, movimiento y ruido. Aunque apreciaba la tranquilidad, también extrañaba la interacción con sus amigos. No había podido despedirse de Evette y Delilah. Ellas ni siquiera sabían si estaba viva o muerta.

—Todavía no entiendo —Jane se deslizó hasta el borde de la plataforma de la carreta—. ¿Por qué Thomas no esperó a que me recuperara?

—Estuviste inconsciente una semana, hija —Papá le sujetó el codo con su mano y la ayudó a poner los pies en el suelo—. Aunque el verano apenas está comenzando, para cuando la caravana llegue a las montañas, si cae nieve, no podrán cruzarlas con facilidad.

Las piernas de Jane temblaron bajo su peso. Había pasado tanto tiempo caminando con las mujeres que no estaba acostumbrada a que sus piernas cedieran por la debilidad. Jane se aferró al brazo de su padre. Él se tambaleó a un lado y se sujetó de la carreta para estabilizarse.

—Lo siento, papá. Olvido que tienes una pierna rota. No deberías estar ayudándome.

—Envié a los hombres a cazar. Necesitamos carne antes de partir mañana.

—Creo que escuché a Thomas decir algo sobre un pueblo no muy lejos de aquí.

Papá la ayudó a sentarse en el tronco cerca del fuego.

—Silver Springs —su padre le sirvió una taza de café—. Es un pueblo de montaña.

Jane estiró las piernas frente a ella, moviendo los dedos de los pies dentro de sus botas. Los rayos del sol caían sobre su rostro. Su mamá solía animarla a usar sombrero durante los meses de verano, para evitar que el sol le diera más pecas. Aun así, nada se sentía tan bien como la calidez en sus mejillas.

—¿Cómo se siente tu brazo?

Jane aceptó la taza de líquido caliente con su mano buena.

—Duele. No voy a mentir. Peor que cuando me torcí la muñeca.

—Te lo rompiste.

Jane alcanzó la taza de su padre para que él pudiera usar ambas manos para acomodarse en el tronco junto a ella.

—No lo rompí yo. Lo hizo el búfalo.

Los labios de su padre se estiraron en una sonrisa.

—Eres una heroína para muchos, Janey.

Jane negó con la cabeza.

—Solo hice lo que cualquiera hubiera hecho. Me alegro de que no sufrieran daño.

—Delilah estaba desesperada de preocupación. Evette también —papá le dio palmaditas en la pierna—. Me alegro de que solo hayas sufrido heridas leves. No podría vivir conmigo mismo si hubieras resultado gravemente herida. O muerto.

—¿Provocaste tú la estampida de búfalos? —Jane lanzó una mirada de reojo a su padre—. Solo entonces te culparía.

—Yo te hice venir conmigo, Janey —los hombros de papá cayeron—. No tenías que hacerlo. Tenías una vida en Missouri.

—Quería venir contigo, papá. No me obligaste —Jane dejó su taza en el suelo áspero y tomó la mano de su padre—. Me alegro de que nos fuéramos. Como dijiste, necesitábamos un cambio. Gracias a tu idea, hemos conocido a personas increíbles. No cambiaría nada.

—¿Un cierto joven tiene algo que ver con eso? —los ojos de papá brillaron en la luz de la tarde.

El calor subió por el cuello de Jane, llegando a sus mejillas.

—Quizás. ¿Por qué no me contaste sobre su entrega al Señor?

Papá se rascó un lado de la cara. Su barba necesitaba un recorte. ¿Acaso no había atendido sus necesidades personales mientras ella estaba inconsciente?

—No era noticia mía para compartir, hija.

—¿Por qué tardó tanto en compartirlo conmigo? ¿Y cómo pudo pensar que yo tenía sentimientos por Doc? —Jane sacudió la cabeza, su trenza balanceándose de un lado a otro por su espalda—. Es completamente absurdo.

—Eso le dije yo —papá se rió—. Cuando escuchó a Doc decirte que te amaba, asumió que conocía toda la historia.

—Pobre Doc —Jane se puso seria—. ¿Le pidió a Delilah que se quedara y se uniera a nuestro grupo?

—No tuve acceso a esa información —papá se encogió de hombros—. Por lo que vi, no fue una despedida fácil.

—Oh, papá —Jane parpadeó para alejar la sensación de ardor detrás de sus ojos—. Me rompe el corazón. Sé que estaba desarrollando sentimientos por Delilah. No entiendo por qué no se quedaron con nosotros. ¿Qué tenían en Oregón que no podían abandonar?

Papá apretó la mano de Jane.

—No nos corresponde juzgar o condenar, Janey. Tal vez ella no sentía por Doc lo mismo que él por ella.

—Ojalá hubiera tenido tiempo de hablar con ella antes de que se fueran.

—Quizás algún día Dios te dará los medios para volver a veros —papá se levantó del tronco y cojeó hasta la parte trasera de la carreta—. No sé si los muchachos traerán carne, pero tendremos que preparar algo para la cena.

—Puedo hacerlo yo, papá —Jane se puso de pie, manteniendo el brazo apretado contra su pecho. Doc le había entablillado el brazo y lo había envuelto en un cabestrillo, similar a cuando se lastimó la muñeca. Desafortunadamente, tenía menos movilidad que antes—. ¿Qué provisiones nos quedan? Deberíamos tener bastante ya que compramos más en la tienda.

—Nos quedamos más tiempo del que anticipamos y usamos bastante. Por eso necesitamos partir mañana —papá rebuscó en la caja—. Dime cómo hacer galletas y haré lo que me indiques.

Jane levantó una ceja hacia su padre.

—¿Seguirás mis instrucciones? ¿Por qué lo dudo por alguna razón?

Papá se rio.

—Haré lo mejor que pueda. ¿Qué te parece?

Jane se rio.

—Te quiero, papá —se levantó sobre las puntas de sus pies y le dio un beso en su mejilla peluda—. Me alegro de que seas mi padre.

—Me alegro de que seas mi hija. Tu madre estaría orgullosa de ti, claro que sí —papá sacó la harina y vertió un poco en un recipiente—. Especialmente de cómo actuaste con Enoch. Dejándole encontrar su camino hacia el Señor. Lo hiciste bien, hija.

—Debería haber sido más precavida.

—Lo hiciste bien, sin importar lo que pienses —papá levantó el cubo de agua—. ¿Cuánto?

Jane instruyó a su padre en la preparación de las galletas. Él siguió bien todo lo que ella dijo, aunque bromeó sobre agregar demasiada sal. Finalmente, las pusieron sobre el fuego para cocinarlas.

Jane ocultó un bostezo detrás de su mano.

—No me di cuenta de lo rápido que se evapora mi energía. No he podido hacer ni de cerca tanto como pensaba.

—Doc dice que cuando nuestros cuerpos luchan por mejorar, perdemos fuerza. Necesitas recuperarla de nuevo —papá la ayudó a subir a la parte trasera de la carreta—. Descansa un poco. Vigilaré la comida. Duerme hasta que los muchachos regresen.

—¿Estás seguro, papá? Tú también estás sanando.

—Tú necesitas más descanso que yo —papá la señaló—. Ahora acuéstate y descansa. Te despertaré cuando regresen —se rio—. Sin duda los escucharás.

Jane se subió la manta hasta la barbilla con una mano y bostezó. Nunca habría esperado estar completamente agotada por caminar hasta un tronco y volver. Su brazo dolía muchísimo. Como Doc no estaba cerca para darle algún medicamento, apretó los dientes y cerró los ojos.

Los movimientos de papá, aunque silenciosos, tranquilizaban a Jane. Cuando él se había lastimado, ella se preocupaba por él. Parecía que las tornas habían cambiado. La preocupación que él sintió cuando ella no despertaba parecía haberle quitado años de vida. Jane vio la fatiga en sus ojos, la forma en que sus labios caían, las líneas de preocupación que cruzaban su frente.

Jane decidió allí mismo hacer todo lo posible por ocultar su dolor a su padre. Él ya cargaba con mucha culpa. No iba a añadir más.

Con un bostezo más, Jane sucumbió al sueño que la llamaba.

Un grito agudo sobresaltó a Jane. Se incorporó bruscamente, inhalando con fuerza ante el dolor que irradiaba por todo su brazo.

—¿Papá?

Los ojos de Jane se movieron de un lado a otro. Se deslizó sobre su trasero hasta la parte trasera de la carreta.

—Janey —jadeó papá, agarrándose la mano—. Quédate atrás.

—¿Qué pasa?

—Serpiente de cascabel —papá señaló con los ojos la serpiente a un pie de distancia de donde estaba acostado.

Los pulmones de Jane se contrajeron, amenazando con expulsar todo el aire de ella. Apretó los labios y agarró la pistola en la carreta. Papá insistía en mantenerla al alcance para emergencias. Gracias a Dios ella sabía disparar. ¿Pero con una sola mano?

—Papá, intenta retroceder todo lo que puedas —Jane levantó la pistola y alineó la cabeza de la serpiente con su vista.

—Janey, no.

—Papá, haz lo que te digo —Jane nunca había disparado con una sola mano. Hoy, no tenía elección. No iba a dejar que la serpiente atacara de nuevo.

Jane inhaló profundamente y, al exhalar, apretó el gatillo. La bala rozó la cabeza de la serpiente, y la tierra voló en todas direcciones. La cascabel se alejó reptando, con suerte para morir.

Un disparo resonó en el aire.

El estómago de Enoch se le cayó a los pies. *Jane.*

El miedo amenazó con robarle el aliento a Enoch. Tragó para contener sus garras. *Señor, mantenlos a salvo.*

Enoch tiró de las riendas de Champion, haciendo girar al caballo. Dawson se acercó a él.

—¿Oíste eso?

—No pude evitarlo —Enoch apretó los labios—. ¿Dónde están los demás?

—No lo sé. Estaba siguiendo el rastro de un ciervo, pero cuando escuché el disparo que venía del campamento, pensé que sería mejor ir a ver.

—Vamos entonces —Enoch puso en movimiento a su corcel.

Dawson lo siguió de cerca, pisándole los talones a Enoch. ¿Qué hizo que Jane o Sean dispararan su arma? ¿Alguien entró al campamento y los amenazó?

Él y sus amigos no habían visto señales de gente alrededor de su campamento. Nadie representaba una amenaza para los dos viajeros heridos que habían dejado atrás.

La frustración desgarró a Enoch mientras él y Champion salpicaban a través de la parte poco profunda del río. No debería haber cabalgado tan lejos. ¿En qué estaba pensando? Aunque no habían visto señales de personas, eso no significaba que Sean y Jane estuvieran a salvo de los depredadores.

El pecho de Enoch se agitaba por el esfuerzo para cuando llegaron al campamento. Saltó del caballo y se agachó detrás de una roca. Si alguien o algo representaba un peligro para Sean y Jane, necesitaba sorprenderlos.

Dawson le hizo señas a Enoch para que avanzara, indicando que lo cubriría. Enoch se arrastró lentamente hacia el campamento, sus ojos recorriendo el área a su alrededor. Nada le alertó de peligro.

—¿Jane? —llamó, enfundando la pistola.

—¡Enoch! —gritó Jane, con lágrimas en la voz—. ¡Ayuda!

Enoch entró en acción. Corrió hacia donde ella acunaba la cabeza de Sean en su regazo.

—¿Qué pasó?

La respiración laboriosa de Sean elevó su pecho a medias antes de que cayera.

—Cascabel.

El pavor desgarró a Enoch.

—¿Dónde? —su mirada se movió de un lado a otro por el suelo.

—Le disparé, pero se alejó reptando —las lágrimas corrían por el rostro de Jane—. Por favor, Enoch, ayúdalo.

Ayúdalo. ¿Qué sabía él? No estaba familiarizado con las serpientes de cascabel. No sabía cómo sacar el veneno del sistema de Sean. ¿Dónde estaba Doc?

El sonido de caballos golpeando la tierra se acercó.

—Gracias a Dios —murmuró Enoch.

—¿Qué ha pasado? —Doc se apresuró a unirse a ellos, con su bolsa negra en la mano.

—Mordedura de serpiente —respondió Dawson—. Cascabel.

—¿Hace cuánto tiempo? —Doc se dejó caer de rodillas, con su bolsa abierta.

—No lo sé. Estaba durmiendo y escuché gritar a papá —las lágrimas de Jane continuaban corriendo por sus mejillas como una cascada.

Doc gruñó entre dientes. Enoch no entendió ninguna de las palabras, pero si no lo conociera mejor, diría que su amigo realmente maldijo. Lo que no auguraba nada bueno para Sean.

—¿Qué tan malo es? —Zechariah se arrodilló junto a Doc—. ¿Qué puedo hacer?

Doc levantó la cabeza, la preocupación en sus ojos comunicando más que cualquier palabra.

—Sujétale el brazo —Doc se volvió hacia Sean y Jane—. Voy a envolver esto alrededor de su brazo, con suerte para detener la propagación del veneno.

—¿Eso lo curará? —la barbilla de Jane temblaba, las lágrimas nunca cesaban.

—No —Doc ató el vendaje alrededor del brazo de Sean, cortando la circulación—. Ahora voy a abrir la mordedura y succionar el veneno. Lo siento, Sean. Esto va a doler.

—Haz lo que necesites, muchacho. Confío en ti —el irlandés habló con los dientes apretados.

—Sé fuerte, papá. Vas a estar bien —Jane susurró palabras al oído de su padre.

De alguna manera, Enoch lo dudaba. Había oído sobre los resultados de las mordeduras de serpientes. La mayoría de las personas morían, si no les amputaban primero la extremidad. ¿Se atrevería Doc a amputar el brazo de Sean en plena naturaleza? ¿Valdría la pena?

Doc se puso a trabajar, sin molestarse en hablar mientras abría la herida. Fluyó sangre fresca. Eso no impidió que Doc pusiera sus labios sobre el área afectada. Escupió sangre y lo que Enoch esperaba que fuera veneno. Una y otra vez, su amigo repitió la acción.

Enoch se atrevió a mirar el rostro de Sean. Las pestañas del hombre descansaban contra sus mejillas, su rostro normalmente rojo desvaneciéndose a un tono alarmante de blanco. Incluso cuando Sean se rompió la pierna, Enoch no vio esta sombra de muerte antes.

Enoch se sentó detrás de Jane, presionándola contra su pecho, teniendo cuidado de no tocar su brazo roto. Ella todavía acunaba la cabeza de su padre en su regazo. Sus hombros temblaban con sollozos silenciosos. ¿Veía ella lo mismo que Enoch? ¿Estaba imaginando una vida sin su padre?

Dios, por favor. Sánalo en este lado del cielo. Esta familia ya ha pasado por demasiado. ¿Podrías evitar esta pérdida a Jane? Ella necesita a su papá, Señor. Tú eres el Gran Sanador. Por favor, obra a través de las manos de Doc. Dale sabiduría para saber qué hacer para mantener a Sean con vida.

Lo que pareció horas después, aunque solo duró unos minutos, Doc se reclinó sobre sus talones y se limpió la boca con la manga.

—Zechariah, Dawson, llévenlo a la carreta, por favor.

Enoch se puso de pie, dándoles espacio para llevar a Sean a la cama improvisada.

—Doc —Enoch apartó a su amigo—. ¿Sobrevivirá a esto?

Los ojos color avellana de Doc se llenaron de preocupación.

—Honestamente —se pasó la mano por el pelo—, no lo creo. Si hubiera estado aquí justo cuando sucedió, tal vez. El veneno ya se propagó demasiado en su cuerpo —Doc bajó la voz—. Podría amputarle el brazo, pero eso no prolongaría su vida —puso una mano en el hombro de Enoch—. No le queda mucho tiempo.

El estómago de Enoch dio un vuelco. Apretó los dientes, conteniendo el enjambre de emociones. Dio un brusco asentimiento con la cabeza.

—Gracias por intentarlo.

—Desearía poder hacer más —la ira destelló en los ojos de Doc—. Es en momentos como estos que no entiendo por qué Dios hace lo que hace o permite lo que permite.

—Te entiendo —Enoch inhaló bruscamente—. Necesito verlo.

Doc asintió.

—Me ocuparé del agua. Al menos necesito limpiar la herida. ¿Quién sabe? Tal vez Dios realizará un milagro.

—De tu boca a los oídos de Dios.

Enoch dejó a su amigo y ocupó el lugar vacío junto a Jane dentro de la carreta. Zechariah y Dawson los dejaron solos con Sean.

—Enoch —jadeó el hombre mayor—, necesito que me hagas un favor.

—Lo que sea —Enoch se inclinó hacia adelante—. Solo tienes que pedirlo.

—Cásate con mi hija antes de que deje este mundo.

Jane jadeó.

—¡Papá! No digas eso. Vas a estar bien. ¿Verdad, Enoch? Él va a sobrevivir a esto.

Enoch lanzó una rápida mirada al pálido rostro de Sean. Se le formó un nudo en la garganta. El aire se apretó a su alrededor, apenas permitiéndole respirar profundamente.

—¿Quieres que me case con Jane?

—Ahora. Si es posible —rogó Sean—. Necesito verla atendida.

—Papá —sollozó Jane sobre el pecho de su padre—, por favor, no me dejes.

—Hija, es mi hora. Veré a tu madre. Estar con ella una vez más —Sean pasó la mano por el cabello de Jane—. Por favor, Enoch, cásate con mi niña. No es apropiado que viaje con vosotros sin tu apellido.

—Iba a pedir tu mano —Enoch rodeó a Jane con el brazo—. Cariño, ¿te casarías conmigo? ¿Ahora?

Los hombros de Jane temblaron.

—No así, papá. Por favor, lucha contra esto.

—Janey, no tengo mucho tiempo. Puedes preguntarle a Doc. Él te lo dirá —Sean enganchó un dedo bajo su barbilla—. Por favor, di que sí, hija.

—¿Cómo? No tenemos predicador.

Enoch hizo señas a sus amigos.

—Sean me pidió que me case con Jane. ¿Alguna idea de cómo hacerlo sin un predicador?

—Yo puedo hacerlo, pero necesitarán escribir un acta matrimonial. Déjame buscar papel y

pluma.

El tiempo se detuvo mientras Doc escribía en el papel. Se lo entregó a Enoch.

Hágase saber que nosotros, Enoch Harden y Jane O'Malley, somos de edad legal del Territorio de Missouri, deseando unirnos en los lazos del matrimonio y no habiendo sacerdote o ministro para celebrar el mismo. Por lo tanto, yo, Enoch Harden, acepto y por la presente tomo a Jane O'Malley como mi esposa legal y legítima y como tal la apreciaré, la mantendré y la protegeré, abandonando a todas las demás y manteniéndome fiel solo a ella. Y yo, Jane O'Malley, por la presente tomo a Enoch Harden como mi esposo legal y legítimo y como tal lo amaré, honraré y obedeceré, abandonando a todos los demás y manteniéndome fiel solo a él. Nos vinculamos mutuamente el uno al otro para que nuestro matrimonio sea celebrado por un predicador autorizado para hacerlo cuando se presente la oportunidad, todo lo cual prometemos en el nombre de Dios y en presencia del Doctor Bennet Martin y otros testigos presentes, por lo que hemos firmado este primer día de junio de 1840.

Enoch Harden Jane O'Malley

Testigos: Bennet Martin, Zechariah Matthews, Dawson Ackerman

—¿Te parece bien, Jane? —Enoch buscó en sus ojos verdes enrojecidos.

—Por favor, Janey —Sean le apretó la mano una vez más.

—Sí —sollozó Jane la palabra—. Casémonos.

CAPÍTULO 21



—Los declaro marido y mujer —Bennet debería estar entusiasmado por su amigo. Pero dadas las circunstancias, dudaba que alguien sintiera tanta alegría como normalmente se esperaría.

Porque aunque Bennet, Zechariah y Dawson querían que Enoch se casara con Jane, nadie deseaba que ocurriera a costa de la vida de Sean.

—Puede besar a la novia —Bennet dio un codazo a Enoch—. Vamos. Hazlo oficial.

La mirada de su amigo acarició el rostro de Jane. Enoch levantó su mano y acunó la cara de ella contra su palma, bajando sus labios hacia los suyos. Ella correspondió al casto beso, sonrojándose.

—Gracias, muchachos —la voz ronca de Sean preocupó a Bennet—. ¿Puedo hablar con el Doc, por favor?

Enoch condujo a su nueva esposa lejos del carromato, seguidos por Zechariah y Dawson.

—Doc —Sean suspiró el nombre de Bennet—, ¿cuánto tiempo crees que me queda?

Qué pregunta para que Bennet tuviera que responder. Nunca había visto una mordedura de serpiente de cascabel. Solo había leído sobre ellas y la letalidad de los casos.

—Si te amputara el brazo, podrías tener otros dos días, siempre que no se infecte —Bennet mantuvo la mirada del hombre—. Sin embargo, dadas las circunstancias, no lo recomiendo.

Una leve sonrisa elevó las comisuras de los labios de Sean bajo su espesa barba. —Bien. No quiero que me quites el brazo. Le he tomado cariño a lo largo de los años.

Bennet se rió a pesar de la gravedad de la situación. —Entonces estamos de acuerdo en eso.

—¿Así que crees que me queda un día, no más?

—No soy Dios, Sean. No conozco el número de días de cada hombre. Solo sé lo que me han enseñado en la escuela —Bennet apoyó sus brazos sobre la parte trasera del carromato. Cuando Jane fue pisoteada por el búfalo, habían quitado la lona del carromato para darle más aire. Aún no la habían vuelto a colocar.

—¿Lo cual significa? Sé directo conmigo, muchacho. No quiero dar mi último suspiro el día de la boda de mi hija.

Bennet le lanzó una mirada de fingida irritación. —Deberías haber pensado en eso antes de pedirle a Enoch que se casara con ella hoy.

—Eso es cierto —Sean se rio—. No podía dejar este mundo sin ver a mi hija casarse con el hombre que ama.

—Lo sé. Solo estaba bromeando.

—Lo sé, muchacho. Ahora, dime. ¿Cuánto tiempo crees que me queda? —insistió Sean—. Necesito saberlo.

—Me estás poniendo en una posición muy difícil, Sean O'Malley —Bennet se pellizcó el puente de la nariz—. Según mis conocimientos, diría que no más de uno o dos días.

Un suspiro escapó de los labios de Sean, con alivio brillando en sus ojos. —Entonces haré lo posible por aguantar hasta entonces. Gracias, Doc, por cuidar de mí y de mi hija.

—Gracias a ti, Sean, por ser una parte importante del camino de fe de Enoch —la humedad nubló la visión de Bennet—. Hemos estado orando por él durante muchos años. Hemos visto su lucha, su forcejeo con Dios. Está en un nuevo camino gracias al amor que le has mostrado.

Sean extendió su mano, su agarre fuerte y seguro. —El Señor pone en nuestro camino a aquellos a quienes debemos amar. Tú has hecho tu parte. Yo he hecho la mía.

—Eres un buen hombre, Sean. Uno que extrañaré enormemente en este lado del cielo.

Los ojos de Sean se llenaron de lágrimas. —Desearía poder quedarme un poco más. Para ver a mis nietos. Para ver a mi hija finalmente feliz. Pero mi esposa me está esperando al otro lado. No puedo esperar para volver a verla.

—Lo harás pronto, amigo mío —Bennet soltó su mano—. Descansa ahora. Haré que Jane te traiga un poco de caldo.

Sean asintió y cerró los ojos.

Bennet no fue hacia donde estaban los otros cuatro. Se desvió hacia los árboles que conducían al río.

Hoy no salió según lo planeado.

Cuando Bennet se despertó esta mañana, tenía planes de cazar un venado, darles algo de carne para cocinar antes de dirigirse a Silver Springs, el pueblo de montaña del que Thomas había hablado. Los cuatro decidieron probar suerte en el pueblo antes de moverse más hacia el sur.

Zechariah se ofreció a cazar con Bennet, dejando a Enoch y Dawson para explorar el área en busca de otras fuentes de alimento.

El gran hombre sueco no ofrecía mucho en cuanto a conversación, pero a Bennet no le importaba. Todavía necesitaba tiempo para procesar sus sentimientos respecto a Delilah.

Cuando Thomas informó a Bennet que dejarían atrás a los seis, Bennet imaginó convencer a Delilah para que se quedara con él. Su madre podría actuar como una especie de carabina. Pensó que ella diría que sí. Como él sentía algo por ella, pensó que ella también.

Imagínense su sorpresa cuando ella dijo que no, sin siquiera permitirle intentar cambiar su opinión. Bennet no sabía por qué. Ella no le daría una razón. Simplemente la palabra, no.

¿Qué estaba ocultando? ¿Por qué Delilah no podía confiarle sus miedos, sus secretos? Cuando Bennet conoció a Evette, ella había sido alentadora en su búsqueda de su hija. Pero cuando descubrió que no viajarían a Oregón, ese aliento desapareció como el rocío en un día caluroso.

El pie de Bennet quebró una ramita caída. Se agachó y la recogió, rompiéndola por la mitad. El sonido del agua corriendo lo saludó. Más temprano ese día, él y Zechariah estaban al otro lado del agua, siguiendo el rastro de un venado. Hasta que sonó el disparo. El venado corrió en dirección opuesta, y él y Zechariah salieron disparados.

En el segundo en que Dawson pronunció la palabra cascabel, el corazón de Bennet se hizo añicos. Sin duda, sabía que estarían cavando una tumba antes de mucho tiempo. Al ver la respiración superficial de Sean y la palidez de su piel, Bennet se dio cuenta de la gravedad de la situación. La muerte llamaba a Sean O'Malley, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

La pérdida de Jane se cernía sobre ellos. Cada uno la sentiría. Porque Sean impactó en cada una de sus vidas. Hubo muchas conversaciones alrededor de la fogata sobre Sean. El amor que les dio, las lecciones que les enseñó. No, el hombre no era perfecto. Tenía sus problemas como cualquier humano. Aun así, Sean ejemplificó a Jesús para Bennet y sus tres amigos.

¿Se habría dado cuenta Sean de lo herido que estaba Enoch cuando Sean no le habló de Dios al principio? La boca de Bennet se curvó hacia arriba. La frustración en los ojos de su amigo quedó grabada en la memoria de Bennet. La forma simple de Sean de amar a Enoch hizo que su amigo quisiera saber más acerca de Dios desde la perspectiva de Sean.

Bennet arrojó el palo al agua corriente. Justo cuando Enoch finalmente tenía un hombre mayor de Dios para guiarlo, el Señor se llevaba a Sean. ¿Por qué? ¿Qué llevaba al Señor a quitar personas de vidas que más las necesitaban?

—Dios, no nos hagas cavar esa tumba. Tú eres el Gran Médico. El Gran Sanador. Puedes elegir sanar a Sean sobrenaturalmente. Eres el Hacedor de Milagros. Lo has hecho en el pasado. ¿No lo harás ahora?

Ninguna seguridad llenó el espíritu de Bennet. Ninguna garantía de que cuando regresara al campamento, Sean estaría mejor. Bennet regresó a donde había dejado a sus amigos. Necesitaba conseguir algo de caldo para Sean, aunque solo fuera para mantener sus fuerzas.

Cuando Bennet llegó al campamento, lágrimas surcaban el rostro de Jane. Ella apretaba la mano de Sean contra sus labios, sollozando.

—¿Qué ha pasado?

—Vine a verlo y ya se había ido —el tenso rostro de Enoch era sombrío.

La humedad ardió detrás de los ojos de Bennet. Zechariah y Dawson mostraban la misma expresión que Enoch.

—Lo siento mucho, Jane.

—Hiciste todo lo que pudiste, Doc. No te culpo. Tampoco lo hacía mi padre —la voz de Jane temblaba con sus lágrimas—. Tendremos que enterrarlo.

—Me encargaré de ello —la cabeza de Bennet cayó mientras arrastraba los pies para conseguir la pala. Sean no quería partir hacia la Gloria el día de la boda de su hija. Pero debió

haber sabido que su tiempo estaba recortado. De lo contrario, no habría suplicado a Jane que se casara con Enoch tan rápidamente.

Bennet clavó la pala en la tierra a varios metros del campamento. Con cada carga que arrojaba por encima de su hombro, cuestionaba los caminos del Todopoderoso. Nada tenía sentido. Tanta muerte y pérdida en un mundo caído. ¿Por qué Dios no curó a Sean? O al menos esperar hasta mañana para darle la bienvenida al Hogar? Tenía el poder y eligió no hacerlo.

—Yo termino —Zechariah apareció de la nada junto a Bennet. Arrancó la pala de las manos de Bennet y la dejó caer. El hombre grande lo atrajo en un abrazo, algo que Bennet no sabía que necesitaba hasta ese momento.

Bennet lloró en el hombro de su amigo, liberando la frustración, la ira y el dolor. Finalmente, se apartó. —Gracias.

Zechariah lo soltó, tomó la pala y terminó de cavar el hoyo. Bennet esperó hasta que terminó, y caminaron juntos de regreso al campamento.

De pie sobre la tumba ya cubierta de Sean O'Malley, las palabras no le salían a Bennet. ¿Qué podría decir para dar a la vida del hombre el reconocimiento que merecía?

—Amigos, nos reunimos hoy para celebrar a un hombre que tuvimos la bendición de conocer —comenzó Dawson—. No lo conocimos por mucho tiempo, pero su vida impactó a todos nosotros. Señor, recíbelo en tu abrazo. Reúnelo con su esposa, y manténnos en la palma de Tus manos mientras lamentamos nuestra pérdida.

Uno a uno, se alejaron, Jane llorando en el pecho de Enoch. Iba a ser una noche larga.

Dos días después, Jane se sentó junto a su esposo en el balanceante asiento del carromato. *Su esposo*. Tenía dificultad para creer que se había casado con Enoch Harden. Después de todo lo que habían pasado, Dios consideró adecuado entrelazar sus vidas.

Si tan solo su padre estuviera vivo. Jane parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con caer. Enoch extendió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. No le importaban los sollozos que la invadían de la nada. La había sostenido las últimas dos noches, dejándola llorar sobre su pecho. Nunca le dijo que se detuviera, simplemente la dejó llorar.

Enoch ni siquiera impuso su noche de bodas a Jane. La noche de su rápida ceremonia, su esposo la llevó aparte y le dijo que no esperaba que consumaran su matrimonio. Quería que ella sanara de su accidente y que hiciera su duelo sin ninguna expectativa. ¿Cómo había merecido a un hombre así?

—Nos acercamos a un pueblo —Doc cabalgaba junto a ellos en su caballo—. ¿Ven esos edificios allí?

—Debe ser Silver Springs —Enoch entrecerró los ojos y estiró el cuello—. No parece gran cosa.

—Thomas dijo que es bastante nuevo. La gente está buscando personas para hacerlo más civilizado —Doc se quitó el sombrero y lo golpeó contra su muslo—. Puedo ver un letrero de un

almacén. Es un comienzo.

—Será bueno tener un lugar regular para comprar lo que necesitamos otra vez —Jane giró la cabeza entre los dos hombres—. ¿Dónde planean vivir todos ustedes? ¿Cómo vamos a resolver esto?

—Veremos si hay una pensión al principio —Enoch soltó los dedos de Jane y agarró las riendas—. Después de estar aquí unas semanas, todos podremos decidir si queremos seguir moviéndonos o hacer de este lugar nuestro hogar.

—Me parece un buen plan —coincidió Doc—. Me gustaría establecer mi consultorio pronto. Dudo que muchas personas tengan atención médica tan al Oeste.

Cabalgaron en silencio mientras entraban en el pequeño pueblo. Doc tenía razón. Un almacén se situaba a un lado del camino. Si podía llamarlo camino. Principalmente tierra cubría el espacio entre los improvisados edificios a ambos lados.

Por lo que Jane podía ver, un salón se ubicaba al final del pueblo, lejos de la pensión. Un restaurante componía el último edificio.

No, no exactamente un gran pueblo, pero había bastante gente mirándolos mientras pasaban. Tiendas de campaña y casas llenaban los espacios entre la tienda, el restaurante y la pensión.

—¿Nos detenemos en la pensión? —llamó Dawson desde atrás.

—Sí —Doc desmontó de su caballo y ató las riendas al poste. Enoch, Zechariah y Dawson hicieron lo mismo. Jane permaneció en el asiento del carromato, esperando la ayuda de Enoch.

—Me quedo con Jane —Zechariah cruzó los brazos sobre su pecho mientras Enoch rodeaba su cintura con las manos, bajándola al suelo—. Vigilaré que nadie la moleste, ¿sí?

—Sí —asintió Dawson—. Buena idea. Yo también me quedaré. No queremos problemas desde el principio.

Enoch y Doc los dejaron y entraron en la pensión. Jane se mordió el labio inferior. ¿Podrían hacer de este pueblo su hogar? Realmente no había mucho. ¿Era la gente amigable? ¿La aceptarían a ella y a los cuatro hombres?

—No te preocupes, Janey —Dawson se quitó el sombrero y pasó los dedos por su cabello oscuro, sus ojos azules penetrando los de ella—. No vamos a dejar que te pase nada. Además, esta gente no parece tan mala.

Un hombre y una mujer se acercaron a ellos, brazos entrelazados. —Bienvenidos a Silver Springs —llamó el hombre. Su rostro se iluminó con una sonrisa—. Soy el Reverendo Michaels, y esta es mi esposa, Henrietta.

La mujer soltó una risita junto a su esposo. —Ciertamente esperamos que se queden.

La amabilidad de la pareja calmó su preocupado corazón. —Soy Jane Harden. Estos son los amigos de mi esposo, Zechariah Matthews y Dawson Ackerman. Mi esposo, Enoch, y el Doctor Bennet Martin, están dentro, asegurando habitaciones para nosotros.

La esposa del reverendo juntó las manos. —¡Un médico! Oh, cariño, ¿oíste eso? —sus ojos brillaban de emoción—. Estamos esperando nuestro tercer hijo. Podríamos usar la experiencia de un médico mientras estamos aquí.

—¿No planean quedarse? —la decepción se apoderó del vientre de Jane.

—Hemos estado aquí por dos años, pero estamos esperando hasta que otra pareja pueda tomar nuestro lugar. Nos dirigiremos a Oregón dentro de diez años. Hasta entonces, estamos aquí, esperando construir la iglesia y el pueblo de Dios —el Reverendo Michaels rodeó la cintura de su esposa con el brazo.

—¿Tienen una iglesia? —Dawson miró alrededor del pueblo.

—Todavía no, pero la tendremos, no te preocupes, hijo —el Reverendo Michaels sonrió—. Tenemos una tienda de campaña justo allí. Hace frío en invierno, pero nos adaptamos.

—Seguro que nos uniremos a ustedes el domingo —Jane ofreció una sonrisa a la pareja.

—Parece que han tenido un viaje difícil para llegar aquí —la compasión llenó los ojos marrón claro de la mujer—. Espero que el buen doctor haya atendido tu brazo.

—Él y estos buenos caballeros me cuidaron muy bien —Jane miró por encima de su hombro mientras Enoch y Doc se dirigían hacia ellos.

—Hemos asegurado nuestras habitaciones —Enoch miró a la pareja frente a él—. Soy Enoch Harden, el esposo de Jane.

—Este es el Reverendo Michaels y su esposa, Henrietta —Jane hizo las presentaciones—. Este es el Doctor Martin.

—Un placer, señores —Doc inclinó su sombrero hacia ellos.

—Estamos muy contentos de que estén aquí. Bienvenidos a Silver Springs —el Reverendo Michaels inclinó la cabeza—. Mejor nos vamos a casa, amor. Hemos dejado a Madre con las niñas por demasiado tiempo.

Jane los vio marcharse, su corazón en paz. —Creo que este será un gran lugar para llamar hogar.

Enoch levantó una ceja. —¿Ya puedes decirlo?

—Algo de este pueblo me ha llamado. No sé por qué o por cuánto tiempo, pero creo que será bueno para todos nosotros —Jane les ofreció una sonrisa a cada uno.

—Vamos, cariño. Te mostraré nuestra habitación —Enoch se volvió hacia los otros tres—. ¿Les importa quedarse aquí mientras la instalo?

—Para nada —Doc se apoyó contra el carromato y cruzó los brazos—. Estoy de acuerdo con Jane. Creo que vamos a disfrutar de este pueblo.

Con la mano de Enoch en la parte baja de su espalda, la guio por las escaleras hasta su habitación. —Tenemos que compartir una cama, pero como estamos casados, creo que estará bien.

El calor se extendió por el rostro de Jane. Ya habían dormido uno al lado del otro las últimas noches. De alguna manera, esto parecía más íntimo. Sin embargo, no le importaba. Esperaba con ansias tener a Enoch solo para ella por una vez.

Enoch cerró la puerta tras ellos y apartó el cabello de su rostro. —Voy a hacer todo lo posible por cuidar de ti, Janey, como le prometí a tu padre. Nos llevará un tiempo conseguir nuestra

propia extensión. Una vez que lo hagamos, haremos que sea el rancho de ganado más grande de Silver Springs.

—Trabajaré a tu lado, Enoch. Somos un equipo, tú y yo. Así como lo fueron mis padres, así lo seremos nosotros —se levantó de puntillas y rozó sus labios contra los de él—. Te amo.

—Yo también te amo. Protegeré tu corazón a toda costa, te lo prometo.

Jane se acurrucó contra su pecho, los brazos de él presionándola contra sí, teniendo cuidado con su brazo roto. No tenía duda de que él haría todo lo posible para protegerla. Después de todo lo que habían pasado, confiaba en que Enoch cuidaría de ella. Más aún, sabía que podían confiar en el Señor juntos. Porque sin importar qué, Él los ayudaría a superar cualquier cosa que se les presentara.

Epílogo



Seis meses después

—Lo hemos conseguido!

Jane se giró al oír la voz de su esposo, cuyo rostro rebosaba de emoción. —¿Qué hemos conseguido?

—Tenemos la tierra. Es nuestra.

Jane llevó la mano a su creciente vientre. —¿De verdad? ¿Es nuestra?

Enoch la levantó en brazos y la hizo girar. —Es nuestra. El Sr. Cartman ha firmado la escritura —agitó el papel tras la espalda de ella—. Dice que podemos mudarnos a la casa grande mañana mismo si queremos.

Enoch la dejó en el suelo. Jane no podía creerlo. Habían vivido en Silver Springs durante seis meses. Doc instaló su consulta en un edificio junto a la pensión. Enoch encontró trabajo como capataz en un rancho a una hora a caballo del pueblo.

Jane miró a su alrededor, observando la pequeña cabaña que había sido su hogar durante seis meses. No era gran cosa, pero había conservado los platos de su madre, que milagrosamente sobrevivieron al viaje en caravana, y había usado parte de la ropa de su padre para hacer fundas de almohada. Para las cortinas, compró tela en la mercería, a un precio exorbitante, pero las confeccionó ella misma. Ahora colgaban sobre las ventanas. ¿Podría realmente abandonar este lugar y mudarse a la casa grande?

Y por casa grande, Enoch se refería a la vivienda de troncos con tres dormitorios al otro lado del patio. No era mucho más grande que la que ella y su marido ocupaban, pero le encantaba estar aquí. ¿Tendrían que marcharse realmente antes del nacimiento de su hijo?

—¿Qué te hace fruncir el ceño así? —Enoch sacó una silla de la mesa y se sentó. Le indicó que tomara asiento a su lado—. ¿No estás contenta?

—Por supuesto que estoy contenta. Has trabajado duro para ganarte la confianza del Sr. Cartman. Dijo que te vendería el rancho y ha cumplido su palabra —Jane pasó el dedo por la mesa que Enoch había construido con sus propias manos—. Es solo que amo nuestro hogar aquí. ¿Tenemos que mudarnos de inmediato?

Enoch le acarició la mejilla con un dedo, enviando escalofríos por todo su cuerpo. —No tenemos que hacer nada que no quieras, amor. Pensé que querrías vivir en la casa grande, ya que nuestra familia está creciendo.

—Lo querré algún día. Este lugar —los ojos de Jane recorrieron la cocina. Sabía que no era gran cosa. Tenía que cocinar en una chimenea abierta con una olla colgada de un gancho. Hacer pan en el Oeste, en las montañas, era diferente a hacerlo en Missouri. De alguna manera, la altitud influía en cómo horneaba. Pero lo había hecho suyo—. Esta es nuestra primera casa juntos como marido y mujer. Guarda muchos recuerdos. Es nuestro hogar.

—Janey, me quedaré aquí si tú quieres. No tengo problema con eso —la levantó de la silla y la sentó en su regazo. Ella entrelazó los dedos alrededor de su cuello—. Donde tú estés, ahí es mi hogar. No importa cómo sea nuestra casa. Mientras te tenga a mi lado, nada más importa.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas. Desde que había quedado en estado, sus emociones estaban por todas partes. Doc le aseguró que era natural, que las hormonas de todas las mujeres se comportaban así.

—Si así es como te sientes, entonces sí, podemos mudarnos mañana.

—Además, has estado en la casa grande. Has visto la estufa que el Sr. Cartman hizo traer para su esposa —los ojos de Enoch se entrecerraron con su sonrisa—. No más inclinarse sobre la olla. Ni tener que usar la estufa de la casa para tu pan o galletas.

—Supongo que tienes razón —Jane le devolvió la sonrisa a su marido—. Es bastante útil estar de pie para cocinar en lugar de inclinarse. Especialmente con este vientre mío.

Enoch pasó su mano sobre el vientre de ella. —Este hijo mío se está haciendo grande, ¿verdad?

—¿Hijo? ¿Por qué crees que es un niño? —Jane arqueó una ceja. Aunque bromeaba con Enoch cada vez que comentaba sobre el sexo del bebé, rezaba cada noche para tener un niño. Prefería tener pequeños Enochs correteando que versiones pequeñas de sí misma.

—Ya hemos hablado de esto. No sería un buen padre para una niña. No sé cómo tratar con las mujeres —el pecho de Enoch retumbó contra su costado—. Tengo las manos llenas contigo. No creo que pueda manejar otra chica en mi vida.

Jane echó la cabeza hacia atrás y rió. —¿Y qué pasa si es un niño y se casa?

—Eso no importará. Puedo dar la bienvenida a una nuera. Pero no me pidas que críe a una niña. Sería un desastre. Y si es como tú, me tendrá enredado en su dedo.

Jane le dio un golpecito en el hombro a Enoch. —Eres demasiado, Enoch Harden —se retorció para bajarse de su regazo—. Entonces más vale que recemos para que este sea un niño. No me hace gracia tener una niña mimada correteando por ahí.

Jane se movió hacia el mostrador y cortó el pan en rebanadas.

Enoch deslizó sus brazos alrededor de ella. Dejó el cuchillo y se recostó contra el pecho duro como una roca de él. —¿Eres feliz, Janey?

—Por supuesto que lo soy, Enoch. ¿Por qué lo preguntas?

—Sé que esto ha sido difícil para ti. Dejar Missouri después de que muriera tu madre. Luego

perder a tu padre en el camino. Casi perder tu propia vida —Jane sintió que Enoch negaba con la cabeza—. Has tenido tantas pérdidas en los últimos dos años.

—Sí, pero la pérdida no me quita la alegría —Jane se giró para mirarlo de frente, rodeándole la espalda con los brazos—. Ver crecer tu fe día a día, verte sumergido en la misma Biblia que mi padre solía leerme. Me calienta el corazón. Estaría tan orgulloso de ti.

Enoch parpadeó, señal segura de que contenía las lágrimas. Había visto esa mirada muchas veces cuando hablaban de su padre. —Lo echo de menos. Era el mejor hombre que he conocido.

—Y tú te pareces cada vez más a él —Jane presionó sus labios contra la barba incipiente de su mejilla—. Me dijo que eras un buen hombre. Y me dijo que esperara a que encontraras la fe. Cuando lo hiciste, se sintió muy orgulloso.

Un golpe sonó en la puerta. —¿Quién podrá ser?

Jane sonrió. —Invité a Doc, Dawson y Zechariah a cenar. ¿No notaste los cubiertos extra?

Enoch echó la cabeza hacia atrás y rió. —Estaba demasiado emocionado por darte las buenas noticias —Enoch abrió la puerta e hizo pasar a los hombres.

—Janey, qué gusto verte —Dawson le dio un beso en la mejilla, seguido por Doc y Zechariah —. Has estado comiendo mucho, por lo que veo.

Jane soltó una risita y golpeó el brazo de Dawson. Era la misma broma que usaba cada semana cuando la veía. —¡Ay, tú! Ve a buscarme los vasos.

Dawson se rió y caminó hacia la mesa.

—¿Te sientes bien? —Doc examinó sus ojos—. Pareces cansada.

—Carga tú con este peso extra y verás si tienes mucha energía al final del día —Jane se frotó el vientre—. Aparte de estar cansada, estoy bien. Este pequeño se ha estado moviendo mucho.

—Bien —Doc tomó el pan de sus manos y lo colocó en la mesa.

—Yo hice esto —Zechariah le extendió una cruz de metal a Jane.

—Oh, Zechariah, es preciosa —Jane se secó una lágrima del ojo. Su dedo trazó las palabras metálicas—. "Sirve al Señor" —leyó en voz alta—. Muchas gracias.

El rubor subió por el cuello de Zechariah. —De nada.

Jane apretó su mano y se unió a todos en la mesa. Se sentó junto a Enoch mientras los otros se apiñaban alrededor de la mesa hecha para cuatro. No importaba lo apretados que estuvieran. Eran familia. Para Jane, estos hombres la habían ayudado a superar los peores días de su vida. No podía imaginar su vida sin ninguno de ellos.

Uno por uno, cada uno se había entretejido en su corazón. No sabía qué había planeado el Señor cuando su padre tuvo la loca idea de mudarse al Oeste con una caravana de carretas. Jane no entendía por qué Jacob había cancelado su boda. Ni siquiera sabía por qué el Señor permitió que su madre y su padre fallecieran sin ver a ninguno de sus nietos.

En un momento muy bajo durante los últimos seis meses, Jane se sintió sola. Y entonces, Enoch llegó a casa, seguido por sus amigos. Declararon que necesitaban tener cenas semanales, para mantener su relación fuerte. Jane no podría haber pedido una mejor sorpresa.

Doc, Zechariah y Dawson se convirtieron en los hermanos que nunca tuvo pero siempre quiso. Y Enoch. Bueno, él se convirtió en el protector de su corazón. Alguien que no sabía que necesitaba, pero que llenó el vacío. Dios sabía exactamente lo que estaba haciendo. Aún deseaba tener a sus padres, pero Jane sabía que nunca estaba verdaderamente sola. No con estos cuatro hombres y Dios a su lado.

Una Nota de la Autora

Gracias por leer A Heart to Protect. Como mencioné al principio del libro, tomé dos décadas y las uní en una sola.

El primer Fort Kearny fue construido en 1847 en Nebraska City. El fuerte se estableció originalmente en 1848 como Fort Childs. Pronto fue renombrado en honor a Stephen Watts Kearny, un general estadounidense en la Guerra México-Estadounidense. El fuerte cerró en 1871. Ha sido un parque histórico estatal desde 1959.

Con respecto al matrimonio por vínculo, esa era una práctica legítima en el Viejo Oeste. Con muy pocos predicadores, la gente tenía que depender de predicadores itinerantes, y estos no siempre estaban disponibles para realizar ceremonias. Con frecuencia, cuando aparecían para oficiar una boda, los hijos de la pareja ya estaban presentes. Así que, para estar bien ante los ojos de Dios y del pueblo, las personas pagaban dinero por el vínculo matrimonial. Notarás que de este sitio web, tomé la mayoría del texto y cambié los nombres de la pareja y los testigos. Si quieres leer más, visita este sitio web:

Me divertí mucho escribiendo la historia de Enoch y Jane Harden. Son muy queridos para mí. Amo a sus hijos y nietos. Ciertamente han dejado un legado.

Enoch creció en un hogar muy estricto y religioso. Su padre gobernaba con puño de hierro, literalmente, y usaba la Biblia para manipular a las personas y hacer que cumplieran sus órdenes.

Jesús nunca hizo eso, y nunca lo hará. Él se sacrificó por ti. Sufrió una muerte dolorosa en la cruz, muriendo como un criminal. Vivió la vida que nosotros deberíamos haber vivido y murió la muerte que nosotros deberíamos haber muerto. Todo lo que pide es nuestro amor y rendición. No, la vida cristiana no es fácil. Él nunca dijo que lo sería. Pero es la mejor vida.

¿Puedo animarte hoy? Si alguien trata el Evangelio como el padre de Enoch, huye. Ve a buscar a alguien que viva como Sean O'Malley. Alguien que señale el camino hacia la Cruz, no que la use como un medio para echarte culpa y vergüenza. Pídele al Espíritu Santo que te guíe y te ayude a mantenerte obediente a los mandamientos de Dios.

Oro para que conozcas las riquezas y profundidades del amor de Cristo. Que puedas acercarte más a Él cada día.

En Sus Manos,

Joi

Filipenses 4:6-8

Haz clic para comprar el segundo libro, A Town to Protect, ¡la historia del Doctor Bennet Martin!

Sobre la Autora

Joi Copeland es una autora galardonada. Ha escrito más de veinte libros y desea compartir su amor por la esperanza y la redención a través de cada historia que escribe. Joi y su increíble esposo de más de veinte años tienen tres fabulosos hijos y actualmente viven en Irlanda. Ella es apasionada por Jesús, el estudio de la Biblia y la gente de Irlanda.



Suscríbete a mi boletín semanal

Conéctate conmigo: Únete al Grupo de Lectores Joi-Ful de Joi en Facebook

Conéctate conmigo en

Sígueme en , ,

Más Libros de Joi

Colecciones

Novias por Poderes

Novias de Última Oportunidad

La Primera Navidad de las Novias por Correo

Las Solteronas del Sufragio

Novias por Correo de Hogar y Corazones del Oeste

Novias del Edredón de Navidad

El Regreso de la Casamentera Agatha

Una Pareja para Lief

Una Pareja para Malachi

Colección Rosa de la Pradera

Independientes

Orden de Tarta de Manzana

Contemporáneos

Navidad en la Posada

Romance Navideño en Pueblo Pequeño

Serie Isla Esmeralda

Esperanza de Navidad

Independientes

Bailar